

BLAKE PIERCE

LA CHICA

ATRAPADA

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE LA DA VINCI LIBRARY

A la agente del FBI Ella Dark, de 29 años, se le presenta la gran oportunidad de alcanzar el sueño de su vida: entrar en la Unidad de Crímenes de Conducta. Ella tiene una obsesión oculta, ha estudiado a los asesinos en serie desde que sabía leer, devastada por el asesinato de su propia hermana. Ha adquirido un conocimiento enciclopédico de cada asesino en serie, cada víctima y cada caso, gracias a su memoria fotográfica. Destacada por su brillante mente, Ella es invitada a unirse a las grandes ligas. Se están encontrando víctimas asesinadas en el noroeste del Pacífico, con sus cuerpos colgados en lo alto de las ramas de las secuoyas. Se presume que es obra de un asesino en serie apodado «El asesino artista». Ella se siente muy cerca de atraparlo, está segura de que ya ha leído sobre asesinatos similares, pero esta vez sus conocimientos le fallan. ¿Podrá atrapar a un asesino sin su talento? ¿O su talento regresará demasiado tarde?

Blake Pierce

La chica atrapada

Ella Dark - 2

LA CHICA ATRAPADA

Blake Pierce

PRÓLOGO

Solo había espacios abiertos, y así era como le gustaba. Eran las 7 de la mañana, en el umbral del amanecer invernal. Claire entró en el parque al compás del ritmo de sus zapatillas de correr. No había ni un alma por ninguna parte. Solo filas de árboles a cada lado de ella, y detrás de ellos una extensión de vegetación iba más allá del alcance de la vista. No había nada como hacer ejercicio por la mañana, a pesar del clima frío. No tenía ni idea de cómo la gente podía levantarse y empezar su día sin estirar las articulaciones, bombear la sangre, estimular las endorfinas. Sin ello, pensó, la vida no tiene sentido. El letargo era el asesino silencioso y ella se aseguraría de que nunca se apoderara de ella como le ocurría a tantos otros.

El parque de Green Valley era tan extenso que uno podía correr durante dos horas y no ver la misma zona dos veces. Claire solía seguir la misma ruta cada vez que venía, pero hoy decidió cambiar las cosas para variar.

«Es viernes —pensó—. Hay que celebrar».

Subió corriendo por el camino y se desvió a la derecha, pasando por una zona de juegos para niños. Como siempre, mantuvo la mirada dirigida al frente. No podía soportar ver nada relacionado con los niños, no desde la operación. Le provocaba demasiadas emociones extrañas que se esforzaba por controlar. Era aún peor cuando veía un cochecito abandonado o un zapato de niño tirado en la carretera. Había algo en esas imágenes que la llenaba de temor, de angustia. Un anhelo de algo que quería pero que no podía tener.

Claire pensó que tal vez este nuevo impulso de hacer ejercicio físico era el resultado del descubrimiento de que no habría hijos en su futuro. En los tres meses transcurridos desde el hallazgo, había comenzado a aceptar la idea. La aceptó como la verdad que era, y no había ninguna cantidad de relaciones sexuales oportunas o maravillas médicas que podrían cambiarlo. Así era la vida. Solo se puede controlar una parte de ella.

Pero en cuanto empezó a sentir la energía y ese impulso, todos los pensamientos sobre el trabajo, el estrés y las circunstancias desaparecieron. Era solo ella y la naturaleza, y nadie podía quitarle eso.

Una cortina de niebla se extendía sobre el estanque de los patos cercano. El frío había expulsado a la fauna hacia otros lugares. Era mediados de febrero y el invierno estaba en pleno apogeo, pero había un atisbo de primavera asomando más allá de la bruma. Un breve destello de sol o un narciso recién brotado. La idea de que las mañanas más brillantes y el clima más cálido podrían aliviar el dolor de sus recientes problemas se le vino a la mente, pero la apartó para concentrarse en el ahora. «Vive en el ahora, no en el “qué podría ser”», se dijo a sí misma.

Estos caminos le resultaban familiares. Se alejaban de su ruta habitual, pero no habían sido completamente ajenos a sus zapatillas Nike rosas en las últimas semanas. Llegó a un cruce con tres direcciones diferentes, y por primera vez continuó por el mismo camino, eligiendo no doblar ni a la izquierda ni a la derecha. El hormigón dio paso a una larga franja de pasto fangoso, que conducía hacia abajo y a través de un pequeño puente. Bajo sus pies, un río fluía con una fuerza sorprendente. Se detuvo brevemente para admirar sus aguas cristalinas y luego continuó hasta llegar de nuevo al terreno llano.

Claire nunca había visto esta parte de Green Valley. Se dio la vuelta para recordar por dónde había venido, pero no pudo distinguir gran cosa, ya que aún faltaban unos treinta minutos para el amanecer. Esta mañana había un poco de luminosidad, pero la

oscuridad era la protagonista. Aún le quedaban dos horas antes de empezar a trabajar, así que tenía tiempo para lanzarse a la aventura. Además, esperaba que hubiera una salida para volver al camino aquí abajo. Green Valley tenía tantas entradas y salidas que incluso dudaba que los guardabosques las conocieran todas.

Las cosas se pusieron más oscuras abajo. Los árboles de madera de hierro eran más altos y los arbustos más densos. Al desviarse del sendero hacia un tramo de hierba, una sensación de claustrofobia comenzó a invadirla. La hierba le producía menos impacto en los pies, así que se alegró del alivio, pero decidió que si no podía encontrar una salida en esta sección, regresaría a territorio conocido.

Algo la hizo detenerse. Justo ahí, en medio de un bosquecillo de árboles. Se detuvo y escuchó su propia respiración durante un segundo, luego bebió un trago de su botella. Observó el entorno y vio algunos aparatos de gimnasia al aire libre, oxidados hasta el punto de desmoronarse. El terreno desconocido le provocó una repentina respuesta de lucha o huida. Algo le decía que debía salir de allí a toda prisa.

Era pura intuición, la misma que le decía lo que iban a decir los médicos antes de que se lo dijeran. La misma que le decía que su marido la seguía amando a pesar de sus limitaciones.

Los árboles crujían. No por el viento que sacudía sus copas, sino abajo, cerca del suelo. Justo al lado de ella.

Entonces se produjo un movimiento. Una sombra pasó a su lado, haciendo crujir las hojas y pisoteando la vida vegetal a su paso. Vio una silueta humana, con el rostro oculto por una capucha gris y sin ninguna ropa de ejercicio. Fuera quien fuera, no estaba aquí por la misma razón por la que estaban todos los demás en un parque público a las siete de la mañana.

La figura pasó a toda prisa, manteniendo el rostro hacia el suelo. Claire observó cómo desaparecía por la ruta por la que ella había venido, luego se dio la vuelta rápidamente y continuó con su camino. Algo la hacía sentir incómoda aquí. Tal vez fueran los

circuitos desconocidos, o el hecho de que esta parte del valle se sintiera más baja, más ignorada. Siempre confiaba en su instinto, así que empezó a buscar una salida.

Pero Claire captó algo en su visión periférica. Entre los borrones verdes y marrones de las alturas, había una imagen antinatural. Se detuvo bruscamente, se frotó el sudor de los ojos y se aseguró de que no estaba alucinando.

Se acercó lentamente, convenciéndose de que la imagen que tenía delante era producto de su imaginación. Un puñado de hojas, unas cuantas ramas rotas, un nido de pájaros revuelto... todo ello combinado para asemejarse a la imagen de un ser humano estirado.

No. Vio los brazos, las piernas, los zapatos, la ropa. Vio la cara, los ojos abiertos y la mandíbula caída.

Claire dejó caer la botella. Se llevó la mano a la boca para contener un grito.

Había un cadáver colgando del árbol.

No sabía cuánto tiempo había estado mirando atemorizada, pero el sol nascente arrojó nueva luz sobre su descubrimiento.

Este cadáver no solo había sido colgado, sino también expuesto. Los brazos y las piernas estaban extendidos, atados a diferentes ramas del árbol. El torso estaba atado al tronco principal. Claire estaba segura de que le habían peinado el largo pelo castaño de la mujer.

Se recompuso y, al alejarse para tener una visión más clara, algo la hizo retroceder asustada.

—Dios mío —gritó una voz.

Dos personas aparecieron junto a ella. Hombres jóvenes. Se quedaron mirando con la misma combinación de fascinación y horror que Claire. Ella trató de decir algo en respuesta, pero no pudo formar ninguna palabra.

Claire buscó el teléfono en su bolsillo, lo sacó y marcó el 911. Alguien respondió tras el primer tono.

—Novecientos once, ¿con qué departamento desea hablar?

—P-p-policía —dijo, tratando de recobrar el aliento. La conectaron al instante. Ahora se oía la voz de un hombre.

—Novecientos once, ¿cuál es su emergencia?

Como buitres alrededor de una presa, otra pareja apareció junto a ella y se quedaron mirando boquiabiertos.

—Un cadáver. Green Valley Park —tartamudeó—. Zona sur.

—Por favor, no cuelgue, señora, y rastreamos su ubicación exacta. ¿Qué más puede decirme sobre el cuerpo?

Claire repasó las palabras en su mente, dándose cuenta de que nunca en su vida había articulado una frase semejante.

—El cuerpo ha sido atado al árbol.

Miró a su lado y vio a un hombre con un niño pequeño que también miraba hacia la monstruosidad. No era de extrañar. Cualquiera que pasara por allí seguramente lo vería.

Entonces pensó en el hombre de la capucha gris.

¿Por qué no se había detenido y mirado boquiabierto como todos los demás?

CAPÍTULO UNO

Ella Dark levantó la puerta de acero para abrirla y entró en el depósito. No era su forma ideal de pasar una mañana de sábado, pero era algo que tenía que hacer. Dios sabe que ya lo había pospuesto lo suficiente.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado aquí, y recién ahora se daba cuenta de cuánto había extrañado el aroma familiar de las viejas posesiones de su padre. De alguna manera, una parte de él seguía unida a ellas. El rostro le brillaba más fuerte cuando sostenía sus cosas. Podía verle las arrugas bajo los ojos y las canas en el pelo. Incluso podía oír su voz profunda, llena de graves, pero lo suficientemente elocuente como para representar la mundanidad. Habían pasado veintitrés años desde la última vez que lo había visto, pero todavía podía imaginarlo tan claro como el agua; la mandíbula cincelada, la camiseta negra de trabajo, el pelo que empezaba a perder grosor, pero que todavía no se le había empezado a caer. A veces le costaba creer que habían pasado más de dos décadas desde su fallecimiento. Todo parecía tan fresco y reciente, como si sus recuerdos estuvieran tallados en piedra irrompible. Era un pequeño consuelo pensar que si no había olvidado su rostro a estas alturas, nunca lo haría.

Esta sería su última vez en esta habitación, reflexionó Ella. Los pagos mensuales por este depósito eran elevados y, aunque odiaba la idea de deshacerse de las pertenencias de su padre por motivos económicos, llegaba un momento en el que había que tomar decisiones difíciles. Rara vez tenía tiempo para visitar este lugar, y

aunque su intención era trasladar estos objetos a su propia casa, la realidad era otra. El apartamento de dos habitaciones que compartía con Jenna no contaba con una gran cantidad de espacio libre.

Miró atentamente adentro del viejo y polvoriento contenedor, sin saber exactamente por dónde empezar el minucioso proceso de clasificación de los objetos. Una pila para conservar y otra para tirar. Ese era su plan, aunque reunir el valor para desprenderse de cualquier objeto, por pequeño que fuera, le costaría mucho.

Los viejos libros de su padre ocupaban la mayor parte de la pared del fondo, apilados sin mucha gracia ni orden. Echó un vistazo a algunos de los lomos y vio novelas literarias clásicas, algunos manuales de carpintería, un par de libros duros encuadernados en cuero que parecían tomos de ocultismo, pero que seguramente solo fueran enciclopedias y diccionarios. Era una fotografía de la vida antes de que todo el mundo tuviera toda la información de la humanidad almacenada en sus bolsillos.

A lo largo de las paredes había muebles de la casa de su infancia: un armario de madera, algunos cajones, un pequeño sofá con espacio de almacenamiento debajo. Todo lo que tenía capacidad de almacenamiento se transportaba de un lugar a otro, y finalmente terminaba en esta unidad. Ella nunca había revisado realmente todo, solo miraba fugazmente los objetos cuando quería estar cerca de su padre.

—Vamos de izquierda a derecha —dijo en voz alta. Estaba segura de que no había nadie más en el edificio que pudiera oír sus balbuceos. Aparte de un recepcionista resacoso, no había visto a nadie desde que aparcó la furgoneta fuera—. Hay que ser implacable. He vivido sin la mitad de estas cosas durante más de veinte años, así que puedo vivir sin ellas para siempre. Solo conserva las cosas importantes.

Se arrodilló y empezó a sacar objetos del primer cajón. Pilas, una linterna, una cinta métrica, una navaja suiza, unas gafas, unos cables enredados, bolígrafos viejos. Tuvo que detenerse un segundo cuando encontró tres pelotas de malabares.

Ella se rio.

—Bueno, esto no me lo imaginaba.

Todo se fue a la primera bolsa de basura y, de repente, Ella se sintió mejor sobre todo el asunto. Quizá no sería un proceso tan doloroso después de todo.

Pero también estaba el marco de fotos. Un viejo y destartado marco victoriano autoportante, lo suficientemente pequeño como para caber en la palma de la mano. Detrás del cristal polvoriento había una foto granulada de Ella y Ken, alrededor de 1995. Estaban en una piscina y Ken levantaba a su hija en el aire. La mitad de la foto estaba ocupada por los gigantescos inflables amarillos que ella tenía en los brazos.

Ken siempre había guardado la foto junto a su cama y por eso el viejo marco dorado estaba salpicado de sangre.

Antes de que llegara la policía, Ella había tomado esta foto y la había escondido. Ella, de cinco años, había visto una escena de una telenovela en la que los detectives se llevaban el juguete de un niño porque era una prueba en un asesinato, y eso había entristecido a la joven Ella. No quería que ocurriera lo mismo en este caso.

Intentó no pensar en ello, pero las imágenes la agobiaron. Vio el cuerpo de Ken, inerte en su cama, mientras la sangre se escurría por debajo de las sábanas hasta el suelo de la habitación. Era una imagen que había visto un millón de veces, por lo general junto a elementos menores que cambiaban cada vez. El color de las sábanas, la posición en la que murió Ken, la hora exacta en la que ocurrió.

El marco de fotos se le cayó de las manos y cayó al suelo provocando un ruido metálico. Rápidamente comprobó que no estaba dañado. Tuvo suerte.

—Por eso odio esto —dijo en voz alta. Estas reliquias eran preciosas, pero a veces se sentía como si estuviera manipulando belladonas. Hermosas de lejos, pero venenosas de cerca.

Colocó el marco a un lado y siguió adelante. Lo siguiente era una baraja de cartas, amarillenta por el paso del tiempo y sin la mitad de

su contenido. Abrió la solapa y sacó los naipes, sorprendida de que los naipes todavía estuvieran en buenas condiciones. Sostuvo una jota de corazones entre dos dedos, imitando la acción de lanzarla al otro lado de la habitación, pero la mantuvo en su sitio entre el pulgar y la palma de la mano para que no se moviera. Era algo que hacía instintivamente siempre que sostenía algo de tamaño equivalente, como una tarjeta de presentación o una tarjeta de crédito. De repente, recordó que fue su padre quién se lo había enseñado cuando tenía unos cinco años. De alguna manera, esa técnica la acompañaba desde entonces. Incluso lo recordaba sentado en la alfombra del salón frente a ella, enseñándole a simular las acciones de lanzamiento para engañar a la gente que la observaba. Pensando bien, esa fue su primera lección de psicología humana.

Abrió la bolsa de basura para meter la baraja de cartas dentro, pero luego se detuvo y reconsideró.

—No, me quedaré con ellas —se dijo a sí misma.

La base del cajón estaba repleta de papeles. La primera capa consistía en pagos de facturas atrasadas, con los sobres incluidos. Comprobó algunas de las fechas: 89, 93, 94 y se sorprendió al ver que el sistema de facturación no había cambiado mucho en 25 años. Vagas amenazas de supresión del servicio, tonos pasivo-agresivos, jerga del sector. Todo fue directamente a la basura.

Debajo de eso encontró papel de carta, del estilo antiguo, con enormes espacios entre las líneas. Cogió una hoja y la sostuvo a la luz. Había algo escrito a lápiz, pero se había desvanecido con el tiempo. Afortunadamente, todavía se podía leer.

«Ken, sabes que no soy hábil con las palabras, especialmente en el momento. Pero estaba aquí sentada leyendo el libro que me diste, y me dieron ganas de escribirte algo. Solo quería darte las gracias por aceptarme en tu vida. Eres un hombre fuerte. Un soldado. Tu niña es afortunada de tenerte y yo soy aún más afortunada. Sam».

Escritura elegante. Femenina. La letra «i» tenía burbujas en lugar de puntos y la escritura estaba inclinada, lo que significaba que esta

persona llamada Sam era más bien una Samantha y no un Samuel. Ella había recibido un curso intensivo de grafología como parte de su formación en el FBI y recordaba lo básico.

Apartó la carta y continuó revisando el montón, encontrando más facturas y más del mismo papel de carta. Ahí estaba de nuevo, la misma letra.

«Ken, en caso de que te preguntes de quién es este misterioso regalo, me temo que la verdad no es digna de una revelación de Agatha Christie. El videoclub que tengo cerca tenía una oferta, así que pensé: ¿por qué no sorprender al caballero más guapo que conozco? P.D., no dejes que Ella ponga sus pegajosas garras en esto. Sam».

—¿Mis garras? —preguntó Ella—. ¿Quién era esta mujer?

Al vaciar lo que quedaba en el cajón, junto con un puñado de sobres, aparecieron más de estas cartas. Las revisó y volvió a encontrar la misma escritura. Examinó las fechas de las cartas, y vio que iban desde el verano del 96 hasta principios del 97. La más reciente estaba fechada el 12 de marzo de 1997.

Solo una semana después, su padre había muerto.

Quienquiera que fuera esta mujer, él había estado viéndola en la época de su muerte. Y si ese era el caso, ¿por qué Ella no la recordaba? Podía recordar los pequeños momentos, como su padre enseñándole trucos básicos de magia, pero ¿no podía recordar algo tan importante como esto? ¿Esto no sería el tipo de cosa que permanecería en la mente de una niña de cinco años?

¿Quién era esta mujer? ¿Se conocieron alguna vez? ¿Qué pasó con ella después de la muerte de Ken?

Ella sintió que le vibraba la pierna. Puso los papeles en la pila para conservar y buscó en su bolsillo. Tenía un mensaje de Jenna.

«Vas a salir esta noche. Sin excusas. Si no estás de vuelta aquí a las 18:00, iré a buscarte».

Maldita sea. Ella esperaba que Jenna se hubiera olvidado de que había aceptado ir a algunos bares con ella esa noche. De todas formas, creía que le vendría bien conocer nuevos sitios y ambientes

en su vida. Desde que había regresado de su primer caso de campo, conocido acertadamente como el Imitador, según Internet (aunque la designación oficial del FBI era Asesinatos del imitador de Luisiana), el trabajo había sido aún más extenuante que de costumbre. Ella había vuelto a la Unidad de Inteligencia, pero seguía en estrecho contacto con William Edis, uno de los directores del FBI. Habían pasado cuatro semanas sin que volvieran a requerir sus servicios, y se sentía aliviada y decepcionada en partes iguales.

Respondió al mensaje de Jenna, apiló todas las cartas de la desconocida y volvió a la tarea de despejar el almacén.

CAPÍTULO DOS

Ella agradeció que la música fuera lo suficientemente baja como para seguir conversando, aunque fuera a duras penas. No había nada más irritante que el martilleo de un bajo invadiendo tus sentidos toda la noche. Siempre la dejaba con dolor de cabeza. No tenía ni idea de cómo alguien podía disfrutar de que le violaran los tímpanos de esa manera.

Había optado por un vestido negro y tacones, con el pelo recogido en una coleta suelta. No se puso las gafas y optó por los lentes de contacto. Nada demasiado glamuroso, pero lo suficiente como para encajar entre aquellos que buscaban atención y las aspirantes a modelos que se esparcían por la pista de baile con sus teléfonos móviles apuntando constantemente hacia ellas mismas. Las luces eran tenues y había suficiente gente en el bar como para que se sintiera incómoda, pero se encontraba en una nebulosa, pensando en las cartas. Intentó apartarlas de su mente, pero siempre le resultaba difícil mantenerse presente en los bares y clubes. Sus pensamientos se iban a la deriva. Tal vez fuera por el constante murmullo de las voces, la música y el tintineo de las copas, que se combinaban para crear una especie de ruido blanco que la llevaba al país de la ensoñación.

Ella y otras doce personas estaban de pie apiñadas alrededor de una mesa. Reconocía a la mitad de ellas, ya que solía encontrarlas desmayadas en su sofá los domingos por la mañana. Sin embargo, apenas conocía sus nombres, y mucho menos lo suficiente como para entablar una conversación. Todos parecían aislarse en sus

pequeños subgrupos, y Ella rápidamente se vio al margen de todos ellos. Se inclinó hacia delante para escuchar una conversación, pero sintió que su intromisión no era deseada. Buscó a Jenna y la encontró hablando con un tipo cerca de la pista de baile. Incluso con la escasa luz del bar, era difícil pasar por alto el pelo rubio platino y los brillantes tacones rojos. Ella decidió alejarse de la reunión social e intentar un aproximamiento diferente en unos minutos. Tal vez habría una nueva conversación en la que podría participar.

Se acercó a la zona de la barra y se apoyó en ella, contenta de dejar de intentar mantener las apariencias. Cuando por fin apareció el camarero, pidió un *whisky* con Coca-Cola. Optó por el Hibiki, uno de los destilados que Mia le había hecho probar en Luisiana. Desde aquella semana, había desarrollado un gusto por él.

Sin prisa por volver al grupo, se apoyó en la zona de la barra y observó lo que ocurría. Posó los ojos en el nuevo chico de Jenna, observando su lenguaje corporal mientras hacía lo posible por impresionarla silenciosamente con su físico. Mia le había enseñado las señales que debía buscar: los pies, los codos, la distribución del peso corporal. Más inconscientemente que nada, Ella se encontraba ahora vigilando las microseñales de todo el mundo, especialmente de los hombres con los que se cruzaba. Cualquiera de ellos podía esconder secretos que solo su lenguaje inconsciente podía revelar.

—Hibiki, ¿eh? —gritó una voz a su lado—. Lo japonés siempre es mejor, ¿verdad?

Ella se dio la vuelta, sorprendida por la repentina intrusión. Vio la silueta lateral de un joven, quizá de un poco menos de treinta años, con el pelo castaño ondulado y unas gafas de montura negra. Llevaba una camisa azul ajustada y unos vaqueros. Pocos hombres podían combinar dos azules, pensó Ella, pero este desconocido parecía hacerlo muy bien. Tal vez fueran las gafas, que desprendían ese peculiar aire hípster que combinaba la ironía con una auténtica conciencia de la moda.

Él gritó su pedido a través de la barra. Ella se fijó en sus modales. Siempre pensó que se podía saber mucho de alguien por la

forma en la que trataba a los empleados del servicio. Él se volvió hacia ella, y solo entonces se dio cuenta de que no había dicho nada en respuesta.

—Sí —dijo. Luego entró en pánico, tratando desesperadamente de pensar en algo ingenioso para continuar con la conversación. No se le ocurrió nada—. ¿Estás tomando lo mismo?

—Oh, no. No bebo. Solo tomo Coca-Cola *light*. Soy uno de esos molestos tipos de abstemios.

—¿En serio? ¿Por qué?

—En el trabajo nos hacen pruebas de alcohol y drogas todas las semanas. Me parece que lo mejor es mantenerse alejado de ellas. Además, me gusta recordar lo que pasó la noche anterior.

Ella asintió con la cabeza.

—Igualmente. Soy una bebedora de ACN. Aniversarios, cumpleaños y Navidad. ¿Cuál es tu trabajo?

No pudo evitar preguntárselo. Tenía la sensación de que él quería que lo hiciera.

—¿Prometes no reírte? La mayoría de las mujeres salen corriendo cuando se los digo.

—Estoy intrigada.

—¿Pero lo prometes?

—Claro —sonrió ella.

—Soy un luchador profesional.

Ella arqueó las cejas.

—¿Como en lucha olímpica? ¿O como Hulk Hogan?

—Lo último. Más o menos. Hace mucho tiempo que Hogan no es relevante.

—Eso es... interesante. Nunca había conocido a un luchador, aunque una vez tuvimos un caso en el trabajo en el que un luchador mató a su familia y luego a sí mismo.

Él se llevó su bebida a los labios y la miró fijamente.

—Trabajo en las fuerzas del orden —terminó de decir ella, esperando que eso lo impresionara, pero sin querer llevar la conversación exclusivamente por el camino del trabajo. Aunque tenía

que admitir que le gustaba bastante estar hablando con un luchador. La gente con trabajos no convencionales siempre le interesaba, aunque tenía muy poca idea de lo que implicaba su trabajo. ¿Mucho ejercicio? ¿Tal vez salía en la televisión? Su curiosidad estaba al máximo.

—Vaya, eso es infinitamente más genial que lo mío. Debes ver algo de acción.

El DJ hizo sonar una canciónailable y al juzgar por el hecho de que todo el mundo, excepto Ella, gritaba de alegría, era una canción popular. Ella reconoció la melodía básica, pero no tenía ni idea de quién cantaba. El caballero tomó su bebida y se volvió hacia ella.

—¿Sabes qué? Esta es mi segunda canción favorita —dijo él.

Ella olió su colonia. Vainilla suave pero con un toque de especias. Cuando él se apartó un poco, lo vio bien por primera vez. Tenía unos ojos azules sobre una nariz demasiado pequeña para el rostro. Una buena rutina de cuidado de la piel, y una complexión atlética, aunque un poco fibrosa.

—Eso es muy específico. ¿Cuál es tu favorita?

—Todas las demás están empatadas.

Le llevó unos segundos. Se rio.

—¿No eres un fanático? ¿También te han arrastrado hasta aquí?

—Oh sí, por ese condenado al que llamo mejor amigo. —Señaló al hombre que conversaba con Jenna.

—Oh, bueno, que Dios lo ayude. Está charlando con mi compañera de casa. Se lo comerá vivo.

—¿De verdad? —preguntó—. Bueno, qué suerte tiene. ¿Le espera un mundo de dolor?

Ella bebió un trago de su bebida. Sintió que se relajaba un poco. Hacía tanto tiempo que no se divertía que había olvidado lo que se sentía.

—Digámoslo así, si los hombres fueran fruta, ella fácilmente comería sus cinco al día.

Los dos se rieron. «¿De dónde salió eso?» pensó ella. Nunca había usado esa frase en su vida, pero parecía ser un éxito.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó.

Ahí estaba. Siempre preguntaban por su situación sentimental. Aunque, a su favor, él se había esforzado hasta llegar a eso. Ese enfoque solía tener más éxito que hacerlo de forma directa.

—Soy la chica más soltera que hayas conocido. Realmente no tengo tiempo para una relación.

—Pero ¿tienes tiempo para ir a los bares? —él diluyó la pregunta con una sonrisa para compensar cualquier tono acusador. A Ella no se le escapó.

—Esta es mi primera salida nocturna en mucho tiempo. ¿Y tú?

—Las relaciones no son para mí. Soy una hoja de laurel —dijo.

Ella se quedó callada. Sabía que vendría una continuación. Pensó que ya tenía una buena idea de su personalidad. Para su sorpresa, se sentía realmente cómoda con este desconocido. Él no sobrepasó ningún límite físico, como ponerle una mano en la cintura como hacían muchos chicos en la discoteca. Parecía respetuoso y, aunque obviamente intentaba causar una buena impresión, lo hacía de la manera más agradable posible.

—¿Conoces las recetas que siempre piden hojas de laurel al principio?

—¿Un hombre que sabe cocinar? —dijo Ella—. Bueno, no lo hubiera imaginado.

—Totalmente. Bueno, lo de saber es optimista, pero yo lo intento como en la universidad. De todos modos, al final, la receta siempre te dice que deseches las hojas de laurel, ¿no?

Ella realmente no tenía idea, pero asintió de todos modos.

—Bueno, así soy yo. Me usan y se deshacen de mí al final. Rey de los amores de noventa días.

Se rio, esperando que resultara simpática y no burlona.

—Me resulta familiar —dijo—. Creo que así es como funcionan las citas modernas.

Cada vez que hablaba, tenía que inclinarse y gritarle al oído, pero le agradaba la proximidad a su figura ciertamente atractiva.

—Soy terrible en las citas, pero puedo mostrarte lo terrible que soy si quieres —dijo él—. ¿Tal vez tomando un café una tarde? ¿Tal vez en algún lugar donde la música no suene como la alarma de un coche sonando?

Ella bebió otro trago y lo consideró. Parecía bastante decente. Se cuidaba a sí mismo sin entrar en el terreno de las ratas de gimnasio. Tenía personalidad. Podía mantener una conversación. «¿Por qué no?».

—Eso estaría bien —dijo ella—. ¿Quieres mi número? —preguntó. Pensó que quizá el alcohol la hacía más atrevida de lo normal.

—No diré que no. —Él sacó su teléfono.

Ella hizo lo mismo.

—Estamos en el 2021, y todavía no hemos descubierto una forma más fácil de intercambiar números con otras personas, ¿verdad? —dijo ella.

—Hay aplicaciones que pueden entregar papel higiénico mientras estamos en el inodoro, pero intercambiar números es más difícil que un examen de matemáticas. ¿Quieres darme el tuyo?

Ella se quedó mirando la pantalla, y recién ahora se dio cuenta de las tres llamadas perdidas, todas de la oficina del FBI. Luego apareció el nombre de William Edis.

«Es urgente. Llámame cuando recibas esto».

Sintió esa oleada de energía nerviosa. La misma que había sentido la última vez que Edis la convocó. ¿Era otro trabajo de campo? ¿Otro ofensor en serie? No había oído ningún rumor dentro del FBI sobre la aparición de nuevos asesinos en serie, así que si se trataba de un caso así, era exclusivo.

—Eh... Lo siento —dijo ella—. ¿Puedes esperar aquí un segundo? Tengo una llamada urgente de trabajo.

—No hay problema —respondió él. Ella se apresuró a salir al exterior, entre los fumadores y las parejas que se besuqueaban. Se alejó del alcance de los oídos de la multitud y marcó el número de Edis. Él contestó al segundo timbre.

—Dark. —No hubo saludos—. Necesitamos tus servicios de nuevo. ¿Estás dispuesta?

No necesité preguntárselo dos veces.

CAPÍTULO TRES

—¿**V**estida para la ocasión, Dark? —dijo William Edis. Eran casi las once de la noche del sábado y Ella estaba sentada en el despacho del director del FBI con un vestido negro y tacones. De repente, el mundo de los bares, las discotecas y los jóvenes guapos parecía estar a un millón de años luz de distancia. Se sintió un poco mal por tener que abandonar a sus amigos y a su posible cita con tanta prisa. Aunque se había disculpado con ellas y con él, no podía evitar preguntarse si había desperdiciado una oportunidad única de conocer a alguien fuera de su burbuja laboral. ¿Fue una tonta al no pedirle su número? La vergüenza le había impedido dar el paso. En su mente, él ya la había dejado cuando ella volvió a la discoteca. ¿La gente se pedía el número sin más o había algún tipo de código no escrito? ¿Tal vez era él el indicado? No lo sabía. Descartó la idea. Habría otros hombres, otras noches de fiesta. Ahora mismo, había asuntos más urgentes.

—He venido directamente del centro —dijo Ella—. Puedo ir a cambiarme si quiere. Tengo algo de ropa en mi casillero.

—Tonterías. Un poco de elegancia siempre es agradable, sobre todo en estas circunstancias. Y siento haberte sacado de tus actividades —dijo Edis, quitándose las gafas y frotándose los ojos. Tenía un aspecto mucho más demacrado que la última vez que Ella lo había visto, que no podía ser más de tres semanas antes. Era un hombre robusto, que sin duda ocultaba un buen tono muscular bajo su traje y corbata arrugados. Pero el estrés de su posición era evidente, desde la piel agrietada hasta la calvicie incipiente. «Debe

de llevarle más tiempo lavarse la cara todos los días», se dijo Ella, y luego desechó la idea. Debe de ser el alcohol en su organismo el que hace el comentario.

La puerta del despacho de Edis se abrió de golpe. Mia Ripley entró y dejó que la puerta se cerrara. Hacía tiempo que Ella no la veía, pero nada había cambiado en la agente Ripley. Seguía teniendo esa presencia que atraía las miradas y te hacía prestar atención. Tal vez fuera aquel pelo pelirrojo teñido peinado hacia atrás, como una actriz en la alfombra roja. Puede que fuera la forma en que siempre mantenía los hombros en alto y cómo daba cada paso con un ruido sordo.

Ella se enderezó y se aclaró la garganta. Sintió que se le enrojecía la cara. Incluso con su vestido de noche, sentía que a su aspecto le faltaba algo. Hacía tan solo unos meses, Ella y Mia habían resuelto el caso de un asesino en serie en tiempo récord, pero aun así, Ella seguía sin sentirse del todo cómoda en su presencia.

—¿Con ganas de castigar, novata? —preguntó sin siquiera mirarla. Mia iba vestida con un traje y llevaba el pelo recogido en un moño. Llevaba un bolso al hombro, y eso le indicó a Ella que se dirigían hacia un lugar diferente a Washington, D. C.

—Eso parece —dijo Ella—. Es bueno verte de nuevo, agente Ripley.

La agente especial Mia Ripley era la perfiladora más respetada del FBI. Una veterana de 25 años, con más elogios de los que se pueden contar. Había atrapado a algunos de los delincuentes más notables de la historia: asesinos en serie, asesinos en masa, terroristas. Más recientemente, el asesino imitador de Luisiana, con la ayuda de Ella.

—A ti también, Dark. ¿Te ha informado Edis?

—Todavía no —interrumpió Edis—. Las estaba esperando a las dos. Gracias por venir con tan poco tiempo.

Mia dejó su bolsa y se sentó junto a Ella. Ella se apartó para hacer sitio.

—¿A qué nos enfrentamos? —preguntó Mia—. ¿Un segundo cuerpo?

—¿Un segundo? —preguntó Ella—. No sabía que hubiera un primero. —Se preguntaba cuánta información de la que pasaba por el FBI no se daba a conocer al público, ni siquiera al personal de su nivel. Reflexionó sobre cuántos casos fascinantes se estaban acumulando en las bóvedas del FBI en ese mismo momento.

—Tenemos una situación en Seattle —comenzó—. El segundo cuerpo en un lapso de una semana. Esta mañana, una mujer joven fue encontrada colgada de un árbol en un parque público.

—¿Colgada? —preguntó Mia.

—¿Cómo un suicidio? —intervino Ella.

—No, muy diferente. Esta víctima fue colgada por las manos y el torso. Esto definitivamente no es un suicidio. Alguien puso a esa mujer ahí.

Enseguida, Ella recordó al menos cuatro casos en serie en los que la víctima había sido atada a un árbol. El más destacado fue el caso del Ahorcado de Chicago de 1967. Cuando se trataba de víctimas abandonadas en la base de los árboles o en los parques, la lista se extendía a cientos. ¿El asesino intentaba que estas muertes parecieran suicidios, como Hiroshi Maeue en 2005? ¿O podría tratarse de una extraña forma de *strappado*, la antigua técnica de tortura? Un asesino británico llamado Stephen Allwine había hecho lo mismo en 2016.

—¿Quién lo reportó? —preguntó Mia.

—Una corredora que pasaba por allí. Encontró el cuerpo alrededor de las 7:30 de la mañana. La policía local la ha interrogado y la ha eximido de toda sospecha. Este incidente coincide con otro cuerpo descubierto hace tres días, también hallado colgado en una plaza pública. En su momento sospechamos de que se tratara de un caso en serie, pero no podíamos intervenir hasta que se confirmara.

—Entendido —asintió Ella.

—Todo lo que necesitan saber está en estos archivos del caso. —Edis les pasó dos carpetas marrones—. La policía local ya ha determinado las identidades de las víctimas, así que eso debería darles un punto de partida. No hace falta que les diga lo importante que es que avancemos en este caso. Estos no son asesinatos que tienen lugar a puertas cerradas. Estos cuerpos están siendo expuestos para que el ciudadano común los encuentre. Los ciudadanos están en alerta máxima. Los niños están siendo traumatizados. La prensa está haciendo de las suyas.

—Por supuesto, Will. Lo entiendo —dijo Mia. Metió la carpeta en su bolso—. Dark, me dirijo allí ahora mismo, y tú decides si quieres venir conmigo. No tienes por qué hacerlo. Recuerda lo que te dije la última vez. No idealices este trabajo. Los asesinos en serie seguirán aquí mucho después de que tú y yo nos hayamos ido, y no hay nada que podamos hacer al respecto. Los asesinatos son inevitables. Somos curitas en heridas de bala, y no vale la pena morir por eso.

A Ella le sorprendió la franqueza de Mia en presencia del director, pero lo agradeció. Dejó que el silencio se impusiera mientras pensaba en la propuesta durante un segundo.

—Tu ayuda en el último caso fue determinante —dijo Edis—. Pero entiendo cualquier reserva que puedas tener esta vez, teniendo en cuenta lo que has pasado. Lo hiciste bien en ese caso y queremos aprovechar ese impulso.

Ella se dio la vuelta hacia Mia.

—¿Tú quieres que esté allí contigo?

—¿Sientes que has aprendido del último caso? ¿Recuerdas los errores que cometiste y cómo evitarlos esta vez?

«Arriesgué mi vida para atrapar al imitador y tú hablas de errores», pensó.

—Sí, a ambas cosas.

—Entonces sí, quiero que vayas conmigo. ¿Qué vas a hacer?

Ella ya sabía la respuesta. Durante seis semanas, lo único en lo que había pensado era en volver al campo y hacer todo de nuevo. Tuvo momentos en los que pensó que una vida así no le convendría,

pero sus fantasías en el escritorio persiguiendo a asesinos de la vida real le decían lo contrario. De hecho, desde su batalla con el asesino imitador de Luisiana, todo lo demás en su vida parecía haber bajado de volumen. Aquello había sido el clímax, el subidón que perseguiría siempre, aunque tuviera que matar para conseguirlo. Admitir su nuevo deseo de aventura podría provocar algunas reacciones cautelosas por parte de Ripley y Edis, así que sabía que tendría que reservarse esa parte para sí misma. Daría cualquier cosa por volver a hacerlo, aunque no hubiera aprendido completamente de sus errores pasados. Lo único que significaba era que podría volver a cometer esos mismos errores.

—Hagámoslo.

—Buena elección, novata. Ahora, vete en taxi a tu casa y haz las maletas.

—No es necesario —dijo Ella—. Tengo un bolso listo en mi casillero. Lo tenía guardado allí desde que volvimos de Luisiana, por si acaso.

Mia se inclinó más hacia ella y olfateó el aire. Ella se sintió ligeramente violada.

—Bueno, está bien. Y hablando de buenas elecciones, tómate tu tiempo para prepararte. Espera a que ese Hibiki salga de tu sistema.

Ella se volvió hacia Edis, sintiéndose ligeramente avergonzada.

—Solo fue un trago.

—Es sábado por la noche, Dark. Si no te estás emborrachando, entonces estás haciendo algo mal. Aeropuerto, en una hora, nos vemos allí.

Se encontró al otro lado de la puerta del despacho, de nuevo en la última planta del edificio del FBI. Siguió el camino de mármol hasta el ascensor y se esforzó por mantener oculta su sonrisa a los apurados trabajadores de medianoche y al personal de limpieza.

Y falló.

* * *

Ella recibió un trato VIP desde el momento en que entró en el Aeropuerto Nacional Ronald Reagan de Washington. Un hombre con un chaleco reflectante la estaba esperando; luego la condujo a través de las colas de seguridad en cuestión de segundos. Los aeropuertos siempre parecen tan inmensos cuando eres turista, pensó, pero en realidad son bastante fáciles de recorrer cuando eliminas las colas.

Había hecho un bolso ligero pero ingenioso: calcetines gruesos, botas de agua, polainas, y había optado por unos simples vaqueros, una camiseta y una chaqueta para el viaje. Después de su terrible experiencia en el último caso, la eficiencia era lo primero y la apariencia era mucho menos importante. Algo le decía que iba a estar en la naturaleza de Seattle al menos un par de veces y eso no era lugar para faldas o vestidos.

La puerta 319 apareció a la vista. El vuelo de la 01:10 de Washington a Seattle estaba a diez minutos de la hora de embarque, pero su guía la condujo más allá de la fila de espera y por el túnel sin pausa. Ella subió al avión y tuvo algunos recuerdos de la última vez que había hecho esto, pero se sorprendió de que todo el nerviosismo había sido sustituido por la emoción y la determinación. El primer reto era siempre el más difícil de superar, y después de eso, era más de lo mismo. Estaba preparada para este caso, lista para apropiarse de él. En la pared de su habitación había colgado una felicitación del alcalde de Nueva Orleans, Luisiana, y cada vez que la veía, sentía que todo había valido la pena. La satisfacción del trabajo era una cosa, pero mirar a los ojos de un asesino en serie era otra cosa. Ella formaba parte de una élite que podía presumir de tal hazaña, y quería poder presumir más. Salvar vidas era algo normal, pero ser capaz de cambiar activamente el curso del destino de alguien era una razón por la cual vivir.

Al pasar por la clase turista y llegar a la clase ejecutiva, no se oía más que el suave murmullo del motor del avión. Observó la zona con sus asientos reclinables de cuero y sus pequeños sofás, y se dio cuenta de que Mia ya estaba sentada en la esquina más alejada. Levantó la vista y le hizo un gesto cuando oyó la entrada de Ella.

—Justo a tiempo, Dark. ¿Ya estás sobria?

Ella dejó caer su bolso y se sentó frente a Mia en un asiento de cuero blanco. Entre ellas había una mesa de cristal ya cubierta de papeles.

—Nunca estuve borracha —protestó—. Solo tomé un trago.

—Lo sé, te estoy tomando el pelo. Tengo que mantenerte alerta.

Ella posó los ojos en el primer papel que tenía delante. Mostraba a una de las víctimas, sujeta en lo alto de un árbol. Los brazos y las piernas estaban extendidos y cada extremidad estaba sujeta a una rama diferente. Estaba completamente desnuda, salvo por un grueso trozo de cuerda que le rodeaba el torso y la mantenía sujeta al tronco del árbol. Era mucho más desgarrador de lo que Ella había imaginado, y ver todos los pequeños detalles de la exhibición hizo que todo se sintiera muy real. Se trataba de una mujer real con familia y amigos, ahora reducida a una especie de exhibición pública. Su sed de justicia creció. Tenía que capturar a este criminal y tenía que ser ella quien lo hiciera.

—¿Qué piensas? —preguntó Mia, tocando la página que Ella estaba observando—. Esta es la víctima número dos. Esto es todo lo que tenemos por el momento. ¿Qué te parece?

Ella trató de seguir los pasos en su mente. Se situó en el lugar, imaginó que era la asesina. «¿A qué me recuerda esto? ¿A qué se parece esto?».

Revisó su banco de memoria y encontró tres casos en particular, los mismos que había recordado en la oficina de Edis. Sus víctimas también habían sido colgadas de los árboles, pero esa era la única similitud. En dos casos, los asesinos habían intentado que pareciera un suicidio. En el otro, se trataba simplemente de asesinatos por venganza. Necesitaba saber más antes de poder atar cabos.

—¿Sabemos cómo murió la víctima? —preguntó Ella.

—Buena pregunta, pero no, por ahora no. Todavía estamos esperando los informes de la autopsia de ambas víctimas.

—Bien, mi primera pregunta es cómo un sudes sube a alguien a un árbol en primer lugar. Eso debe requerir una fuerza increíble, destreza y flexibilidad. Un cuerpo muerto pesa una tonelada, pero una posibilidad es que uno de los guardaparques haya utilizado alguno de los equipos del parque para hacerlo. Deben tener excavadoras, montacargas y cualquier otra cosa para mantener el parque, así que deberíamos interrogar a todo el personal del parque antes que nada. Poner énfasis en los que tienen acceso a los vehículos. ¿Sí?

Mia asintió.

—Nada mal, novata. Eso mismo estaba pensando. ¿Qué más?

Ella tuvo que detenerse para no felicitarse impulsivamente. Disfrutaba de los elogios. A decir verdad, esperaba que Ripley refutara sus comentarios como solía hacer, pero no lo hizo. Le vino una oleada de confianza. Tal vez estaba aprendiendo el oficio de detective.

Ella volvió a fijar la mirada en la fotografía.

—Obviamente la puso allí en algún momento de la noche porque habría menos gente alrededor.

—¿Qué está tratando de decir con esto? —preguntó Mia—. Podría haber desechado este cuerpo en cualquier lugar. Ríos, laderas de montañas, basureros. ¿Por qué ha colocado el cuerpo aquí?

Ella se recostó en su asiento.

—Porque quiere que alguien la encuentre. Quiere que la encontremos nosotros, tal vez.

La azafata trajo una miniatura de *whisky* y la puso delante de Mia. Esta asintió con un gesto de agradecimiento.

—El lugar de la eliminación suele ser uno de los elementos más reveladores del crimen. A veces más que el propio asesinato. Nos dice las apreciaciones del asesino sobre la víctima. Piensa. ¿Qué te dicen los patrones?

Ella repasó en su mente una serie de fotos de escenas del crimen, que tenían los mismos elementos que la que tenía delante. El Ahorcado de Chicago, 1967. Cuatro víctimas, todas colgadas de los árboles por el cuello, pero asfixiadas manualmente con antelación. Dada la teatralidad exhibida, no era lo mismo. Stephen Allwine, 2016, literalmente convenció a sus víctimas de su propia muerte. Hiroshi Maeue, 2005, el mismo enfoque. Imaginó los escenarios de sus muertes uno por uno, pero lo único que coincidía era el entorno. No coincidían lo suficiente. Este asesino casi parecía jactarse, mientras que los anteriores trataban de ocultar sus actividades. Ella cambió el rumbo de sus pensamientos.

—Bill Suff dejaba a sus víctimas cerca de los contenedores de basura porque las consideraba basura. Albert De-Salvo apuntaba hacia la puerta los genitales de sus víctimas para escandalizar a las personas que las encontraran. Danny Rolling posaba a sus víctimas en posiciones sexuales para humillarlas *post mortem*.

—Entonces, ¿qué sugiere esta disposición?

Ella dejó que el momento perdurara en el aire.

—Es un conflicto —dijo. Eso le llamó la atención a Mia.

—Me intriga lo que quieres decir. Estoy de acuerdo, en cierto modo, pero tengo curiosidad por ver qué es lo primero que se te ocurre.

—La ha levantado en el aire, como si quisiera resaltar su importancia. Parece que la está exhibiendo, pero al mismo tiempo no muestra ningún remordimiento por haberla matado. Esto es algo más que la muerte de la mujer. Hay algo más al respecto. Es como si se burlara del mundo, como si mostrara una posesión preciada. Algún tipo de actuación.

El avión empezó a llenarse. Mia tomó un trago de su *whisky*.

—Bien. Has hecho los deberes.

—Tú lo sabes.

—Este trabajo es una experiencia de aprendizaje de principio a fin, Dark. El último caso salió bien, pero no hay dos casos iguales. Algunos delincuentes pasan años sin ser capturados, otros continúan

haciéndolo por siempre. Ningún agente tiene una tasa de resolución del cien por ciento, incluso yo. Especialmente yo. Eventualmente regresarás a Washington, D.C., con nada más que una cabeza llena de preguntas.

—De acuerdo —dijo Ella—. ¿Qué estás tratando de decirme?

Mia pareció un poco ofendida por el comentario.

—Solo estoy tratando de prepararte para el inevitable fracaso que conlleva ser agente especial. Sé que has estado en las nubes desde lo del imitador, y eso es bueno, pero un día, el asesino que persigues va a quedar sin atrapar. Podría ser este, podría ser el siguiente, o podría ser dentro de diez casos. ¿No tienes problemas con eso?

—¿Tengo alguna opción?

—No, y eso es lo que hace que sea un dolor de cabeza.

Ella asintió.

—¿Tienes dudas de la posibilidad de atrapar al responsable de esto?

Mia respiró profundamente. Se rascó la cabeza con tanta fuerza que se le cayó parte del pelo.

—Si soy sincera, sí. A juzgar por lo que puedo ver aquí, este perpetrador es físicamente capaz, razonablemente inteligente y está comprometido con la misión. Esa es una mala combinación.

—También lo fue el último tipo.

—No te pongas arrogante, Dark. Estabas en tu elemento en el último caso. Sabes de historia y ese tipo estaba imitando la historia. Este sudes es una bestia completamente diferente. Como he dicho, su psicopatología sugiere que tiene una misión, y una vez que la cumpla, desaparecerá en las sombras y no volveremos a saber de él. Nuestro trabajo es encontrarlo antes de que eso ocurra. ¿Estás preparada para ello? El conocimiento histórico no te ayudará en este caso. Vas a tener que entrar en la mente del asesino. Ver lo que ve, sentir lo que siente. ¿Sí?

El avión comenzó a desplazarse hasta la posición de despegue. Ella se preparó. Odiaba esta parte. Siempre la había odiado. Pero no se mostró afectada. Si había aprendido algo durante el tiempo que

pasó con Mia, era que a veces lo único que se podía hacer era poner cara de valiente.

—Estoy lista, y aunque no lo creas, estoy segura de que lo vamos a atrapar. Cuando lleguemos a la escena del crimen, sé exactamente lo que tengo que buscar.

CAPÍTULO CUATRO

El avión se detuvo y la azafata las hizo bajar primero. Estaba amaneciendo justo cuando salieron al aire fresco de Seattle. Un empleado designado las condujo desde la pista hasta la puerta de seguridad y luego las despidió. En el vestíbulo del aeropuerto, un hombre bastante joven con una cazadora negra se acercó a ellas.

—¿Agentes? —preguntó. Tenía el pelo negro azabache, barba de tres días, rasgos marcados. Era del tipo atlético, musculoso, pero parecía que podía correr una maratón sin sudar.

—Correcto —dijo Mia—. ¿Comisario Brooks?

—Ese soy yo. Gracias por venir hasta aquí. —Extendió la mano hacia las mujeres.

—Soy la agente especial Ripley y esta es la agente Dark. Hemos sido informadas de sus hallazgos, pero nuestro conocimiento es aún mínimo por el momento.

Ella casi no podía creer que ese hombre fuera el comisario local. Apenas parecía tener treinta años. Supuso que era alguien de una familia de agentes de la ley. Quizá el hijo de dos policías veteranos.

—Claro. Todavía estamos reuniendo información nosotros mismos. ¿Dónde puedo llevarlas primero, agentes? ¿A su hotel? ¿A la comisaría?

Ella ya sabía exactamente lo que Mia iba a decir.

—A la escena del crimen —dijo Mia, como esperaba—. Quiero ver dónde fue encontrada la víctima más reciente.

—Como quieran —dijo Brooks—. Mi coche está aquí afuera.

Las condujo fuera del aeropuerto hasta su vehículo. El asiento del pasajero estaba repleto de papeles, así que Mia y Ella se sentaron atrás. El coche rugió y se encontraron en la autopista de Seattle. Llegaron a un semáforo en rojo y Brooks se inclinó sobre el asiento del acompañante, tomó una carpeta y la pasó hacia atrás.

—Dos víctimas —dijo—, ambas encontradas en el mismo tipo de circunstancias. Colgadas en los árboles. Una en el Parque Nacional de Seattle, otra en Green Valley. Hay unos ocho kilómetros entre sí.

Mia abrió la carpeta y sacó una foto de la primera víctima en su pose de muerte. Era un calco de la segunda. Brazos extendidos, una cuerda alrededor del torso. Las siguientes fotos mostraban primeros planos de las ataduras que la mantenían en su sitio, seguidas de fotos de la segunda víctima. Le pasó las fotos a Ella para que las inspeccionara.

—Cuarenta años —dijo Ella—. La segunda víctima no parece tener una edad parecida.

—Veintidós —dijo Brooks, mirándola por el retrovisor.

Mia no dijo nada y siguió revisando las fotografías. Miró por la ventanilla del acompañante. Ella pensó si la diferencia de edad podía ser significativa, o si simplemente habían sido víctimas de oportunidad.

—¿Qué opinas de la diferencia de edad, Dark?

Ella comparó las fotos de las dos víctimas. Examinó sus apariencias, o al menos lo que podía percibir de ellas en su estado *post mortem*.

—Es una diferencia de edad de casi veinte años, sin mencionar que las mujeres no se parecen en nada. La primera víctima es una rubia de mediana edad, de baja estatura, con una figura más robusta. La segunda es una joven morena, alta, delgada, atlética. La victimología es inconsistente.

—¿Qué sugiere eso? —preguntó Mia, todavía mirando el tráfico de Seattle.

Ella lo pensó durante un segundo. Recordó lo básico. El último caso le había enseñado a atenerse a las pruebas, a no adentrarse

demasiado en territorio desconocido. La mayoría de los asesinos en serie tenían un tipo de víctima preferido. Este asesino no lo tenía, o al menos eso parecía. Lo único que tenían en común es que eran mujeres.

—La victimología no es importante. No importa a quién mate, mientras mate a alguien.

Mia se volvió hacia ella y tomó la carpeta de Ella. Volvió a inspeccionar una de las fotos.

—No, todo lo contrario. —Dejó que se impusiera el silencio entre ellas. Ella esperó una explicación, sintiéndose un poco avergonzada de que Mia no estuviera de acuerdo con ella, especialmente delante de su nuevo colega. El rostro se le enrojeció, tratando de pensar en una manera de redimirse. Le había ido demasiado bien en el avión como para fracasar en el segundo obstáculo.

—En algunos casos, podría estar de acuerdo, pero hay demasiada teatralidad exhibida para que estas sean solo víctimas al azar. Con una victimología tan variada, sugiere que estas dos mujeres fueron elegidas a propósito. No está apuntando a un tipo de mujer, está apuntando a las mujeres exactas, algo raramente visto en asesinos en serie. Estas mujeres no son sustitutos de la fuente de su frustración. No representan las características que el asesino odia: son la fuente.

Ella asimiló la idea de Mia y reflexionó sobre ella por un momento. Buscó en su cerebro asesinos en serie que hubiesen atacado la propia fuente de su rabia y se encontró con una lista decepcionantemente corta. Edmund Kemper o Jack el Destripador como mucho. No le vino a la mente ningún otro.

—¿Una conexión personal entre el asesino y las víctimas? —preguntó Ella.

—Quizás, pero no siempre. A veces el asesino puede percibir que una persona determinada le ha hecho daño. Algunos pueden tener delirios. No siempre es tan claro. ¿Pero con este sudes? No lo sé hasta que vea más. Cuanto más pienso en este criminal, más amenazante parece.

—¿Cómo?

—Los sudes que apuntan a la fuente de sus problemas, ya sea por rabia, frustración o deseo sexual, son algunos de los sospechosos más peligrosos de atrapar. La mentalidad del acosador es increíblemente compleja y volátil. Suelen parecer organizados, sigilosos, pero normalmente no se detienen hasta que la persona que tienen como objetivo esté muerta o sea inalcanzable. Y a veces, eso se extiende a las personas que los persiguen. Si este sospechoso sabe de nuestra participación, o se entera de nuestros nombres, no será nada bueno.

El coche salió de la autopista para adentrarse en un estrecho camino rural. Ella vio una señal que decía que el parque Green Valley estaba a un kilómetro y medio.

—Significa que podría venir por nosotras —confirmó Ella. Pero esta vez, la idea de tal perspectiva no la asustó en absoluto. De hecho, estaba decidida a volver a mirar a los ojos a un asesino en serie.

* * *

El parque de Green Valley tenía alrededor de 270 hectáreas de árboles y lagos con una granja dentro. Ella, Mia y el comisario Brooks se acercaron a la zona de la escena del crimen, un conjunto de árboles junto a un camino de grava. Toda la zona había sido acordonada hasta que los forenses pudieran registrar el lugar a fondo. Los técnicos con máscara pasaban junto a ellos y varios agentes uniformados hacían guardia alrededor del perímetro, manteniendo a los curiosos a distancia.

Brooks les entregó a ambas un par de guantes y luego se puso al pie del árbol.

—Allí arriba. Estaba apoyada justo encima de la primera rama, con los brazos sujetos a las dos ramas de arriba.

Se habían colocado marcas amarillas en los puntos en los que había sido atada la víctima. Dos para las manos, una para el torso.

—Usó una cuerda para mantenerla en su sitio. Solo Dios sabe cómo se las arregló para llegar hasta allí, y más aún con un cuerpo. Debe tener mucha fuerza, o tal vez alguien le dio una mano.

Mia rodeó la zona. Ella podía ver cómo estaba tratando de pensar, tratando de averiguar la logística de una tarea de este tipo. Brooks retrocedió y se puso al lado de Ella.

—He oído que eres nueva en todo esto —dijo.

Ella asintió.

—Es mi segunda vez en el campo. La agente Ripley me mantiene alerta.

—Bueno, lamento que haya sido en Seattle. Quizá la próxima vez te toque un caso de asesinato en Hawái.

Ella sacó su libreta y pasó a una nueva página. Comenzó a escribir sus pensamientos.

—Nunca tengo tanta suerte —le respondió—. Además, Seattle me parece bien. Me gustan las montañas. Además, tiene todo el asunto del *grunge* a su favor. Kurt Cobain.

Brooks se rio, luego puso las manos en las caderas y observó a Mia seguir con sus asuntos, como si estuviera en trance.

—Es cierto. De hecho, mi padre trabajó en el caso de Cobain en el 94. Si eso te interesa, podría enseñarte algunos lugares de interés. La casa donde vivía Cobain, el apartamento donde se disparó. Lo tengo todo grabado en el cerebro —se rio Brooks.

Ella sufrió un *déjà vu*. Sus pensamientos se trasladaron al tipo del bar de la noche anterior. ¿O fue hace dos noches? El tiempo se había distorsionado desde el momento en que subió al avión. Se sacudió esos pensamientos y se concentró en el presente. Se dio cuenta de que había tenido razón al decir que Brooks pertenecía a una familia de policías.

—Si tengo una o dos horas libres, te avisaré —dijo ella, rechazándolo amablemente. ¿Estaba coqueteando con ella? ¿En la escena del crimen? Pensó que eso exigía cierta valentía. ¿O es que

ella estaba dándole demasiadas vueltas al asunto? De todas formas, las palabras de su tía sonaban con fuerza: «nunca te involucres con un policía o un feriante, porque un día se irán de casa y no volverán». Retrocedió unos pasos para tener una mejor visión del lugar de la muerte, tratando de abandonar la conversación con gracia. No quería que Brooks se sintiera incómodo, ya que iba a trabajar con él hasta unas dos semanas.

Pensó que sería difícil subir al árbol con un cadáver auestas, pero no imposible. Escalar el árbol en sí no sería demasiado difícil, no para alguien con una buena fuerza abdominal. Las ramas no podían cogerse desde el suelo, pero si alguien pudiera escalar el tronco unos pocos metros, podría impulsarse fácilmente, agarrar la primera rama y ascender. ¿Sería posible hacer algo así con un cadáver auestas? Se acercó y simuló los movimientos, pero le resultó más difícil de lo que había imaginado. Mia apareció a su lado y garabateó algo en sus notas.

—Cómo consiguió subirla es una incógnita. Solo puedo asumir que fue con fuerza bruta. Un asesino teatral como este no recurriría a un compañero. Este es un trabajo de un solo hombre, estoy segura de ello.

Pero entonces Ella vio algo, sintió algo.

—Mira dos ramas más arriba —dijo Ella, señalando—. Cerca de la corteza del árbol. Hay un corte en la rama.

Mia siguió sus instrucciones.

—Creo que lo veo. ¿Y?

Tal vez lo había provocado la mención a Kurt Cobain. El acto del suicidio.

—Parece que algo lo ha serruchado. Como una cuerda.

—Podría ser —dijo Mia—. O podría ser muchas otras cosas. No vuelvas a hacer eso de teorizar, Dark. Ya sabes lo que pienso de eso.

Ella se precipitó más allá del árbol, llegando a una hilera de grandes arbustos, que se elevaban por encima de la altura de la cabeza.

—Comisario, ¿qué hay al otro lado de aquí?

—Umm... algunos equipos de gimnasia, creo. Solía haber algunas cosas buenas, pero ahora están totalmente oxidadas.

Ahí estaba el chispazo de nuevo. Ella se dio cuenta de que ya había visto esto en algún lado.

—¿Máquinas de pesas? —preguntó.

—Supongo que sí —dijo Brooks.

—¿Podemos ver?

—¿A dónde quieres llegar con esto, Dark? ¿Qué tiene que ver esto con todo?

Brooks las condujo a lo largo de un camino, alejándose de la escena del crimen y rodeando una pequeña zona pavimentada. Había una máquina elíptica, una bicicleta estática y lo que Ella quería ver: una pila de pesas, con todas las pesas sueltas colgando de la máquina.

—Si quería subirla al árbol sin tener que trepar, lo único que necesitaba era una cuerda y una gran pesa. —Ella se acercó a la máquina y señaló la cadena. Alguien la había cortado por completo, enviando todas las pesas atadas al suelo. Todos los ciento veinte kilos de peso.

Mia entrecerró los ojos mientras lo analizaba. La cara de Brooks tenía una expresión de recelo similar.

—Explícate —dijo Mia.

—Entonces, él amarra un extremo de la cuerda a la víctima y la tira sobre el árbol. Luego toma el otro extremo de la cuerda, lo pasa por los arbustos y lo ata a esta máquina.

—Bien.

—Luego corta el cable de la máquina, lo que se hace fácilmente con cortadores de cable. Entonces las pesas caen y hacen saltar a la víctima hacia el árbol. Como un balancín.

—¿Pero qué hay de las ataduras en las muñecas y en el torso? —preguntó Brooks. Se agachó y empezó a levantar las pesas una por una.

—Todavía tendría que subir al árbol para aplicarlas, pero la parte difícil ya habría sido realizada.

Mia no parecía convencida, pero Ella podía ver cómo diseccionaba la información y trataba de encontrarle sentido.

Entonces Brooks sacó algo de la pila de pesas. Las agentes se dieron la vuelta y se lo quedaron mirando.

—Fibras de cuerda —dijo—. Atrapadas entre las pesas. Parece que tienes razón, agente Dark.

Ella se felicitó en silencio. Al pensarlo, se sintió ligeramente molesta por haber tardado tanto en llegar a esa conclusión. Poner peso en un lado de la cuerda para elevar el otro.

—Nada mal, novata. Brooks, comprueba si también había algún equipo similar cerca de la primera escena del crimen. Haz que los forenses busquen huellas en el equipo y lleva esas fibras de cuerda al laboratorio para que las analicen. Si es una cuerda de uso industrial, solo puede comprarse a ciertos proveedores. Eso podría ayudarnos a reducir el grupo de sospechosos.

—Yo me encargo —dijo, pero su teléfono empezó a sonar antes de que tuviera la oportunidad de hacer una llamada—. Solo tengo que atender esto —dijo y se alejó del alcance del oído. Mia continuó revisando la pila de pesas desprendidas. Brooks regresó a los diez segundos.

—Agentes, era la oficina del forense. Han descubierto la causa de la muerte de ambas víctimas.

—¿Cuál es?

—Bueno, eso no es todo. También hay algo más. —Tenía toda la atención de Mia y Ella—. Creo que van a querer ver esto con sus propios ojos.

CAPÍTULO CINCO

La oficina del forense del condado era un edificio immaculado situado en el centro de Seattle. El vestíbulo estaba alfombrado y contaba con cómodos sillones de cuero a lo largo de las tradicionales paredes de granito. Ella pensó que daba una impresión muy hogareña, y no se le escapaba la ironía, ya que era el hogar permanente de miles de personas al año. Ella y Mia esperaron la invitación para entrar en la sala de autopsias. Brooks se había quedado en la comisaría para investigar el historial de la víctima.

—Consideré la idea de levantar a la víctima con una cuerda, pero no pude encontrar ninguna marca de presión en el terreno —dijo Mia—. Nunca había pensado en la posibilidad de utilizar algo que ya estaba cerca.

—Aún necesitaría una fuerza increíble para hacer lo que hizo, así que no cambia mucho —dijo Ella, adoptando una postura modesta. Había pensado en su hallazgo durante el viaje hasta el forense y se dio cuenta de que no alteraba mucho el perfil.

—No, cambia muchas cosas —dijo Mia—. Necesitaría fuerza para llevar el cuerpo al parque, pero el aparato hace el resto del trabajo por él. De hecho, esto reduce bastante las cosas. Es lo suficientemente ágil como para escalar árboles, pero no tan poderoso como para subir cuerpos a ellos. El hecho de que necesitara usar el equipo del gimnasio nos dice más sobre él. También significa que está familiarizado con la zona y que la ha explorado de antemano. Eso demuestra organización, confirmando

lo que ya pensábamos de él. Va tomando forma —dijo Mia—. ¿Qué te provocó la idea? —preguntó.

Ella no podía explicar cómo se le había ocurrido esa idea. Era otro patrón provocado por dos elementos dispares.

—Vi una familiaridad —respondió—. Brooks me mencionó a Kurt Cobain. Ya sabes, el cantante que se suicidó. Eso me hizo pensar en el suicidio. Luego recordé un caso diferente de 2007. Hubo un luchador profesional que se ahorcó y lo hizo utilizando una máquina de pesas. El mismo método que vimos en el parque.

Pensó en la noche anterior, en el hombre misterioso del bar. Se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Estaba en deuda con él por haber reavivado en su mente el caso del atleta ahorcado. Si solo tuviese una forma de encontrarlo de nuevo. «¿Ir al mismo bar todos los fines de semana esperando por él, como *Madame Bijoux*?».

No, eso sería tonto y un poco de acosadora.

La recepcionista le hizo un gesto a las agentes desde su escritorio de mármol.

—Ya pueden pasar —dijo—. Sala 221.

Una puerta de cristal se desbloqueó automáticamente y se abrió ante ellas. Recorrieron un pasillo con filas de puertas de acero a ambos lados. El edificio olía más a casa piloto que a centro médico, pensó Ella. Mia llamó a la puerta de la sala designada y giró el pomo.

La habitación estaba cargada de olor a flúor, invadiendo los sentidos de Ella como un maremoto. Un técnico con máscara se asomaba desde una mesa médica, vestido de pies a cabeza con un uniforme blanco y sucio. Frente a ella, los cadáveres que había visto en las fotografías de la escena del crimen yacían sobre dos placas de acero, alineados uno junto a otro, apenas si parecían figuras humanas. Aunque ya había visto bastantes, ver cadáveres recientes le producía a Ella una sensación de incomodidad. Como si estuviera observando algo que no debería. Como una intrusa, tal vez. No

podía negar su atractivo morboso, pero su antigua fascinación por los muertos gradualmente estaba disminuyendo.

—Bienvenidas, agentes —dijo una mujer castaña de mediana edad, de unos cuarenta años quizás. Una sonrisa radiante adornaba su rostro, a pesar de las circunstancias. A Ella siempre le parecía que los trabajadores médicos eran las personas más simpáticas de entre todas las profesiones. Soy la doctora Baker. Quizá quieran ponerse unas mascarillas quirúrgicas antes de acercarse. Estas dos no huelen muy bien.

Mia y Ella accedieron, sacando dos máscaras y dos pares de guantes de una caja que había en la mesa junto a ellas.

—Gracias por recibirnos tan rápidamente —dijo Mia—. ¿Qué tenemos? Empieza por la víctima más reciente.

—Como quieran. —La Dra. Baker tomó su linterna y la hizo brillar sobre el cuerpo más cercano a ella—. Los informes de identidad confirman que se trata de Jennifer Hoskins. Mujer. 22 años, de Redmond. La causa de la muerte fue la pérdida de sangre por una laceración en la garganta. —La Dra. Baker señaló hacia la zona del cuello. Un corte irregular se extendía a través de su garganta, la carne ya se había cubierto de costras—. Marcas de ligaduras alrededor de las muñecas y el torso, pero en ninguna otra parte. No hay heridas defensivas en el cuerpo. No hay traumatismos en las manos ni en los pies ni en los nudillos.

Mia tomó notas.

—La atacaron por sorpresa. El asesino no tuvo la confianza suficiente para someterla de antemano. No hubo lucha. Se acercó sigilosamente a ella y le cortó la garganta. Eso sugiere que estaban solos cuando ocurrió el asesinato. Tal vez se ganó su confianza.

—Encaja con la teoría de que había una conexión personal, entonces —añadió Ella.

—Pero hay algo más —dijo la Dra. Baker. Retiró la sábana blanca que cubría a la víctima desde el pecho hacia abajo, dejando al descubierto un enorme agujero cerca de su seno izquierdo—. Quienquiera que haya hecho esto también le quitó el corazón.

Ambas agentes permanecieron en silencio por un momento.

—Eso es sorprendente. Nunca esperaría eso de un sudés como este. ¿Qué tan precisos fueron los cortes? —preguntó Mia.

Baker iluminó el hueco del torso con la luz. Ella miró dentro y vio tejido carnoso, huesos de costillas aserrados. Mirar eso la hizo sentirse mareada.

—Los cortes son de aficionado. El atacante ha hecho un agujero entero atravesando la caja torácica, y bajo el tejido y el músculo que hay debajo. No necesitaba llegar a esos extremos. Cualquiera con conocimientos quirúrgicos básicos sabría que la ruta más fácil hacia el corazón es por debajo del pecho y del esternón.

—¿Herramientas usadas? —preguntó Mia.

—Encontré rastros de acero al carbono a lo largo de la incisión, y dado el patrón de los cortes, diría que usó un bisturí quirúrgico. Pero no se dejen engañar por la palabra «quirúrgico». Esas cosas están disponibles en cualquier lado.

Mia asintió y escribió en su libreta. Ella hizo lo mismo.

—¿Y la víctima número uno? —preguntó Mia—. ¿Supongo que todo es casi idéntico?

—Casi, pero no del todo. —La Dra. Baker se dirigió a la segunda placa—. La víctima número uno es Janet Wootton, mujer, de cuarenta años de Kirkland. Las marcas de ligadura son idénticas, pero en este caso, no fue el corazón lo que se extrajo. Fue el hígado. —Retiró la sábana para revelar una profunda herida en el estómago. En su interior se veían los intestinos y las vísceras. Ella se estremeció ante la visión.

—Está extrayendo órganos —dijo Ella—. ¿Por qué?

—Cortes de aficionado de nuevo. Más o menos adivinó dónde estaba el hígado y escarbó. Teniendo en cuenta cómo destrozó los intestinos en el proceso, su estimación estaba bastante equivocada.

Mia cerró su libreta y se quitó la máscara.

—Gracias por su tiempo, doctora. Eso es todo por ahora. Pongámonos en marcha, Dark. Tenemos algo que hacer.

Ella miró por última vez los cadáveres, con la piel hundida hasta los huesos y los agujeros que decoraban su carne. Esta era la verdadera cara de la muerte. Los padres de estas víctimas nunca volverían a ver a sus hijas y no había nada que pudiera resultar fascinante en eso.

De vuelta en el corredor, Ella alcanzó a Mia, sus pasos resonaban en el pasillo vacío.

—¿La extracción de órganos no encaja con el perfil psicológico? —preguntó Ella.

—No estoy segura. Quizá se los lleve como trofeos, lo que encajaría con la psicopatología básica. Pero todo lo que sé es que este sudor se vuelve más raro a cada minuto que pasa.

Salieron hacia la tarde de Seattle. Había un poco de sol entre las nubes, pero la fría sensación térmica seguía calando en sus huesos.

—¿A la comisaría? —preguntó Ella.

—Vamos. Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre estas víctimas. Algo las conecta. Solo tenemos que averiguar el qué.

* * *

La comisaría de policía de Seattle estaba repleta de gente en movimiento, hasta el punto de que Ella empezó a sentirse como si estuviera en una oficina corporativa. Los policías y el personal administrativo estaban repartidos por la oficina de la planta baja que Mia y Ella consideraban su nuevo espacio de trabajo. La sala era un gigantesco cuadrado gris, enfriado por la alfombra gris sin vida y los maltrechos escritorios de madera dispuestos cada dos metros. Las luces de los tubos fluorescentes de arriba daban a la oficina un brillo blanco y extraño.

Brooks se reunió con ellas en la puerta, con su lonchera en una mano y una carpeta en la otra.

—Aquí hay bastante actividad, agentes, pero uno se acostumbra. Hay un despacho vacío aquí arriba que pueden utilizar. —Las

condujo a través de la muchedumbre y todas las miradas se volvieron hacia ellas al pasar. Mia no cruzó miradas con nadie ni una sola vez, pero Ella no pudo evitar mirar y asentir un poco a modo de saludo—. No se preocupen por los chicos —dijo Brooks—. Yo los mantengo a raya. Si alguno les dice algo, avísenme y lo solucionaré.

—Nada que no haya hecho yo misma un millón de veces —dijo Mia. Efectivamente, Ella lo había visto de primera mano—. A los policías nunca les gustan los agentes del FBI, pero les gusta aún menos un puño en el trasero. —Mia habló lo suficientemente alto como para que cualquier policía fisgón que estuviera escuchando lo comprendiera.

—Entendido. Pueden instalarse aquí. La máquina de café está justo afuera. Yo estoy justo enfrente. ¿Todo está bien?

—Perfecto.

—Tomen. —Dejó caer la carpeta sobre el inestable escritorio que tenían delante—. Acabo de recopilar esto para ustedes. Es toda la información que tenemos sobre las víctimas de sus archivos públicos. Historial de trabajo, declaraciones de impuestos, situación de vivienda, vehículos en propiedad, cónyuges, vínculos familiares. Todo lo que quieran, está aquí.

—Gracias, comisario. Te llamaremos si necesitamos algo —dijo Mia.

Brooks se despidió con un gesto de la cabeza mientras las agentes se instalaban en la pequeña caja de cristal que era su nueva oficina. Era un espacio de trabajo muy sencillo, con paredes de cristal que daban a la sala abierta. Aquí no había privacidad.

Ella se asomó por la puerta para asegurarse de que nadie más utilizaba la máquina de café antes de lanzarse a por ella. Lo último que necesitaba era explicar su presencia a uno de los policías de turno. Antes de que se diera cuenta, toda la comisaría estaría difundiendo rumores sobre sus motivos para estar allí. Por lo que Ella sabía, su participación en los recientes asesinatos seguía siendo confidencial. La prensa de Seattle tenía fama de ser especialmente

implacable, y si se sabía que los federales estaban en la ciudad, eso podría hacer descarrilar el caso de forma drástica.

Llevó dos cafés a la oficina, aunque su color dejaba mucho que desear.

—Gracias —dijo Mia—. Es agua sucia, ¿no?

—Eso parece.

—Algunas cosas nunca cambian. —Abrió la carpeta, sacó el papel de arriba y lo examinó de arriba a abajo. Se lo pasó a Ella. Era la información básica de la primera víctima.

—Janet Wootton. Cuarenta años. Casada en 2014. Sin hijos. Trabajaba como agente para Bluegrass Entertainment.

Mia tecleaba a toda velocidad en su computadora portátil.

—Parece que Bluegrass Entertainment es una empresa que representa a artistas locales. Interesante.

—¿Artistas? —preguntó Ella—. ¿Cómo pintores?

—No dice demasiado. Solo dice que es un lugar que ofrece representación a los artistas. Parece que Janet era la única socia. La fundadora.

Ella tomó la iniciativa y tomó la carpeta. Pasó las páginas hasta encontrar información sobre la segunda víctima.

—Bien, víctima número dos. Jennifer Hoskins. Veintidós años. Soltera. Sin hijos. Vive con sus padres en Redmond. Trabaja por cuenta propia, pero no dice en qué sector. En la declaración de impuestos del año pasado declaró 6000 dólares, así que o es nueva en su sector o es una evasora de impuestos.

Ella acercó su computadora portátil. Buscó en Internet a una Jennifer Hoskins en Redmond, Washington, pero encontró demasiados resultados y ninguno que se pareciera a la víctima.

—No hay mucho en línea sobre ella.

—Si dirige un negocio, está en alguna parte —dijo Mia—. ¿Están sus cálculos de impuestos en la carpeta? Debería mencionar el tipo de trabajo al lado de cada depósito.

Ella hojeó las páginas.

—Ajá. Aquí. Hay depósitos mensuales de unos 550 dólares, cada uno etiquetado como «pago por actuación». —Ella buscó añadiendo la palabra «artista» a su búsqueda. Apareció en el primer resultado —. Demonios. Mira esto.

Mia se acercó a la pantalla de Ella.

—Hmm. Es una artista. Aparentemente.

En la portada del sitio web de Jennifer Hoskins había un cartel en el que aparecía completamente desnuda, sangrando por varios cortes en el suelo de un escenario de teatro. Tenía la cara pintada como un payaso y el pelo teñido de varios colores. Ella leyó su párrafo de inicio.

—Soy una artista de *performance* que muere en el escenario cada noche y renace en algo más grande que antes. En los sueños fluidos me caigo. Las paredes de piedra se convierten en agua. Los demonios iluminados me llevan de la mano. Se acercan. El gran ojo me habla.

Ambas agentes tenían la misma expresión de confusión.

—¿De qué diablos está hablando? —preguntó Mia.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Pero tal vez el arte es el vínculo aquí. ¿Tal vez Janet representaba a Jennifer?

Mia volvió a su computadora portátil.

—Déjame comprobar la lista de clientes de Janet. —Tecleó de nuevo—. No. No se menciona a ninguna Jennifer aquí. Pero tienes razón. Es un enlace demasiado bueno para ignorarlo. Nuestro sudes definitivamente podría estar relacionado con la comunidad artística.

Ella se levantó y se acercó a la pared de vidrio. Observó cómo los agentes se apresuraban entre los escritorios, hacían llamadas telefónicas aceleradas, se gritaban tonterías unos a los otros.

—¿Y si ambos asesinatos han sido un tipo de actuación en sí mismos? Mira lo llamativos que fueron. Expuestos para que el mundo los vea, como si estuviera mostrando su trabajo. ¿Y si nuestro asesino es uno de los artistas de la comunidad?

—Es una posibilidad muy real.

Ella sintió la emoción correr por sus venas. Apenas llevaba diez horas en Seattle y se sentía cada vez más cerca del responsable. Tal vez este podría ser su oficio, pensó. Tal vez podría ser una agente de campo a tiempo completo. Pensó en su trabajo de oficina y casi sintió lástima por la gente de su departamento, mientras que ella sería la que atraparía a este criminal con sus propias manos. Sería ella la que le pondría las esposas, lo metería en el coche de policía y le diría que no volvería a ver la luz del día. No cambiaría esa adrenalina por ningún trabajo de oficina, aunque tuviera un salario de siete cifras.

—Si ese es el caso, nuestro grupo de sospechosos debe ser minúsculo. ¿Cuántos artistas de *performance* hay aquí? ¿Crees que nos estamos acercando a él?

Mia se quitó las gafas y las dejó caer sobre la mesa.

—Novata, olvídalo. Tenemos una pista y eso es todo lo que podemos pedir. No vuelvas a entrar en tus locas teorías porque eso no nos lleva a ninguna parte. Podría ser otro artista, sí, tanto como podría ser un contador. Apégate a los hechos, ¿de acuerdo? No voy a sacar ninguna conclusión todavía.

Ella sintió que la euforia disminuía. Cada vez que Mia la reprendía, recordaba el último caso, lo que traía consigo una oleada de recuerdos dolorosos.

—De acuerdo. Lo siento.

—No lo sientas. Sigue pensando, solo recuerda que moldeamos las teorías para que se ajusten a los hechos, no al revés. De todos modos, tómate el café. Te voy a enviar por tu cuenta.

—¿Por mi cuenta? ¿Adónde?

—Quiero que entrevistes a la familia de Jennifer. Serán más receptivos contigo. Estás más cerca de la edad de su hija. Llévate al comisario si quieres, pero dar malas noticias a familiares afligidos es parte del trabajo. Quizá la peor parte y tendrás que acostumbrarte a ella. ¿Puedes hacerlo?

A Ella le entró un poco de pánico, pero algo de esta nueva aventura la estimulaba. Esta parte del trabajo la había aterrorizado

cuando pensaba que sería el ángel de las malas noticias, sin saber cómo reaccionaría el destinatario, lanzando el golpe de gracia a un familiar ya afligido. La parte física del trabajo era la más fácil, era la parte emocional la que la atormentaba. Pero si lograba dominar esto, estaría un paso más cerca de convertirse en una auténtica agente especial.

—Puedo hacerlo —dijo—. No necesito a Brooks conmigo. Voy a ir allí ahora mismo.

CAPÍTULO SEIS

Ella llegó a la casa de Redmond poco después de las tres de la tarde. El cansancio empezaba a invadirla. Parecía que hacía días que había salido con su compañera de casa en Washington D. C. , pero habían pasado menos de 24 horas. El paso del tiempo parecía acelerarse durante estas andanzas. No era de extrañar que Mia siempre se quejara de que se sentía tan vieja.

Antes de marcharse, había visto algunos videos de actuaciones de Jennifer en su página web. En uno de ellos, se había pintado a sí misma como si le hubieran quitado la piel, mostrando todos los tendones, órganos y huesos que había debajo. En otro, se había atado con una cuerda y había intentado azotar su propio trasero. Ella no tenía ni idea de cuáles eran los mensajes respectivos de cada uno de ellos. Todo parecía una excentricidad en sí misma.

Un conjunto de lujosos escalones de piedra conducía a la puerta principal de la casa de los Hoskins, y a su lado, una mujer sollozante asomaba la cabeza entre dos cortinas grises. Ella sintió que el aire se le escapaba de los pulmones, pues sabía que a pocos metros se encontraba una mujer que estaba pasando por una agitación emocional como la que pocas personas experimentan. Quiso correr hacia ella y decirle lo mucho que lamentaba que la vida le hubiera hecho sufrir una agonía semejante, además sin que ella tuviera la culpa. Quería decirle que el tiempo disminuía el dolor, aunque nunca sanara del todo.

Pero no podía hacerlo. El entrenamiento del FBI le decía que debía mantener las condolencias vagas. El exceso de simpatía a

veces resultaba condescendiente. Era un equilibrio difícil de dominar, pero iba a hacer todo lo posible.

La mujer abrió la puerta y la dejó entreabierta para que Ella entrara. Enseguida quedó claro que se trataba de una casa de luto; un lugar ahogado en la negrura. Las persianas y las cortinas estaban cerradas, y a pesar del generoso tamaño de la casa, pronto se hizo palpable una abrumadora sensación de claustrofobia. Un programa de entrevistas en la televisión iluminaba el ambiente desde la esquina de la habitación, a la que una pareja de mediana edad pegaba los ojos desde su sofá reclinable.

—Hola, soy la agente Dark —dijo—. Ustedes deben ser Karl y Suzanne.

—Lo somos —dijo el hombre.

La pareja se esforzó por mantener el contacto visual con ella. Se recordó a sí misma que la gente afronta el dolor de diferentes maneras. No siempre son lágrimas e histeria.

—¿Debería sentarme? —preguntó ella—. ¿O prefieren que esté de pie?

—Como prefiera —respondió el hombre. Tenía una voz áspera, como si su garganta estuviera llena de grava—. No suponemos que vaya a estar aquí mucho tiempo.

Ella fue al grano. Algo parecía raro en estos dos.

—¿Ustedes están bien? Estoy segura de que ya conocen las circunstancias del fallecimiento de su hija.

Suzanne la fulminó con la mirada.

—¿Si estamos bien? ¿De verdad acabas de preguntar si estamos bien?

Se dio cuenta de cómo debía haber sonado.

—Lo siento. No quise decir eso. Solo esperaba más...

—¿Más llanto? ¿Más desesperación? —interrumpió Suzanne—. Hemos perdido a nuestra única hija por culpa de un loco, ¿y nos preguntas si estamos bien? ¿Oíste eso, Karl? Quiere saber cómo estamos.

Karl recostó la cabeza en su asiento y puso la mano en la rodilla de su mujer. Ella vio que las lágrimas empezaban a formarse. Él se las quitó con la palma de la mano.

—Solo está haciendo su trabajo, cariño.

Ambos padres parecieron calmarse. Ella esperó unos instantes antes de continuar.

—Jennifer parecía una gran chica. Creativa. Inteligente. ¿Qué pueden decirme de ella?

—¿Por qué importa? —ladró Suzanne.

Ella respiró profundamente.

—Porque si podemos hacernos una idea del estilo de vida de Jennifer y de sus círculos sociales, podemos empezar a determinar las circunstancias que llevaron a su fallecimiento. Crear una imagen completa de la víctima nos permite tener más claridad. Estoy al tanto de su carrera como artista de *performance*, pero me gustaría saber más sobre las demás cosas de su vida.

Karl reprimió una risa.

—¿Carrera? Eso no era una carrera. Era un maldito pasatiempo. Sue y yo odiábamos todo lo relacionado con eso.

Suzanne asintió al lado de su marido, sin despegar la mirada del televisor. Algo le decía a Ella que aquella era su forma de distanciarse del dolor. Quizá ya había llorado durante las últimas 24 horas.

—¿No aprobaban su arte? —preguntó Ella.

—Una chica puede hacer lo que quiera. Un día, los hijos tienen que salir y valerse por sí mismos. Nosotros lo sabemos. No intentamos detenerla exactamente.

Ella esperó a que Karl continuara, pero él desvió la mirada hacia el techo, aun luchando por contener las lágrimas. Se volvió hacia Suzanne.

—Cariño, ¿qué tal un café para nuestra invitada? —Suzanne lo miró como si le hubiera pedido que construyera una escalera a la luna.

—Oh, estoy bien, gracias —dijo Ella—. Me tomé uno antes de salir.

—¿Uno para mí, entonces? —dijo Karl a su esposa—. Yo puedo encargarme de esto.

Suzanne se levantó de mala gana y salió de la habitación. Ella la oyó abrir el grifo de la cocina. Karl se inclinó hacia delante y habló en voz más baja.

—No quería decir esto delante de Sue, pero teniendo en cuenta la gente con la que Jennifer se rodeaba, estoy... —se interrumpió a sí mismo, posiblemente para elegir una mejor manera de definir las cosas—. No me sorprende —terminó—. No me sorprende que haya terminado muerta.

Ella se sorprendió un poco por su franqueza.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué le hizo creer que iba a morir?

—Tomó algunas malas decisiones, digámoslo así. Era ingenua. Desesperada porque la gente la tomara en serio. Acabó haciendo cosas para cierta gente que otras chicas no habrían hecho. Constantemente intentaba ser mejor que los demás haciendo el mismo tipo de cosas, ¿sabes?

—¿Quiere decir que se prostituyó? —preguntó Ella.

Karl miró hacia la puerta de la cocina para asegurarse de que su esposa no pudiera oírlo.

—No del todo. Pero ella trabajaba por centavos. La gente la contrataba para hacer las locuras que hacía. Directores de teatro, agentes. Cien dólares para colgarse de ganchos. Doscientos dólares para autolesionarse. Todo en nombre del arte. Fue explotada por esos buitres.

—¿Conoce alguna razón por la que alguien podría querer dañarla? Aunque es terrible que la hayan explotado, parece que ella era más valiosa para estas personas que la que tenían para ella.

Karl apretó los dientes y miró hacia arriba y hacia la izquierda. Un indicio de que estaba tratando de recordar nombres, rostros, imágenes.

—¿Celos, tal vez? Quiero decir que no le pagaban mucho, pero seguía haciendo actuaciones. Eso es más de lo que hacen algunos de esos otros bichos raros.

Suzanne volvió a la sala de estar con un café en la mano. Lo colocó junto a Karl y retomó su posición.

—No habíamos estado muy unidos a Jennifer durante el último año —añadió Suzanne, para sorpresa de Ella. Ella tenía la sensación de que Suzanne había estado escuchando desde la cocina—. Cuando encontró esta tontería del arte, se convirtió en una persona diferente. A veces sentía que no conocía a mi propia hija.

Ella sintió que los padres se abrían con ella. Observó un ligero cambio en el lenguaje corporal, o al menos eso creyó. Los pies de Suzanne se volvieron hacia ella. Karl dejó que los brazos colgaran relajadamente a los lados de su asiento.

—¿Pueden describir la vida cotidiana de Jennifer? ¿Qué hacía? ¿Tenía novio?

La pregunta recayó en Karl.

—Bueno, salía de casa a primera hora de la mañana y no la volvíamos a ver hasta la noche. Si es que llegaba a casa. A veces estaba fuera toda la noche.

—¿Haciendo qué?

—Solo Dios sabe. Juntándose con esos imbéciles a los que llamaba amigos. Estuvo saliendo con un chico durante un tiempo, pero lo dejó. Además, nos dijo que no le gustaban las relaciones convencionales, sea lo que sea que eso significara. En realidad no le preguntábamos.

—¿Era homosexual?

Karl se encogió de hombros.

—¿Qué les parecieron sus actuaciones?

—Estúpidas. Raras. No sé cómo se enganchó a toda esa escena pero es ridículo —dijo Suzanne—. Una manada de locos.

Parecía claro que Suzanne culpaba a la nueva dirección de la carrera de Jennifer por su muerte, aunque no quería decirlo directamente.

—¿Les molestaría si echo un vistazo a la habitación de Jennifer? ¿Tal vez para encontrar algunos de sus contactos en el mundo del arte? Eso podría ayudarnos mucho en nuestra investigación.

—Adelante. La primera habitación a la derecha en la planta alta —dijo Karl.

Ella se excusó, dejando atrás a dos padres afligidos, almas perdidas que estarían llenas de resentimiento y malestar hasta sus últimos días.

En el piso de arriba, la habitación de Jennifer Hoskins era desordenada y caótica. Tenía el aspecto de uno de esos lugares de paso más que de una residencia permanente. Una cama de una plaza ocupaba la mayor parte de la habitación, junto a ella había un pequeño escritorio de caoba y una computadora de escritorio. Una ventana de pared a pared daba a un extenso jardín con una vibrante pradera en la distancia. Ella hurgó rápidamente en los cajones y debajo de la cama, encontrando muy poco que ayudara a comprender la vida personal de Jennifer. No pudo evitar alarmarse por la falta de emoción de los Hoskins respecto a su hija muerta, sobre todo porque había ocurrido hacía poco más de un día. Se preguntó si tal vez se sentían aliviados por no tener que preocuparse más por el bienestar de Jennifer, por sus arriesgadas presentaciones en el escenario, por sus andanzas en círculos nada recomendables. Tal vez la muerte les trajo tranquilidad, a pesar de los horrores por los que ella pasó.

La pieza central de la habitación era un retrato de Jennifer. El estilo era abstracto con una saturación de colores vibrantes y mirarlo le dio a Ella un dolor de cabeza. Había demasiadas cosas para que su visión pudiera comprenderlas. Era como ver una sala de estar mal decorada. En la esquina inferior derecha, el artista había firmado JEN. Debía de ser un autorretrato. Ella le sacó una foto.

Después se acercó a los cajones de su escritorio. Cuando introdujo en ellos las manos enguantadas, tropezó con un cuaderno de notas encuadernado en cuero. Hojeó las páginas y encontró dibujos en cada una de ellas. Allí aparecían criaturas extrañas,

híbridos humano-animales, esquemas de aparatos. Ideas para sus actuaciones, pensó Ella. Le recordaban a Ella los diarios que ella misma guardaba, y que tampoco compartía con los adultos de su vida. ¿Habría sido diferente la vida de Jennifer si sus padres hubieran alimentado sus deseos artísticos en lugar de rechazarlos?

Sus pensamientos se dirigieron a sus propios padres. Ella nunca conoció a su madre realmente, pero tenía suficientes recuerdos de su padre para que le duraran toda la vida. Sin embargo, su recuerdo más vívido era la visión de su cadáver, asesinado por alguien que nunca había sido llevado ante la justicia, al menos que ella supiera. La misma imagen que la había impulsado a esta labor, aquí en Seattle, cazando a las personas que cometieron los mismos actos que le arrebataron cruelmente a su único progenitor.

¿Su padre habría estado contento con la carrera que eligió? ¿La habría empujado a ser la mejor agente federal posible? ¿O habría deseado que fuera algo más tradicional? ¿Una enfermera, una profesora, una periodista?

Llegó al final del cuaderno y encontró algo metido en el lomo. Varias cosas, de hecho. Cayeron al escritorio una tras otra.

«Tarjetas de presentación —se dijo a sí misma—. Tarjetas de presentación de otras personas».

Diferentes tamaños, diferentes diseños. Debían ser de sus amigos artistas, supuso Ella. Examinó algunas de ellas, todas las cuales parecían tener pomposos nombres artísticos. «Audiencia de uno». «Momento de la verdad». «Necrocarnicero». ¿Eran personas reales, o negocios de algún tipo? No lo sabía, pero podían ser útiles. Por instinto, sostuvo una de las tarjetas en la mano e hizo su floritura de magia. No pudo evitarlo, como si los dedos tuvieran algún tipo de respuesta automática. De nuevo, los recuerdos de su padre volvieron a aparecer; la persona que le había enseñado el truco para fiestas hacía 23 años. Sonrió, y aunque no podía confirmarlo, sabía que él habría estado orgulloso de sus elecciones, fueran las que fueran.

Regresó el diario donde lo encontró y se dirigió de nuevo a la planta baja. Tenía que volver a la comisaría. Había que encontrar a un asesino y en las manos podía tener la tarjeta de presentación de ese asesino ahora mismo.

CAPÍTULO SIETE

Mia Ripley se llevó el coche del comisario a Kirkland. Odiaba tener que depender de los taxis para desplazarse, así que hacía todo lo posible por evitarlos. Además, había estado tantas veces en Seattle que prácticamente conocía la ciudad como la palma de la mano. El GPS le indicó que estaba a tres kilómetros de su destino: la casa del marido de Janet Wootton.

Aunque solo llevaban un día en el caso, Mia ya estaba contenta con sus progresos. Ella había estado mucho más controlada esta vez, mucho más equilibrada. Eso significaba que había asimilado las lecciones de la última vez y las había aplicado donde debía hacerlo. El signo de una buena novata, una buena aprendiz, y tal vez un reemplazo adecuado para ella misma algún día. A veces tiende a adelantarse a los acontecimientos. El exceso de pensamiento y la precipitación eran sus mayores defectos. A veces necesitaba dar un paso atrás y ver el bosque a través de los árboles, y si lograba dominar eso, no había nada que le impidiera a Ella alcanzar los mismos reconocimientos que ella.

No solo eso, sino que Ella había tenido razón sobre los recientes asesinatos. Había una buena posibilidad de que fueran una especie de espectáculo, una muestra de mérito artístico. Pero en la otra cara de la moneda, existía la posibilidad de que no lo fueran. Aun así, era importante explorar todas las posibilidades y no dejarse cegar por una sola teoría. Así es como se cometen errores. Así era como los asesinos quedaban libres.

Mia se topó con una hilera de casas recién construidas, en algún lugar de la franja de los 300 000 dólares, imaginó. Todas eran idénticas en cuanto a estructura y ladrillos, la única diferencia eran los vehículos aparcados en el exterior de cada una. Miró los números hasta que encontró la vivienda que buscaba.

Unos escalones de piedra conducían a una zona de porche. Un felpudo de bienvenida declaraba «NO SE PREOCUPE POR EL PERRO, TENGA CUIDADO CON LA ESPOSA». Se asomó a los cubos de basura situados junto al porche y vio una gran cantidad de botellas de licor vacías. Alguien había encontrado consuelo en el alcohol.

Llamó a la puerta.

—Fuera de aquí —gritó inmediatamente una voz.

—Sr. Wootton, soy la agente Ripley del FBI. Sé que no me estaba esperando, pero me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su esposa.

Mia oyó a alguien arrastrando los pies al otro lado, mientras quitaba frenéticamente los seguros. La puerta se abrió y apareció un rostro, con los ojos rojos y sonrojado.

—Lo siento, señorita —dijo el hombre—. Creí que era una vendedora ambulante o una periodista poco fiable o algo así.

Era un caballero fornido, con barba y una melena negra rizada que le llegaba hasta los ojos. Llevaba una camiseta negra de manga larga que Mia pudo ver que tenía manchas de lágrimas.

—Es comprensible. Intentamos llamar pero no pudimos comunicarnos con usted. Disculpe la forma abrupta de llegar.

—Apagué mi teléfono —dijo el hombre—. No he recibido más que palabras vacías de buenos deseos desde ayer. Estoy hart.

—¿Puedo entrar?

—Sí, me disculpo. —Se apartó del camino y extendió el brazo para que Mia entrara—. Soy Stephen. Por favor, toma asiento en la sala de estar. Lo siento, es un desastre.

Mia entró en una pequeña pero llamativa sala de estar y se sentó en una butaca individual. Sin duda, el interior había sido diseñado

por alguien con intención artística. Nunca había visto una habitación completamente cubierta por una alfombra amarilla.

—Su mujer tenía gustos coloridos —dijo Mia.

Stephen miró al suelo y asintió.

—Oh, sí. El color influye en el alma. Eso es lo que ella diría. —Él se sentó frente a ella en un sofá de dos plazas, cuya tela naranja brillante contrastaba con el empapelado azul que había detrás.

—Estoy segura de que ya sabe lo que le ocurrió a Janet —empezó Mia—. ¿Qué puede contarme sobre ella? ¿Cuál era su rutina diaria?

Stephen cogió una botella de vino barato de al lado del sofá. Desenroscó el tapón.

—Ella vivía para su trabajo —dijo—. Siempre trabajando. Siempre en busca de sangre joven. Sus palabras.

—¿Sangre joven?

—La última sensación. La Yoko Ono moderna. Solo buscaba a ese cliente con el que pudiera triunfar, pero en lugar de eso, la mayoría de las veces acababa con fiascos.

—¿Qué tipo de artistas llamaban su atención?

—Los frikis y los bichos raros. Los artistas marginales. Cuanto más extravagantes, mejor.

Mia tenía una idea del tipo de artistas que Janet representaba, ya que la policía tenía acceso a su lista de clientes. Sin embargo, quería saber si Stephen conocía el trabajo de su esposa. Con la gente creativa, las relaciones podían ser de dos formas. O lo compartían todo o nada.

—¿Y qué le parecía ese ambiente, Sr. Wootton?

—¿Por qué? No creen que yo esté involucrado, ¿verdad?

—No. Tengo entendido que la policía ya ha confirmado su coartada. Solo estoy tratando de conocer la personalidad de Janet, y su matrimonio es un componente importante.

Stephen dio un trago a la botella de vino y luego se limpió la boca con la manga. Tal vez no eran lágrimas lo que Mia había notado después de todo.

—Algunas cosas eran intrigantes. Cosas que invitaban a la reflexión. Gran parte no lo era.

—¿No le gustaba mucho?

—Me encanta el arte, que no se me malinterprete. De hecho, yo mismo soy un artista. Pinto paisajes. Pero ese es mi tipo de arte, los paisajes hermosos. Ver a una chica expulsando sangre menstrual en el escenario no es para mí.

Mia se imaginó la escena y luego hizo todo lo posible para eliminarla.

—Entiendo su punto de vista. Ahora bien, esto puede parecer una pregunta insensible, pero ¿había alguien que quisiera hacerle daño a Janet? ¿Ya sea por razones de negocios o personales? ¿Alguien con quien ella tuviera diferencias?

Stephen pareció sumido en sus pensamientos por un momento. Le comenzó a temblar nerviosamente la pierna.

—Jan tenía altibajos con sus clientes. A veces tenía disputas sobre la paga o sobre el nivel de sus actuaciones. Pero nada que justificara un asesinato. Siempre fue buena con ellos. Los llevaba a beber y a comer. Sí que le gustaba la bebida. Era conocida por ello —dijo, bajando los ojos al suelo.

Mia tomó algunas notas pero decidió dejar la pregunta en suspenso. A la gente no le gusta el silencio y suele decir cualquier cosa para llenar los vacíos. A menudo podía tratarse de información útil.

—Pero pensándolo bien, hay algo —continuó Stephen.

Ahí estaba.

—Cualquier información que pueda compartir podría ser útil —dijo Mia—, por mínima que sea.

—Había otro agente en el ambiente. Un principiante. Una escoria llamada... —Stephen se frotó la frente con la punta de los dedos—. Lee algo. No lo recuerdo. Jan tuvo un encontronazo con él hace poco porque le robó uno de sus clientes.

—¿Eso es un gran problema en la comunidad de artistas?

Stephen se encogió de hombros.

—En realidad, no. La gente encuentra nuevos agentes todo el tiempo, y no es que estos artistas estén ganando millones. Pero recuerdo que ella mencionó que él le había hecho una vaga amenaza. Sin embargo, ella no pensó que fuera nada importante. Dijo que era parte del trabajo.

—¿Recuerdas exactamente cuál era la amenaza?

—Lee dijo que iba a «enterrarla». Lo recuerdo porque me pareció un término raro de usar.

—Ciertamente lo es. —Mia cerró su libreta, deseosa de comentar sus nuevos hallazgos con Ella—. Investigaré a esta persona. ¿No recuerda su nombre completo?

—No, lo siento. Jan solía llamarlo Tontostain, así que es bastante que haya podido recordar su nombre de pila.

Mia vio cómo se dibujaba una sonrisa en el rostro de Stephen al recordar las palabras de su esposa, que luego se convirtió en desesperación cuando se dio cuenta de que nunca las volvería a oír en voz alta. Incluso después de treinta años de entrevistar a los afligidos, nunca se hacía más fácil.

* * *

De vuelta en la comisaría, Ella le enseñó a Mia sus descubrimientos durante su ausencia. Eran casi las seis de la tarde y la nueva tanda de agentes del turno de noche observaba a las forasteras que se habían instalado en su oficina.

Ella agradeció no haber estado presente en la casa de los Wootton. Una familia afligida era suficiente, pero al menos los Hoskins se tenían el uno al otro para superar el dolor. La idea de que el marido de Janet estuviera sentado en soledad preguntándose por el infierno que había pasado su esposa la llenó de gran pena. Aunque no conocía a esas personas, compartían un dolor común. Ella había perdido a alguien cercano y no entendía del todo el cómo ni el porqué, incluso después de años de repetir los acontecimientos

en su mente. Probablemente nunca vería a esa gente en persona, pero el mero hecho de saber que su dolor existía en el mundo que compartían era suficiente para elevar su ansiedad. Apaciguó su melancolía con un café, en parte por el sabor y en parte por la inyección de cafeína.

—¿Enterrar? —dijo ella—. Esa es una declaración bastante condenatoria.

—Lo es. Tenemos que encontrar a este tipo, pero no estoy teniendo mucha suerte para localizarlo. No ayuda el hecho de que solo conozca su nombre de pila. Hay un montón de Lees en esta ciudad. El Internet tampoco está mostrando muchos resultados.

Ella se dejó caer en su silla. Algo se le vino a la mente.

—Espera, ¿has dicho Lee?

Mia se volvió hacia ella.

—Sí. ¿En qué estás pensando?

Ella metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de tarjetas de presentación.

—Toma. Las tomé de la habitación de Jennifer. Su padre me dio permiso. —Las revisó una a una. Levantó la vista buscando la aprobación de Mia, pero tenía los ojos fijos en las tarjetas—. Y mira a quién tenemos aquí.

Sacó una tarjeta de presentación negra y roja con las palabras «LEIGH NEVILLE, AGENTE», en letras mayúsculas. Se la pasó a Mia por el escritorio.

—Bueno, ¿quién lo diría? Este podría ser nuestro hombre. —Mia tecleó algo en su computadora, se acercó a la pantalla y se ajustó las gafas—. Dark, mira.

Ella leyó la página web que tenían delante. En la página principal aparecía una foto del hombre que ella suponía que era Leigh Neville, posando con un traje y el pelo peinado hacia atrás como un pelele de los años ochenta. Mia se dirigió a la sección de noticias del sitio, y la primera publicación les llamó la atención de inmediato.

«Jennifer Hoskins ya no es representada por la Agencia de Leigh Neville».

Intercambiaron una mirada de asombro. Ninguna de las dos necesitó decirlo. Este hombre tenía un vínculo con las dos víctimas.

—Recoge tus cosas. Tenemos que hacerle una visita a este tipo.

CAPÍTULO OCHO

A lejándose de los suburbios y adentrándose en los barrios bajos, Ella y Mia se acercaron a la casa de Leigh Neville. Era una pequeña casa adosada enclavada en una callejuela de Bell Town. Un muro en ruinas daba paso a un camino irregular, en el que la maleza brotaba entre las grietas.

—No son exactamente las colinas de Hollywood, ¿verdad? Esperaba más de un agente que trabaja para las estrellas —dijo Mia. Golpeó la puerta principal.

Ella vio una cara asomarse por la ventana. Fuera quien fuera la persona, tardó mucho en llegar desde la ventana a la puerta principal, casi como si las hiciera esperar a propósito. Después de lo que parecieron minutos, la puerta se abrió. El hombre que estaba allí era alto, delgado, llevaba una camisa abotonada y pantalones cortos. Una extraña combinación, pensó Ella. Tenía el pelo engominado, negro como el azabache, y unos pequeños ojos como de comadreja.

—¿Sí? —dijo. Su voz era débil y nasal, sin ningún tipo de graves—. ¿Quiénes demonios son ustedes?

—Sr. Neville, soy la agente especial Ripley y esta es la agente Dark. Estamos investigando una serie de homicidios recientes y creemos que usted puede tener conexiones con las víctimas. ¿Podemos hablar un momento?

Miró a ambas agentes de arriba abajo antes de responder.

—No. Salgan de mi propiedad. —Fue a cerrar la puerta, pero Mia golpeó su antebrazo contra ella. El impacto hizo que Leigh diera un

salto hacia atrás. Mia entró en su casa y lo miró fijamente a los ojos, a centímetros de la cara.

—Amigo, sabemos de buena fuente que recientemente ha amenazado a una mujer que ahora está muerta. También hemos encontrado su tarjeta de presentación en la casa de otra chica muerta. Así que, o empieza a hablar o lo llevaremos a la comisaría agarrado por ese pelo grasiento y lo avergonzaremos delante de todo el mundo.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó, mirando entre la puerta y el marco.

—Sí, es una amenaza. Y le diré que lo abandonarán muchos más clientes cuando sepan que ha sido humillado por dos mujeres. Entonces, ¿qué piensa hacer?

La puerta se abrió.

—Bien, pero hablaremos aquí. No dentro.

—¿Tiene algo que ocultar? —intervino Ella.

—No. Se los explicaré en un segundo. ¿Qué quieren de mí?

Mia y Ella cruzaron miradas. Esto tendría que ser suficiente.

—Queremos saber por qué amenazó con enterrar a Janet Wootton. Una réplica muy dura, ¿no le parece? Y qué casualidad que acabe muerta poco después, ¿no? —preguntó Mia.

Leigh empezó a reírse. El sonido irritó a Ella.

—Janet recibió lo que se merecía. Si desea continuar en este mundo, necesita endurecer esa piel. Bueno, mejor dicho, lo necesitaba, ¿no? Ya no me va a robar más a mis novatos. No después de su... desafortunado accidente.

El tono la molestó. Le dieron ganas de estirar la mano y darle un puñetazo en la cara.

—¿Se alegra de lo que ha pasado? —preguntó Ella.

—Oh, no. En absoluto. —Leigh guiñó un ojo—. Tengo su foto de la escena del crimen guardada como fondo de pantalla porque la echo mucho de menos.

—Sr. Neville, nos está planteando un muy buen caso de asesinato aquí, especialmente después de su amenaza a la víctima. ¿Le

importaría decirnos por qué está siendo tan brusco?

—Señoras, escuchen. Enterrar a alguien no significa matarlo, tontas. Tiene un significado distinto en el mundo creativo. Investiguen un poco, ¿quieren?

Mia se subió las gafas y se recompuso. Ella pudo ver que su tono también la estaba afectando.

—¿Y cuál es su relación con Jennifer Hoskins? Encontramos su tarjeta de presentación entre sus posesiones. ¿Ella era la clienta que Janet se había robado?

—Dios, no. Janet era más que bienvenida a robarme a esa zorra. La representé durante un tiempo, pero era... —lo dijo frunciendo los labios—. Un poco vulgar para mi gusto. Un poco demasiado desesperada. Es lo que en la comunidad de artistas llamamos una granada. Vida útil limitada. Buena para una explosión. Quiero longevidad, así que la despedí.

Ella observó su lenguaje corporal. Cambiaba continuamente el peso sobre las piernas, pero mantenía el contacto visual tanto con ella como con Mia. No mostraba ningún signo de nerviosismo, y seguramente alguien con una verdadera razón para temerle a la policía lo tendría.

—Ella también recibió su merecido. Parece que esa granada por fin estalló —se rio.

Ella vio a Mia contener su rabia. Obviamente, ella también quería pegarle y lo peor de todo es que Leigh lo sabía.

—¿Dónde estaba usted en las noches del 15 y el 19 de febrero? —preguntó Mia.

Leigh se volvió y miró hacia su casa. Se dio la vuelta, pasó junto a Mia y cerró suavemente la puerta detrás de él.

—El día 15 estuve en casa toda la noche, con mi novia. Ella está dentro y corroborará mi declaración. El 19 estuve... con otra persona.

—Necesitamos nombres, Leigh. Haremos un seguimiento de todo lo que nos diga.

—No hay manera de que esta información se filtre con mi novia, ¿verdad? No va a salir en algún programa de televisión o podcast, ¿verdad?

Mia suspiró.

—No.

—La cliente que tomé de Janet. Roxy Barker. Estuve con ella. Toda la noche hasta la mañana siguiente.

—¿Acostándose con un cliente? —dijo Mia con una sonrisa condescendiente—. Por eso dejó a Janet y vino con usted, ¿correcto?

—Baja la voz —siseó, agitando las manos cerca de la cara de Mia—. Si ella escucha algo, estoy perdido.

Ella tuvo que luchar para ocultar una sonrisa. Sabía muy bien que una vez que los periodistas y los reporteros obtuvieran información de la policía, esta pequeña información se transmitiría al mundo.

—Investigaremos sus coartadas, Sr. Neville. Dígale a sus dos novias que esperen una visita de los oficiales locales.

Leigh entrecerró los ojos ante Mia con una rabia silenciosa. Se adentró en su casa.

—Una última cosa, Leigh. ¿Conoce a alguien que pueda querer hacerle daño a alguna de estas dos mujeres? ¿Alguien en esta comunidad artística con la que parece estar tan relacionado? —preguntó Mia.

—No. Absolutamente nadie. Y aunque lo supiera, no se los diría. El mundo está mejor sin esas dos inútiles y eso es todo lo que tengo que decir al respecto.

Leigh dio un portazo y Ella se alegró de verle la espalda. Pero no pudo evitar sentirse un poco derrotada por el hecho de que Leigh podría no ser su hombre.

—Qué pedazo de basura —dijo Mia, caminando de vuelta a su vehículo. Ella la siguió.

—Algo no cuadra con él. Fue demasiado insolente. Incluso si sus coartadas se comprueban, deberíamos investigarlo. Esas chicas podrían ser cómplices.

Mia arrancó el motor y echó un último vistazo a la propiedad descuidada de Leigh Neville.

—No, estos asesinatos son una operación de un solo hombre. Estoy segura de esa parte. Y nuestro amiguito de ahí no tiene la astucia mental para llevar a cabo algo así. Puedo verlo. Y si fuera nuestro culpable, habría sido mucho más prudente al respecto. Está siendo arrogante porque sabe que sus coartadas son sólidas.

—Así que es un callejón sin salida —dijo Ella. Dejó caer la cabeza en la cabecera y parpadeó para disipar el cansancio. El agotamiento empezaba a apoderarse de ella—. Entonces, ¿qué sigue?

—No es nuestro hombre, pero no es un callejón sin salida. Abróchate el cinturón. Tenemos que ir a un lugar muy importante.

CAPÍTULO NUEVE

Él se ocultaba en las sombras, observando como la muchedumbre se dispersaba desde el teatro hacia las calles. La había visto entrar con una chaqueta amarilla brillante, así que eso es lo que buscaría en el camino de regreso. Algo que llame la atención. Algo visualmente llamativo.

En medio de la multitud, él parecía uno más de los espectadores. Chaqueta con cremallera hasta arriba. Sombrero y bufanda para cubrirse la cara. Su estilo era clásico, atemporal. No como esos artistas de la nueva generación con sus ridículos vestidos, accesorios innecesarios y cabelleras color neón. Todo eso era un sustituto del verdadero talento. Gente que se hace pasar por artistas en lugar de poseer una capacidad artística real. Él los entendía, en cierto modo. Si no podías ser algo, lo mejor era parecerlo. Eso engañaría a la mayoría de la gente, especialmente a esos payasos sin talento, pero no a él. Él los veía como lo que realmente eran. Buitres, inútiles, desechables. Ninguno de ellos era capaz de crear las obras maestras que él hacía.

Se entretuvo entre algunas charlas, con la esperanza de escuchar rumores sobre los recientes acontecimientos. Pero era el final de la noche y seguramente esos temas de conversación tan importantes ya se habían agotado. ¿O tal vez la gente aún no lo sabía? En otras circunstancias, tanto Janet como Jennifer habrían estado en este mismo evento, así que seguramente sus ausencias no pasaron desapercibidas.

La imagen de ella interrumpió sus pensamientos. Caminaba junto a un grupo de jóvenes a la moda, con sus bolsos de gran tamaño y sus camisas floreadas. Todos parecían mucho más jóvenes que ella, pero él había oído que tenía una predilección por la juventud.

Se acercó para oír sus temas de conversación. El hombre que estaba entre ellos mencionó un bar local, y sintió que el temor empezaba a aumentar en su cuerpo.

«No vayas al bar. Vete a tu casa», se dijo a sí mismo.

Por un momento pareció que ya no había esperanza, pero escuchó a la mujer decir que no, que tenía que volver a su casa.

Se alejó y se quedó junto a una farola. Encendió un cigarrillo, echó el humo y fingió consultar su reloj. Hizo tiempo hasta que el grupo se separó. Ella besó al hombre en la mejilla y luego caminó en dirección contraria a sus amigos.

«Te lo dije —dijo la voz—. Si te anticipas a la mente humana, no queda nada al azar».

Oh, esa voz. Calmando el miedo y aportando una pizca de consuelo a estos hermosos pero horrorosos procedimientos. Aunque no podía ver la fuente del sonido, solo su voz ya era enloquecedoramente erótica, especialmente cuando decía palabras de motivación.

«Ahora síguela».

Hizo lo que la voz le indicaba. Caminó por la calle principal, pasando por los bares de medianoche y los restaurantes de comida para llevar. Mantuvo una buena distancia, consultando continuamente su reloj o su teléfono o algo que demostrara que estaba ocupado. Pero en realidad, nunca apartó los ojos de ella.

Bajó por un puente subterráneo y atravesó el intento de Seattle de tener un China Town. Ella caminaba a un paso apresurado, tal vez familiarizada con el índice de criminalidad de Seattle. No eran los mejores lugares para caminar sola por la noche, pero su presencia cercana la mantenía a salvo de cualquier posible asaltante o agresor. Sería mucho más probable que atacaran a alguien que estuviera

completamente solo y sin transeúntes en la zona. Se rio ante la ironía.

Dejaron atrás la ciudad y entraron en una zona residencial. Primero aparecieron hileras de apartamentos, seguidas de una calle repleta de casas adosadas. No estaba familiarizado con la zona, así que tomó nota de los nombres de las calles a medida que las señales aparecían.

Y luego llegó a su casa. Apenas a un kilómetro de la ciudad, pensó. Lo suficientemente cerca como para poder acudir a las actuaciones siempre que quisiera, pero sin tener que pagar los desorbitados precios de los alquileres de los apartamentos del centro de la ciudad. Otra vez escatimando en dinero. No esperaba menos de la vieja Katherine.

Ella introdujo la llave en la puerta y regañó a un perro que ladraba a sus pies. La puerta se cerró, proporcionándole a ella el santuario de cuatro paredes y un techo, y dejándolo a él abandonado en las calles nocturnas. El viento le hizo llegar basura a los pies. Observó la zona, planeando su próximo movimiento.

«Entra ahí y haz lo que tengas que hacer. No dejes que se salga con la suya con lo que te ha hecho. Te lo debe. Haz que la perra asquerosa pague».

Sí, iba a hacerlo. Ya le había encontrado el gusto a esto.

Ella sería un gran lienzo para su próxima obra maestra.

CAPÍTULO DIEZ

Ella se sentó frente a Mia en el bar Spread Eagle. Estaba iluminado a medias con lámparas de color naranja tenue, protegidas por pantallas de festón, tiñendo todo el espacio de un tono jengibre muy hogareño. En las paredes revestidas de paneles, los banderines deportivos y las fotografías se disputaban el espacio con los artículos de *hockey* y béisbol. Una rocola funcionaba. Detrás de ellas, una mesa de billar se iluminaba con unas tiras de luz.

Mia regresó de la barra y puso dos cervezas sobre la mesa. Lo último que Ella deseaba ahora era beber, pero también le gustaba pasar tiempo con Mia fuera de la comisaría y de las escenas del crimen. Mia Ripley parecía ser una persona diferente fuera de la atención de su trabajo.

—¿Cerveza? —preguntó Ella—. Esa no eres tú.

—Me gusta cambiar las cosas de vez en cuando. No me digas que no te gusta, Dark.

—No me molesta.

—La cerveza es única. Es la causa de muchos problemas de la vida, pero también es la solución a ellos.

Ella se rio y echó un rápido vistazo a los parroquianos. El Spread Eagle no era uno de esos bares de moda de la ciudad. Nada más alejado de eso. Había comprobado que Mia solía elegir los lugares más reacios. Tabernas locales, locales familiares. Lugares que servían cerveza de elaboración tradicional e hidromiel. El Spread Eagle era uno de esos lugares emblemáticos.

Le dio un sorbo a la cerveza y, de repente, se acordó de la noche anterior, en la que había bebido en un bar de Washington D.C. muy distinto a este. Se le vino a la cabeza aquel tipo, probablemente por quinta vez en el día. Su voz sonaba claramente, incluso podía recordar el olor de su colonia. Y sus terribles chistes. ¿Cómo se llamaba? ¿Se lo había preguntado? ¿Cómo pudo irse tan repentinamente sin pedirle su número? Se maldijo a sí misma, deseando haberle prestado más atención a los pequeños detalles. Seguramente no se habrían casado, pero podría haber disfrutado de su compañía una o dos veces. Estaría mintiendo si dijera que no había pensado en formas de localizarlo de nuevo, pero ninguna parecía muy eficaz. ¿Dijo que era un luchador profesional? Tal vez podría buscar en los registros de luchadores para encontrarlo. Aunque no tenía ni idea de por dónde empezar.

—¿Aún existe la WWF? —preguntó Ella.

Mia ya había bebido la mitad del vaso.

—¿La qué? ¿La World Wildlife Fund?

—No. La compañía de lucha libre llamada WWF. ¿Los recuerdas?

—Apenas. ¿Por qué lo preguntas?

Ella pensó que era mejor no entrar en demasiados detalles.

—Por nada, en realidad. Simplemente se me vino a la cabeza.

—Pensamientos invasivos. Todos los tenemos. ¿Cómo han estado las cosas desde que volviste a Inteligencia?

Ella se encogió de hombros.

—Casi lo mismo, salvo que ahora la gente tiene más miedo de pedirme favores. Es como si algunos pensarán que soy demasiado importante para las cosas básicas, lo que supongo que ayuda un poco.

—¿Estás bien con todo lo que ha pasado? ¿Has aceptado lo que sucedió? ¿Has visto a alguno de los consejeros?

A Ella le habían ofrecido la posibilidad de acudir a un psicólogo tras los incidentes del último caso. Al parecer, era algo a lo que todos los agentes tenían acceso si lo necesitaban. Una ventaja del trabajo, si es que podía llamarse así.

—No, nunca vi a ninguno de los consejeros. No sentí la necesidad de hacerlo. Entiendo que puse mi vida en peligro y eso es culpa mía. Cometí algunos errores, pero todo salió bien. Fue una experiencia de aprendizaje. —Ella dejó que Mia digiriera la información—. ¿Alguna vez has utilizado los servicios de terapia?

Mia bebió un buen trago, dejando solo un centímetro de cerveza en el fondo. Levantó su vaso hacia el camarero y le hizo un gesto con la cabeza para que le sirviera una más.

—Sí, de hecho, sí. Una vez. Tuve un caso que me descolocó.

Ella esperaba que Mia estuviera de humor para compartir. A Ella le fascinaba su pasado por alguna razón.

—¿Qué pasó?

—Tobias Campbell —escupió las palabras, como si sus labios trataran de impedir que las dijera.

—¿Campbell? —preguntó Ella, con los ojos muy abiertos—. No puede ser. ¿Trabajaste en su caso?

—¿Lo conoces?

—Por supuesto. El Verdugo. Mató a cinco mujeres en Chicago a principios de los años noventa. Las encerró y las hizo ahorcarse.

Mia asintió de mala gana.

—Sí, pero hay algo más. Fui yo quien lo detuvo en su pequeña choza en medio de la maldita nada. Entré en su casa y encontré... todo.

—¿Todas las pruebas?

—Encontré unos veinte pares de zapatos de mujer. Algunos eran pequeños, como los de niños. Encontré montones de documentos de identidad. Encontré sogas ensangrentadas y mechones de cabello. Encontré cosas que podrían incriminarlo en una treintena de asesinatos, quizá más.

—Por Dios.

—Entonces Tobias me atacó. Me inmovilizó y me arrastró al bosque. Estúpidamente, le dije que los refuerzos estaban en camino, y eso solo empeoró todo.

—¿Intentó matarte?

—No exactamente. Me golpeó, me provocó un traumatismo craneal. Roció su choza con gasolina y me hizo tirar la cerilla dentro. Tuve que ver cómo se quemaban todas las pruebas que había dentro. Todo completamente destruido. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Me estaba dando un castigo peor que la muerte, porque predijo exactamente lo que pasaría después.

Ella vio hacia dónde iba esto.

—Te hizo parecer una loca. Te hizo dudar de ti misma.

Mia parpadeó rápidamente.

—Por suerte, mi compañero de entonces llegó y redujo a Tobias. Se entregó de buena gana. No hubo un tiroteo salvaje ni un enfrentamiento dramático. Simplemente se rindió porque sabía que había alargado su juego al hacer lo que hizo.

—¿Y las pruebas? —preguntó Ella.

—Los forenses no encontraron rastros de zapatos. Tampoco documentos de identidad. Ninguna sogá. Nada. Dijeron que estaba traumatizada y todo había sido una alucinación. Culparon al traumatismo craneal. Entonces me enviaron a terapia. Estoy segura de que lo vi, pero los profesionales me dijeron lo contrario. Ningún asesino en serie moderno podría ser responsable de más de treinta muertes, no en esta era de vigilancia y pruebas de ADN. Eso es lo que dijeron. Tuvieron el descaro de decirme esto.

A Ella todo le resultaba extrañamente familiar. Cada vez que recordaba la muerte de su padre, era diferente. En algunas imaginaciones, se cruzaba con el asesino y él la perdonaba deliberadamente. A veces, encontraba a su padre muerto a la mañana siguiente. Todo era muy confuso. No sabía qué era real y qué no lo era, y la única persona que podría conocer la respuesta era la persona que lo mató.

—Pero eso no es todo. Todos los años, el día de mi cumpleaños, me envía un par de zapatos a casa.

—Oh, Dios mío. ¿Te provoca?

—Todos los años, sin falta. Me he mudado de casa cuatro veces desde que ocurrió, y siempre se las arregla para encontrarme.

—¿Alguna vez hablaste con él? —preguntó Ella.

—Nunca. Está en una prisión de máxima seguridad y no tengo intención de volver a verle la cara.

Ella no sabía qué decir. No podía imaginar lo que debía sentirse ser provocada por alguien capaz de tales horrores. Aunque había visto al sudes que detuvo en las noticias, aún no había tenido contacto personal con él, y evitaría hacerlo a toda costa.

—Maldición. Lamento haber sacado el tema.

Un camarero depositó dos cervezas más sobre la mesa. Ella apenas llevaba un cuarto de la primera. De todos modos, le dio las gracias.

—Está bien. Como te dije la última vez, no podemos salvar a todo el mundo. No me hago ilusiones sobre eso. Es solo que estuve tan cerca de encontrar un tesoro de pruebas, para poder dar un cierre a una veintena de familias. Y los zapatos de los niños. No podía creerlo. El perfil que habíamos hecho de Tobias indicaba que podría haber experimentado con niños, pero nunca pudimos probarlo.

Una canción que ella reconoció sonó en la rocola. Def Leppard. Una de las favoritas de su padre. Una de las cosas que había encontrado en el depósito, junto con las cartas, era un montón de casetes de *rock* clásico. No tenía forma de reproducirlos.

—Encontré algunas cartas extrañas dirigidas a mi padre —dijo—. De una mujer de principios de los noventa.

—¿En serio? ¿Qué tenían de extraño? —Mia pareció alegrarse del cambio de tema.

—En primer lugar, ¿quién envía cartas? Solo quiero saber quién era esta mujer. Nunca vi a mi padre con otra mujer.

Mia contuvo una sonrisa.

—Todo el mundo enviaba cartas en aquella época. Si alguien no tenía teléfono fijo, la única forma de comunicarse era a través del correo. No es tan extraño.

—Es muy extraño. Tener una conversación debía llevar semanas.

—Mucha gente las enviaba como un recuerdo. Si tu padre las guardaba, debían de significar algo para él. Todavía tengo algunas viejas cartas de amor guardadas en alguna parte. Viejos amigos, novios, ese tipo de cosas. ¿La mujer mencionaba su nombre? ¿O su firma?

—Solo un nombre de pila, pero sí las firmó.

—Pasa la firma por el *software* de grafología de la oficina central. Te pondré en contacto con uno de mis hombres allí. Si su firma está en cualquier otra parte del mundo; documentos legales, formularios de censo, notas médicas, la encontrarán.

Ella no había pensado en ese método, pero el escrito era de hace más de veinte años. Era posible que la firma de la mujer hubiera cambiado en ese tiempo.

—Buena idea. ¿Por qué no se me ocurrió?

—Porque estás en tu caso número dos y yo en el número doscientos. Si pasas suficiente tiempo persiguiendo a la gente, aprendes un par de trucos. De todos modos, volvamos. Mañana es un nuevo día, con nuevas diversiones.

* * *

El taxi las dejó en el Hotel Montanari de Redmond, a un paso de la casa familiar de los Hoskins. Ella miró hacia la casa mientras Mia cogía sus cosas del maletero. Bajo el manto de la noche, la casa tenía un aspecto aún más trágico. En su interior había dos padres que pasaban su segunda noche sabiendo que el cadáver de su hija había sido colgado en un árbol. Ese pensamiento hizo que Ella tomara conciencia de su propia mortalidad, tal vez porque Jennifer no era tan diferente de ella.

No era un hotel de lujo, pero era suficiente. Tenía un bonito suelo de mármol y una gran cantidad de plantas en el vestíbulo, todas ellas cuidadas con esmero. Mia las registró y recogió dos tarjetas llave. Se dirigieron al ascensor y subieron a la tercera planta.

—Tú estás en la 334, yo en la 340 —dijo, entregándole a Ella su llave.

—¿A qué hora nos vemos en la mañana? —preguntó.

—El taxi estará aquí a las 8. Estate lista.

—Siempre. —Ella miró su teléfono y vio que era más de medianoche. Sin embargo, si se dormía en la siguiente hora, eso supondría unas siete horas de sueño. No tanto como le gustaría, pero suficiente para funcionar. A Ella le gustaban muchas cosas de Mia, pero sus hábitos de sueño debían mejorar.

La habitación 334 era la primera en el pasillo. Ella sostuvo la llave en la cerradura electrónica y abrió la puerta. Mia la siguió con sus bolsas y las dejó caer en el suelo.

—Bien. Parece que estoy al final de la fila, más adelante en el pasillo.

Ella se acercó a la ventana y miró hacia la ciudad. Vio la casa de los Hoskins con total claridad. Parecía haber una luz sobre ella que la destacaba sobre el resto de la calle.

—¿Todo bien? —preguntó Mia.

Ella se volvió hacia ella.

—Esto puede parecer una petición extraña, pero ¿podríamos cambiar de habitación? —preguntó Ella. Vio que Mia se cuestionaba por qué podía pedir algo así.

—Claro. De todos modos son todas iguales. ¿Esto es porque puedes ver la casa de la víctima desde aquí?

Ella respondió.

—Sí. ¿Cómo lo supiste?

—La has estado mirando desde que salimos del taxi. Cuando eres perfiladora, siempre estás haciendo perfiles. —Mia le lanzó la llave—. Vete. Ve a dormir.

—Gracias. —Ella echó un último vistazo a la casa de los Hoskins y reflexionó sobre lo que podría estar sucediendo en su interior. No podía apartar los ojos de allí. Sentía una frustración dirigida hacia los familiares afligidos por no estar tan desconsolados como ella imaginaba que debían estar. ¿Quizá todavía estaban en estado de

shock y la verdadera angustia estaba por llegar? Los recuerdos de su propio pasado regresaron con fuerza, el trauma seguía tan fresco hoy como hace 23 años. Sabía lo que era, así que no podía enfadarse con los padres de Jennifer. Llevar a ese asesino ante la justicia era la única salvación que podía ofrecer, y cuanto más miraba la casa, más decidida estaba a hacer justicia. Ella nunca se hacía promesas a sí misma por miedo a no poder cumplirlas, pero sabía que no iba a irse de esta ciudad hasta que el desgraciado que había hecho todo esto estuviera encerrado en una celda.

CAPÍTULO ONCE

Katherine Adams se dejó caer en su sofá y dio una pitada al vaporizador. Greg odiaba que lo hiciera en la casa, pero por lo que pudo notar, ya estaba dormido. Era hora de tomar un té verde, vaporizar un poco y ver una película de madrugada. Tal vez habría un clásico en TNT.

La actuación de esta noche había estado por debajo de lo normal. De hecho, fue horrible. No había ningún trasfondo, solo franqueza pura en tu cara. Si hubiera sido mejor, podría haber ido al bar con sus amigos, pero tenía un sabor amargo en la boca que no podía quitarse. ¿Era esto lo que querían los espectadores ahora? Recordaba cuando estaban de moda las reinterpretaciones de Shakespeare, luego fueron las novelas clásicas adaptadas al teatro. Ahora era solo... lo que sea que fuera eso.

Pensó en hacer una crítica para una de las publicaciones, pero decidió que no hacerle una crítica sería peor que una mala. Antes de la función, tenía la idea de llevar la actuación a su propio teatro. Pero no, esa posibilidad se esfumó en el aire. Ella quería actos con clase, arte escénico que tuviera un mensaje bajo el horrible exterior. Encontrarlo era como tratar de encontrar a Pie Grande.

Katherine recorrió los canales de principio a fin y viceversa. Para ser un sábado por la noche, la oferta era escasa. Infomerciales de mala calidad, programas de entrevistas con famosos, una película de comedia sobre embarazos no deseados. Divertidísimo, pensó. Justo lo que hay que enseñarles a los niños. Tal vez así era el mundo

ahora. Tal vez ella se había quedado en el pasado, y seguía intentando encontrar algo que tuviera un significado.

Se dirigió a la cocina y puso a hervir la caldera, pero la apagó cuando oyó un ruido en el exterior. Miró por la ventana hacia su pequeño patio trasero. No había lugar para que nada se escondiera allí. Apenas cabían sus dos cubos de basura. Volvió su atención hacia la caldera e ignoró el sonido como si se tratara de un trabajo de su imaginación. Bien sabía Dios que tenía una gran imaginación.

El agua de la caldera hirvió. Se dirigió hacia el gabinete y tomó una taza, luego casi la dejó caer al suelo cuando vio un borrón en su visión. Otra vez el exterior. Algo pasó a toda prisa. Apagó la luz de la cocina para ver mejor el exterior, y no vio más que el pavimento, una valla y unos cuantos cubos de basura.

Pensó en despertar a Greg, pero él le diría que estaba histérica. Sería como el incidente de la araña en el baño otra vez. Al diablo, ella tomaría el asunto en sus propias manos para variar.

Katherine abrió la puerta trasera de un tirón. Un débil intento de ahuyentar a cualquier intruso. Miró por encima de las vallas hacia los jardines de los vecinos y el callejón adyacente, pero no vio señales de vida. Al acercarse a sus cubos de basura, vio que las tapas estaban mal colocadas. Nunca las dejaba así. Su trastorno obsesivo-compulsivo no se lo permitía. Se acercó y quitó las tapas.

Se llevó la mano hacia la garganta. Contuvo un grito.

—Dios mío —dijo ella.

Lo que la miraba era una pequeña criatura. Ojos brillantes, largos bigotes grises, oliendo el aire. Parecía sonreírle. Se sintió aliviada.

—Maldito mapache —dijo—. Me has dado un buen susto.

Su nuevo amiguito agarró un envoltorio de chocolate entre sus patas y se alejó a toda prisa, relamiéndose mientras escapaba. Si no fuera tan adorable, Katherine se habría enfadado más. Volvió a entrar y se maldijo por ser tan estúpida. Gracias a Dios que no despertó a su marido. Él nunca la habría dejado olvidarlo.

Volvió a la cocina y cerró la puerta con llave para estar tranquila. Volvió hasta la caldera, se sirvió el té y entonces oyó algo más en la

sala de estar. Se asomó a la puerta y vio que la televisión emitía un fuerte sonido de estática.

Estaba segura de que la había dejado emitiendo esa horrible película de comedia. ¿Se había caído la antena? No, no podía ser. Era HDMI. Sin mencionar que el volumen estaba mucho más alto de lo que lo había dejado. El trastorno obsesivo-compulsivo implicaba que el volumen debía estar en ocho o en diez, ni más ni menos.

Katherine empezó a sentir que no estaba sola. Tal vez el espectáculo de esta noche la había cargado con una energía negativa y antinatural que la perseguiría por el resto de sus días. Se sentía observada, expuesta, como si Greg la estuviera molestando por haber llegado tan tarde. ¿Acaso esos comentarios pasivo-agresivos que siempre hacía cuando ella volvía más tarde de lo previsto lo habían llevado a desquitarse? Fuera lo que fuera, no era divertido.

Se inclinó detrás del televisor para comprobar la señal de la antena y no vio nada inusual. Antes de que la racionalidad se apoderara de ella, sintió una presión aumentando contra su cuello. Su primer instinto fue gritar, pero cualquier posibilidad de exclamar algo había sido silenciada. Su visión borrosa distinguió el brillo del acero, una hoja afilada y, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, sintió un chorro de sangre caliente. Primero llegó la visión y luego la sensación de que le abrían la piel. Cayó hacia atrás, sorprendida, y se agarró el cuello con las manos en un intento inútil de detener el tsunami de sangre que brotaba de su garganta. El mundo se volvió borroso, perdió todas sus facultades; se quedó paralizada, incapaz de hacer otra cosa que no fuera mirar a la persona que estaba de pie sobre ella.

Él se inclinó y le tapó la boca para que permaneciera muda. Sus convulsiones fueron cesando poco a poco mientras la muerte empezaba a adueñarse de ella. Pensó en Greg, arriba, sin enterarse de nada. Pensó en su negocio, ahora sin dueña. De repente, se arrepintió de haber hecho lo que hizo. Fue un movimiento demasiado apresurado y la había llevado hacia el final de su vida.

Él retiró la mano y le acarició la cara con la punta del cuchillo.
Con su último aliento, ella intentó gritar su nombre.

CAPÍTULO DOCE

—**B**ien, repasemos todo lo que sabemos —dijo Ella. Estaba ante la pizarra blanca de su despacho en la comisaría. Era un nuevo día y el sueño la había rejuvenecido. Estaba dispuesta a resolver el caso, a descubrir alguna conexión que no hubieran hecho el día anterior.

—Empieza por el principio —dijo Mia, hojeando algunos documentos en papel. Volvió su atención a la pizarra.

—Janet Wootton, la víctima número uno, fue secuestrada la noche del 15. El asesino la atacó, le cortó la garganta y le extrajo el hígado. Ella estaba regresando a su casa del trabajo cuando el secuestro tuvo lugar, alrededor de las siete de la tarde.

—La extracción de órganos significa que la llevó a un lugar privado. No pudo haber extraído su hígado en la escena, o en la parte trasera de su vehículo. Este sudes tiene su propio espacio, probablemente vive solo. Eso significa que es suficientemente capaz de valerse por sí mismo, tal vez sea un profesional.

—Bien. Luego la llevó al sitio de eliminación y la puso en exhibición. Los oficiales revisaron la escena y encontraron pesas similares a las que encontramos en el sitio de eliminación de la segunda víctima. Podemos decir con seguridad que así es como eleva a estas víctimas en los árboles.

—Encontró un proceso que le funciona y se apegó a él —dijo Mia—. La complejidad de esto podría significar que es creativo o que trabaja en una industria que hace que esté familiarizado con polipastos, poleas e instalaciones.

Ella comenzó a trazar una línea de tiempo en la pizarra.

—Tres días más tarde, secuestra a Jennifer Hoskins cuando volvía de una noche de fiesta. Eso sitúa su secuestro alrededor de las once de la noche. La ataca y la exhibe de forma casi idéntica a la primera víctima, pero esta vez le quita el corazón.

—La extracción de órganos es lo que me desconcierta —dijo Mia—. Está en desacuerdo con todo lo demás de su *modus operandi*. Todo lo que hace es con fines estéticos, teatrales. Podría ser por eso que mata con una sola laceración en la garganta, porque resulta menos traumático para el cuerpo. Nadie va a ver un órgano extirpado, así que ¿por qué hacerlo?

—¿Su firma? —preguntó Ella.

—No, la firma es el componente del crimen que no necesita ser incluido pero tiene que estar para apaciguar sus fantasías. Su firma es que exhibe a sus víctimas en los árboles. Podría haberse deshecho de ellas en cualquier lugar, especialmente en una zona montañosa como Seattle, pero eligió colgarlas en los parques. Esa parte del crimen es la más importante para él.

—Si seguimos mi teoría del artista, tal vez los órganos sean un recuerdo para él. Supuestamente, Picasso guardó cada trozo de tiza que usó.

—No, no podemos centrarnos únicamente en esta teoría del artista que tienes. Entiendo tu punto de vista, pero eso no contribuye al éxito de la investigación. Solo nos ciega y nos hace menos receptivas a teorías alternativas. Tenemos que mantener la mente abierta y centrarnos en los hechos. Incluso es posible que el sudes no tenga ningún vínculo con el mundo del arte y conozca a estas mujeres a través de otros medios.

Ella suspiró internamente. Ella pensaba lo contrario, pero lo mejor era seguir las indicaciones de Mia a pesar de todo.

—Bien. Por lo que sabemos, no hay conexión entre las dos víctimas fuera de sus vínculos con el mundo del arte. Janet nunca representó a Jennifer.

—El departamento técnico está investigando sus huellas digitales y hasta esta mañana, las dos no se han cruzado. Podemos decir con seguridad que no se conocían entre sí. El único vínculo es Leigh Neville, que conocía a ambas, pero sus coartadas eran sólidas.

—Maldita sea. Todavía estamos esperando los informes forenses completos de las escenas del crimen. El comisario Brooks debería tenerlos. —Ella miró hacia su despacho. Estaba vacío, con las luces apagadas. Las interrumpió el timbre del teléfono de Mia.

—Hablando del Diablo —dijo ella y respondió a la llamada.

Ella vio cómo se le acentuaba la expresión en el rostro. Sabía lo que significaba. Mia expuso su sonrisa para dar malas noticias.

—De acuerdo. Envíame un mensaje de texto con la ubicación. —Colgó.

Ella tiró el rotulador de la pizarra y cogió su chaqueta.

—Tenemos que encontrarnos con Brooks en el parque High Memorial. Encontraron otro cuerpo.

* * *

Ella había visto fotos de las dos primeras víctimas, pero ver un cadáver colgado en carne y hueso era una experiencia totalmente diferente. Ella, Mia, Brooks y algunos agentes locales estaban al pie de una gran secuoya en el parque High Memorial. La lluvia caía del cielo nublado y la hierba embarrada les impedía caminar. Ella se quitó las gafas y limpió los residuos.

La víctima era una mujer mayor. Rubia, delgada, pero curtida por la edad. Tenía el cabello muy fino, la piel agrietada y las puntas de los dedos amarillentas. Una fumadora, pensó Ella, y una que llevaba tiempo haciéndolo. La habían expuesto de forma idéntica a las demás, atada por las muñecas y el torso, y expuesta a unos cuatro metros de altura. Había dos escaleras apoyadas en el árbol para que los forenses pudieran inspeccionar más de cerca el cuerpo.

—Un paseador de perros la encontró esta mañana. Hace apenas treinta minutos. Todo es igual que en las otras víctimas —dijo Brooks—. Estamos esperando para saber qué toca en la lotería de los órganos. Yo apuesto a que son los riñones.

Ninguna de las agentes se rio.

—Una sola laceración en el cuello de nuevo, parece —dijo Mia—. Y podemos suponer que utilizó el mismo método para elevarla hasta allí.

—No, en realidad no. No hay ningún equipo de gimnasia en este parque. Debe haber usado una técnica diferente.

—¿Un asesino en serie que cambia su *modus operandi* en el tercer asesinato? Eso es poco probable. Si todo lo demás es consistente, entonces el proceso de la firma también debería serlo.

Ella miró a su alrededor. Era una zona con un denso grupo de árboles, lejos del área del parque público y del monumento a la guerra por el que era conocido el lugar. Durante las primeras horas de la mañana, alguien podía desplazarse por aquí relativamente sin ser observado.

Caminó en dirección contraria y llegó a un camino de tierra. Comprobó la distancia entre el camino y el punto de eliminación, y determinó que había menos de diez metros. Cuando llegaron, la patrulla las había dejado a otros quince metros.

Las ideas comenzaron a formarse. Ella imaginó cómo podría llevarse a cabo un proceso de este tipo, preguntándose si hacerlo era factible para un delincuente organizado. Una oleada de escenas de crímenes pasados se presentó en su mente, recordando rápidamente varias que implicaban huellas en caminos de tierra en zonas boscosas. Estaba Peter Sutcliffe, el asesino de trece mujeres que borraba las huellas de sus neumáticos después de acechar a sus víctimas. Estaba el estrangulador de Hillside, Edmund Kemper, el asesino de Forest Park, William Bonin, Randy Kraft. Todos usaron la misma técnica, así que no había razón para que este asesino no pudiera hacer lo mismo. Lo recorrió de forma lineal, encontrando que más que factible, era obvio.

Ella se agachó para inspeccionar el rastro de tierra. Pasó los dedos por un pequeño charco y luego siguió la pista hasta el cuerpo. Había más agua allí que en cualquier otro lugar, como si este sendero en particular atrajera la lluvia más que las zonas de alrededor.

Luego vio los remolinos. Los movimientos circulares en la tierra, algo que la naturaleza no podía crear. Tuvieron que haber sido creados por un humano.

Mia y Brooks parecían estar discutiendo sobre algo. Oyó las voces que se elevaban, pero mantuvo su concentración en la teoría que estaba surgiendo. Pensó que Mia probablemente la rebatiría, pero estaba en compañía de todos los que necesitaban escucharla.

—Esta vez ha utilizado un coche —dijo Ella. Mia y Brooks cerraron la boca y se volvieron hacia ella.

—Ya lo he comprobado. No hay huellas de neumáticos —dijo Brooks.

—Porque las ha borrado. Condujo su vehículo por aquí. Probablemente así es como la elevó hasta allí. Ató la cuerda a su cuerpo, tiró la cuerda por encima del árbol y luego la ató a su coche. Agente Ripley, ven a ver esto.

Mia se presentó a su lado. Ella se agachó y pasó los dedos por la tierra.

—Todo este camino de tierra parece estar encharcado, como si hubiera intentado borrarlas arrojando agua sobre ellas. Luego las ha barrido con un movimiento circular, quizá con una espátula o un cepillo. —Ella decidió arremeter de nuevo a su favor—. ¿Sabes quién utiliza movimientos circulares? Los artistas cuando pintan.

Ella esperó una refutación. Mia examinó el camino de tierra que se alejaba del lugar de eliminación. Lo siguió, encontrando las mismas pequeñas zanjitas y los mismos cúmulos de barro que había encontrado Ella.

—Pero nuestras víctimas no son artistas en sí —dijo Mia—. Hay una diferencia entre el arte normal y el arte de la *performance*.

—La mayoría de los artistas de *performance* también se dedican a pintar —dijo Ella. Recordó el cuadro de la habitación de Jennifer Hoskins. Jennifer se consideraba a sí misma una artista de la *performance*, pero también había hecho retratos—. Así es como empiezan muchos.

Ella lo vio todo tan claro como el día. Este sudes se veía a sí mismo como un artista y estas eran sus obras únicas. Estos parques eran sus telones de fondo, los cuerpos eran sus lienzos y sus mutilaciones eran sus pinceladas. Se fijó en estas mujeres porque representaban algo que amaba u odiaba, de la misma manera que un pintor podría utilizar sus acrílicos favoritos o sus lienzos preferidos.

Luego pensó en la extirpación del hígado y la extracción del corazón. Mia pensó que eso no era su firma, pero Ella creía que se equivocaba. Era raro, pero no imposible, sobre todo después de lo que había aprendido durante su última experiencia juntas. Era su forma de firmar su obra, como la mayoría de los artistas ponen literalmente su nombre en la esquina de sus láminas. Se estaba atribuyendo el mérito de la obra de la forma más desquiciada que podía.

Entonces se dio cuenta.

—Ripley, lo entendí. Sé por qué está tomando órganos.

—Soy todo oídos.

—Está poniendo una marca de agua en su obra. Está poniendo su sello en su obra maestra para poder ser él quién se lleve el crédito por ella. Fuera de las fuerzas del orden, es la única persona que sabe de la extracción de órganos. Así, cuando llegue el momento, podrá demostrar que él fue el asesino.

Mia se levantó de la inspección de las huellas y exhaló profundamente. Miró el cadáver en el árbol, el cual estaba siendo descolgado por los forenses y bajado al suelo. Brooks estaba de pie dirigiendo el tráfico.

—Tenemos algo más —gritó Brooks, llamando su atención—. Miren esto.

Mia y Ella se acercaron al cadáver, que ahora yacía en una bolsa para cadáveres sin cerrar. Ella vio que se trataba de una muerte reciente, apenas con signos de *rigor mortis*. Todavía parecía un ser humano, excepto por una cosa.

—¿Qué le pasa en los ojos? —preguntó Brooks, dirigiendo su pregunta a los dos técnicos forenses que la examinaban. Ella se preguntaba lo mismo. Tenían un aspecto opaco, un extraño tono verdoso que nunca había visto en ningún color de ojos.

—Comisario, esta mujer es ciega —dijo el técnico—. Esa es su simple respuesta. Pero miren esto. —A continuación, acercó la punta de un dedo con guante a algo en la parte lateral de la cabeza de la mujer.

—Eso es nuevo. Intentó cortarle el cráneo.

—¿Extirpación del cerebro? —preguntó Ella.

—¿Por qué hacerlo por las sienes? —dijo Brooks. Ambos dirigieron sus preguntas a Mia.

Mia se frotó el agua de la lluvia de la cara y se rascó el cuello con un solo movimiento.

—No tengo idea. Llévela a la oficina del forense y aceleren el informe. ¿Pero sabes que, Dark? Quizá tengas razón con esa teoría tuya del artista.

Por fin. La aceptación. Se deleitó con el golpe de dopamina.

Sonó un mensaje en el teléfono de Mia. Se quedó mirando el nuevo mensaje.

—¿Cuál es la noticia? —preguntó Ella.

—Vamos. Tenemos algunas coartadas que comprobar —dijo Mia.

—Genial. ¿A quién vamos a ver?

—Yo voy a conocer un par de artistas locales. Tú irás a conocer a Roxy Barker, la clienta que Janet le quitó a Leigh Neville. Parece una mujer explosiva, así que mantente alerta.

—No te preocupes por eso —dijo Ella—. Estoy lista.

CAPÍTULO TRECE

El taller de Roxy Barker era un espectáculo de circo moderno. Era un espacio de una sola habitación situado en las afueras de Seattle, y sin duda el alquiler era exagerado, pero ella debía cubrirlo varias veces dado el precio de la entrada. Por suerte, Ella pudo entrar gratis.

Ella y Mia se habían separado para acudir a distintas visitas. Habían contactado con varios artistas importantes de la zona y solicitaron su colaboración en la investigación. Al parecer, todos estaban deseando cotillear sobre la llamada comunidad artística. La primera parada de Ella era con la autoproclamada «Nymphetamine» Roxy Barker.

Miró las piezas en exposición, la mayoría de las cuales eran fotos de antiguas actuaciones de Roxy. Cada pieza parecía tener matices abiertamente sexuales. En una, estaba vestida como una vulva gigante. En otra, daba a luz a un cerdo. También había algunos accesorios. Ella no tenía ni idea del tipo de gente que pagaría por ver estas cosas, pero le encantaría saberlo.

Roxy salió de una habitación del fondo. Era una figura llamativa, fastidiosamente atractiva. Tenía un cuerpo atlético, tonificado en todos los lugares adecuados. El cabello largo y morado enmarcaba sus atractivos rasgos naturales. Incluso tenía la piel bronceada en su totalidad, posiblemente por el uso de una cama de bronceado dada la temporada.

—Agente Dark, ¿verdad? —dijo, extendiendo la mano—. Ja, como el viejo juego de Nintendo. Perfect Dark. La chica de ese juego

se llamaba agente Dark.

—Oh, no lo sabía. Nunca hubo videojuegos en mi casa. Gracias por aceptar reunirse conmigo.

—No te preocupes, cariño. Ven y siéntate en el fondo. Es más cálido allí.

Ella la siguió, sorprendida por el comportamiento jovial de Roxy. No esperaba a alguien tan animado. A juzgar por su arte, esperaba una persona sombría e introspectiva. Tomaron asiento en un par de taburetes en una pequeña zona de cocina.

—Así que, dos asesinatos, ¿verdad? Eso es una locura. No fui yo, si es lo que estás pensando —se rio.

—Tres, en realidad. Hubo otro esta mañana. Aunque aún no se ha identificado a la víctima. —Al terminar la frase, Ella se preguntó si debía o no contarle a alguien el nuevo hallazgo. Se maldijo a sí misma.

—Santo cielo. Eso es horrible. ¿Otra artista?

—Es posible. Todavía no lo sabemos. Estamos tratando de reunir información sobre el tipo de personas que participan en esta comunidad. Tal vez encontrar a alguien que vincule a las dos víctimas. Su conocimiento sería muy apreciado.

—Bueno, Janet fue mi agente durante un tiempo, pero no coincidíamos mucho. Ella quería que bajara el tono de la naturaleza visceral de mi trabajo. Quería declaraciones políticas, declaraciones de género, pero a mí me interesa más la exploración de la condición humana. Todo mi ethos es el sexo y cómo nos define. Jan no creía en eso. Quería que me subiera al carro del feminismo y ese no es mi estilo.

—¿Qué hay de Jennifer?

—Nunca la conocí. Mi nuevo agente solía representarla, pero la despidió. Eso es todo lo que sé.

Ella resistió la tentación de revelar el estado de la relación de Leigh. Quizá Roxy ya lo sabía. No tenía por qué juzgarlo.

—¿Hay alguien en la comunidad que pueda querer dañar a alguna de esas personas? ¿Alguien con una reputación

desagradable, tal vez?

Roxy se mordió las uñas y se ensimismó por un segundo. Se golpeó los dedos contra los dientes.

—Bueno, hay una persona. Probablemente no debería decirte esto, pero...

—¿Qué? Cualquier cosa que me diga será tratada de forma confidencial.

—Nunca sabrá que fui yo quien te habló de él, ¿verdad? ¿Nunca le mencionarás mi nombre?

—Nunca. No le diremos nada.

—Dax Matheson. Es realmente... alguien especial. Vive en Capitol Hill, pero eso es todo lo que sé.

Ella escribió su nombre y la ubicación en su libreta.

—¿Quién es este tipo?

—Yo me tomo mi arte muy en serio, como probablemente puedas ver. Pero si tuviera que dejarlo todo mañana, lo haría. Algunas personas no estarían tan dispuestas. Hay gente que vive para esto. Hay algunos individuos muy intensos en este ambiente. Locos totales. Casi psicópatas.

—¿Y Dax es una de esas personas?

—Sin dudas. Tiene una obsesión con la sangre. Es su medio.

Ella tardó unos segundos en relacionar las cosas.

—¿Pinta con sangre?

—Exactamente. Me he encontrado con él unas cuantas veces y siempre me ha parecido muy inquietante. Me ofreció una suma exorbitante de dinero por un frasco de mi sangre. Tuve que negarme.

—¿Y cree que podría ser responsable de los recientes asesinatos?

—Es difícil saberlo. Siempre va más allá de los límites. Es conocido por pintar en lienzos extraños. Ha sido arrestado por pintar en paredes públicas, escaparates, cosas así. Una vez hizo una obra con sangre y huesos humanos. La mayoría de la gente se mantiene alejada de él, pero es evidente que atrae al público externo.

Sonaba como alguien con quien Ella necesitaba hablar. Parecía una persona fascinante, aunque un poco intimidante. Ella necesitaría a Mia a su lado cuando lo visitara.

—¿Sabe si Dax tenía alguna conexión con Janet o Jennifer?

—No sé mucho sobre él, pero se movía en los mismos círculos que esas dos. Casi todo el mundo en el ambiente conoce a Janet Wootton, y Jennifer era la nueva chica sexi, así que no es descabellado pensar que las conocía. Probablemente puedas buscarlo en Google y averiguar todo sobre él. —Roxy cogió el celular que tenía a su lado y tecleó su código pin—. Hace solo unos meses salió en las noticias por pintar algo en el escaparate de una carnicería. Creo que pintó un corazón humano.

Ella se paralizó. Durante un segundo, perdió la sensibilidad en las yemas de los dedos. Un escalofrío recorrió su espalda.

—¿Un corazón? —preguntó.

—Sí. ¿Eso quiere decir algo para ustedes?

Ella lo consideró.

—No, es que me parece raro —mintió—. Muchas gracias por su tiempo. Ha sido de gran ayuda.

—No te preocupes, solo... espera. —Roxy se interrumpió—. Dax presentará una exposición en una galería en el Centro Woodward esta noche. Está en todas sus redes sociales.

Su curiosidad aumentó.

—¿Estará allí? —preguntó—. Nunca he estado en una galería.

—Claro que sí. Será el centro de atención, como siempre quiere serlo.

Ella le dio las gracias a Roxy y se marchó, ansiosa por compartir sus descubrimientos con Mia. Una cosa era segura, esta noche verían a Dax Matheson en carne y hueso.

* * *

Ella y Mia se reunieron para comer en el bar Laiho's, en el centro de Seattle. Decía que era el mejor club de sándwiches de la ciudad, pero Ella no estaba convencida. El lugar apestaba a cigarrillos y a licor derramado, y sus luces de tira eran prácticamente cegadoras. Una camarera con falda de tartán hacía piruetas de una mesa a otra, incitando a cada cliente a comprar otro café, otra cerveza, un postre para complementar ese buen plato de carne. Era el clásico restaurante americano elevado a la máxima potencia.

—No te lo vas a creer —dijo Ella con la boca medio llena de pan. Masticó y tragó rápidamente. El pan estaba más duro de lo que le gustaría y la lechuga era demasiado voluminosa—. Hay un artista local que pinta con sangre. Un verdadero fenómeno, aparentemente. Un artista del *shock*, supongo que es el término. Va a hacer un evento esta noche. ¿Quizás deberíamos visitarlo?

Mia tomó un sorbo de café irlandés. Ahora que Ella lo pensaba, creía que nunca había visto a Mia comer algo. Eso explicaba cómo mantenía su figura, al menos.

—Dax Matheson —dijo Mia, como si estuviera leyendo la mente de Ella—. Su nombre también apareció en mi investigación. Dos mujeres con las que hablé dijeron que les hizo una proposición. Quería frascos de su sangre.

—¿En serio? Así que es un anormal muy conocido en la comunidad. Eso me parece algo sólido.

Mia consultó su celular. Entrecerró los ojos para leer algo en la pantalla.

—No estoy segura de que sea capaz de algo así. ¿Lo has visto?

—¿Te refieres a su aspecto? No.

—Es un gigante. Absolutamente enorme. Más ancho que un autobús de Londres y el doble de alto. Quien haya cometido estos crímenes puede trepar a los árboles sin usar escaleras.

—Los tipos grandes también pueden ser flexibles. Si tiene fuerza en el tronco, es más probable que pueda levantarse.

—Tal vez, ya veremos. Hice que Brooks me buscara su archivo. Ha sido arrestado antes, así que sabemos todo sobre él.

Ella terminó su sándwich y se enfocó en su Coca-Cola.

—¿Tiene antecedentes penales? —preguntó emocionada, agarrando su vaso con dedos temblorosos. Dax parecía encajar en el perfil casi a la perfección. Todo estaba encajando en su sitio.

—Sí, tiene. Vandalismo, comportamiento imprudente. ¿Y cuál es el siguiente paso en ese patrón?

—Asalto agravado, tal vez homicidio. ¿Ya tenemos el nombre de la víctima número tres?

Mia sonrió.

—Te estás volviendo muy perspicaz, Dark. Quizá tengas que ir más despacio antes de que termines queriendo hacer esto a tiempo completo.

Apareció una camarera ofreciendo acompañamientos. Ambas agentes se negaron.

—Dame unas semanas en este caso y déjame ver. Todavía tengo dudas sobre el asunto. Estar sentado detrás de un escritorio es cómodo, pero estar aquí fuera me da la «satisfacción laboral» de la que todo el mundo habla.

—Considéralo prudentemente. Gracias a este trabajo, he estado en este bar más veces de las que puedo contar. Dejaré que tú decidas si eso es algo bueno o malo. Pero para responder a tu pregunta, sí, ya lo sabemos. La víctima número tres es Katherine Adams. Cuarenta y cuatro años. ¿Y adivina qué?

—¿Es artista?

—No. Dueña de una sala. Un pequeño teatro indie en la ciudad, pero la mayoría de los que actúan allí son artistas de algún tipo. Exposiciones de galerías, las locuras que hace Jennifer Hoskins.

—Otra conexión.

—Sí y empieza a parecer que tenías razón. Los asesinatos, los toques artísticos, las víctimas. Todo indica que se trata de un artista. Para que sepas, a veces me opongo a tus teorías para darte la motivación para comprobarlas. Hasta ahora, ha funcionado. Te hace refinarlas. Si no estoy de acuerdo con algo que propones, no significa que esté completamente en contra.

Ella sonrió. Le pareció que Mia tal vez estaba tratando de convencerse a sí misma de su afirmación y no a ella.

—Lo sé —dijo—. Sigue haciéndolo.

Un zumbido en la mesa las distrajo a ambas.

—Que sean buenas noticias, por favor —dijo Mia. Revisó el teléfono con esa expresión de curiosidad en el rostro. Ojos entrecerrados, labios fruncidos. Ella aprovechó el momento para observar su entorno. A veces, le costaba creer que esta era su vida. Seguía pareciéndole un sueño y que, en cualquier momento, se despertaría con 21 años y todavía trabajando para la policía de Virginia.

Una camarera mayor pasó y retiró su vaso vacío. Ella se fijó en la etiqueta con su nombre. SAMANTHA. ¿Qué probabilidades había de que fuera la misma Samantha de las cartas de su padre? Casi cero, pero era un interesante experimento mental. Intentó imaginarlos juntos, retozando en el jardín de su infancia mientras Ella saltaba por los aspersores como una inocente niña de cinco años. Aunque ciertamente la mujer que tenía delante no era la que las había enviado, había una mujer por ahí que sí lo había hecho. ¿Todavía estaría viva? ¿Recordaría a su padre si lo estuviera? Era imposible saberlo, pero tenía que averiguarlo. Nunca había conocido a nadie más que conociera a su padre, y sentía el deseo de hablar con alguien sobre él, de decir su nombre en voz alta y traerlo de vuelta a la vida durante una breve conversación. ¿Tal vez esta mujer tenía más fotos de su padre? ¿Tal vez tenía algún recuerdo entrañable que quisiera compartir?

—Bueno, esto es algo —dijo Mia—. Deja de observar a las camareras por un segundo y escucha.

Ella volvió su atención a la sala.

—Ja. Lo siento. ¿Qué pasa?

—Brooks consiguió la información sobre ese idiota de Dax. Así que, adivina quién era su antiguo agente.

—¿Janet Wootton?

—Correcto. Hace unas semanas, tuvo una exhibición privada en una sala de la ciudad. Adivina a quién pertenecía ese local.

—A la víctima número tres. —Ella decidió ser sincera—. He olvidado su nombre.

—Sí, Katherine Adams.

—Demonios. ¿Qué estamos esperando? Vamos.

—Aguanta tus nervios. Brooks me está enviando otro archivo. Este es grande, así que está tardando en llegar.

Ella se limpió las gafas y se puso la chaqueta. Podía saborear la lechuga barata que aún le molestaba en el fondo de la garganta. Pensó en broma que tal vez tendrían café gratis en la galería, y luego realmente deseó que fuera así. Atrapar a un sospechoso y beber algo. Eso sería el broche de oro de un día exitoso.

Ella vio cómo la cara de Mia pasaba de la molestia inducida por la tecnología a la sorpresa y el asombro. Ella trató de echarle un vistazo a su celular, pero solo pudo ver el borrón de texto que corría por su pantalla al pasar el dedo.

—Bueno, al diablo con esto, parece que tenemos un sospechoso al rojo vivo.

—¿Algo más?

—Parece que este hombre es algo más que un artista trastornado. También es un perverso sexual. Vamos a conocer a este pedazo de basura nosotras mismas.

CAPÍTULO CATORCE

El Centro Woodward, en el centro de Seattle, no abriría al público hasta dentro de cuatro horas, pero Ella no iba a dejar que eso las detuviera. Mia asumió la tarea de conducir cuando salieron del bar. Era un domingo por la tarde y parecía que la mayor parte de la ciudad había optado por quedarse en casa.

—El departamento de tecnología obtuvo una pista. Encontraron un montón de correos electrónicos intercambiados entre Jennifer Hoskins y Dax Matheson. Bueno, digo intercambiados, pero eran en su mayoría unilaterales.

—¿Dax la acosaba?

—Sí. Coge mi teléfono. Echa un vistazo. La contraseña es Alfie.

Ella encontró el celular de Mia en el portavasos. Lo levantó y lo desbloqueó. Se abrió un largo archivo PDF con capturas de pantalla de un programa de correo electrónico.

«Anoche estuve pensando en ti. Tu cuerpo sería un gran lienzo. Me gustaría pintarlo de blanco. ¿Qué dices?».

«Jenny, sabes que puedo tomar lo que quiera de ti, ¿no?».

«Una muestra privada de mi obra es justo lo que necesitas».

La respuesta de Jennifer era mínima. Ella había visto este planteamiento de muchos hombres a lo largo de los años. Una persecución agresiva, un gesto romántico fuera de lugar. La idea era debilitar al objetivo hasta que cediera; hasta que acceder a sus peticiones fuera menos molesto que ignorarlas. Para muchos hombres, funcionaba.

—Ella lo ignoró y él siguió contactándola.

—Exactamente. Hasta que todo fue demasiado para él. Mira el último mensaje.

Ella avanzó hacia abajo.

—Oh, demonios.

«Voy a buscarte. Ya no puedes esconderte de mí. Ya ha sido suficiente, Jenny». Enviado la noche anterior a la muerte de Jennifer.

—Estaba obsesionado con ella.

—Toma, lleva las esposas. Vamos a detener a este tipo. No creemos en las coincidencias.

Llegaron a un callejón apenas lo suficientemente ancho para que cupiese un solo vehículo. A ambos lados, dos edificios deteriorados competían por cuál era el más asqueroso. El callejón parecía ser un vertedero de bolsas de basura y latas de cerveza. Ella saltó del coche y se dio cuenta de que una rata se escabullía bajo el edificio de su izquierda. Dirigió la mirada hacia la pequeña puerta negra que había debajo de un cartel. PUERTA DEL ESCENARIO WOODWARD.

—Estamos en la puerta trasera.

—No me importa —dijo Mia, dirigiéndose hacia la entrada—. Ya que no tienes un arma, sígueme.

Ella así lo hizo, entrando en un tenue vestíbulo con carteles de espectáculos que cubrían cada centímetro de las paredes. La única opción era subir un tramo de escaleras. En lo alto, Ella oyó voces.

Una figura apareció cuando llegaron al pináculo. Se encontraron mirando la palma de una mano.

—Esperen, disculpen. ¿Quiénes son ustedes? —gritó el hombre. Llevaba una camiseta negra de trabajo con la palabra WOODWARD bordada en el pecho.

Mia mostró su placa.

—FBI. Estamos buscando a Dax Matheson. ¿Está aquí?

El guardia retiró lentamente la mano. Parece que no estaba acostumbrado a que la gente estuviera por encima de él en la jerarquía de autoridad.

—Sí, lo está. ¿Puedo preguntar de qué se trata? —Un intento desesperado de recuperar algo de poder en la situación.

—No. —Mia lo empujó a un lado y pasó furiosa por delante. Ella la siguió, lanzando al guardia una mirada de disculpa sutil por el enfoque prepotente de Mia. Tras una puerta, se encontraron en una especie de sala de conciertos diminuta. Un escenario muy pequeño con amplificadores a ambos lados. Una cabina de DJ al otro lado de la sala. Había una barra, taburetes y algunos sofás desinflados alineados a lo largo de las paredes. No era en absoluto lo que Ella esperaba.

Lo más preocupante eran las extrañas obras de arte y esculturas colocadas en los soportes de exposición, que creaban un camino curvo alrededor de la sala. Todas las piezas estaban protegidas por un cristal de protección y daban la impresión de ser especímenes en un frasco. Al parecer, todas ellas incluían sangre humana en su diseño. La primera a la que llegó Ella era una simple pintura: una columna vertebral humana que se transformaba en un insecto gigante. El siguiente era un retrato de un hombre, con la cabeza partida por la mitad a la altura de las orejas.

Ella oyó unos pasos que se acercaban desde lejos. Junto al escenario, una cortina se agitaba. No cabía duda de que el hombre que salía de allí era Dax Matheson.

Tuvo que agachar la cabeza para pasar. Era monstruosamente alto, con grandes manos que prometían un castigo a cualquiera que se le atravesara. La cabeza afeitada brillaba bajo los focos, acentuando las venas palpitantes de su interior. Llevaba una camiseta negra ajustada que dejaba al descubierto los brazos y el pecho increíblemente musculosos. Debajo del ojo derecho tenía el tatuaje de una lágrima. Llevaba un gabinete de cristal con una sola mano.

—¿Y quiénes son ustedes dos? —preguntó, deteniéndose en su sitio.

Mia volvió a mostrar su placa.

—FBI. Queremos hablar con usted.

Hubo una rotura de cristales, la mancha de un gigante en fuga. Dax dejó caer el gabinete, haciéndolo añicos, y desapareció tras la

cortina. Instintivamente, las dos agentes se apresuraron a seguirlo. Mia se adelantó, saltando por encima del cristal y corriendo hacia la zona privada. Ella la siguió de cerca, pensando que la sala entre bastidores no podía ser muy grande teniendo en cuenta el tamaño del local.

Pero descubrió que estaba equivocada. Era un largo pasillo de piedra con varias puertas a ambos lados.

—Dark, revisa todas estas habitaciones, yo voy adelante. Supongo que este edificio es mucho más grande que aquella porquería de sala.

—Yo me encargo —dijo Ella. Mia corrió por el pasillo y se perdió de vista. Ella abrió la primera puerta y miró dentro. Solo había un inodoro y un lavabo. Se dirigió a la siguiente. Seguramente no había muchos lugares para que un gigante se escondiera.

La siguiente habitación parecía almacenar más de las extrañas creaciones de Dax. Cajas de cristal con extraños diseños en su interior. Ella se esforzó por apartar la mirada de una; una extraña estructura de serpiente hecha de huesos. Algo la hizo querer romperla en pedazos.

Se dio la vuelta y continuó, encontrando una fila de cabezas que habían salido de una de las puertas. Quizás empleados u otros artistas. Ella no lo sabía ni le importaba.

—Dax. ¿Dónde ha ido? —gritó.

La gente se miró entre sí y luego todos parecieron sacudir la cabeza al mismo tiempo. Ella pasó corriendo junto a ellos y llegó a la última puerta del pasillo. Tiró de la manija y la encontró rígida. Se movió ligeramente, pero no lo suficiente. Se dio cuenta de que alguien la sostenía desde el otro lado.

—Dax, no tienes dónde ir. Sal de ahí.

Una fuerza repentina la lanzó contra la pared que tenía detrás. Su columna vertebral chocó contra ella y el dolor le arrancó todo el aire de los pulmones. Dax salió por la puerta y regresó a toda velocidad por donde había venido, con sus estruendosas pisadas

resonando por todo el pasillo. Ella se puso en pie de un salto para perseguirlo, ignorando la agonía que le recorría la espalda.

—¡Deténganlo! —les gritó a los curiosos.

Uno de ellos trató de bloquear el camino de Dax, pero él agarró a la persona sin nombre por el cuello y la lanzó de vuelta a la multitud. Desapareció de nuevo en la zona principal con Ella siguiéndolo de cerca.

De repente, se le ocurrió una idea. Seguramente, Mia oiría la conmoción y regresaría. Ella solo tenía que hacer tiempo hasta que Dax se encontrara con el cañón de un arma apuntándole. Aunque, dado su aspecto inhumano, dudaba que incluso eso fuera suficiente para acabar con él.

Llegó a la zona del escenario justo a tiempo para ver a Dax dirigirse hacia las escaleras que llevaban al exterior. Recordó lo que Roxy le había dicho sobre el hombre que tenía delante. Ella gritó tan fuerte como sus cuerdas vocales le permitieron.

—Voy a destrozar todas las porquerías que hay aquí.

Y él se detuvo. Se dio la vuelta. Al darse cuenta de que el trabajo de su vida estaba a merced de otro.

—Voy a romper cada estúpido cuadro. Aplastaré tus esculturas. Sería un final apropiado para tu legado, ¿no?

—No te atreverías.

—¿Quieres ponerme a prueba?

—Si tocas algo, te arrancaré la cabeza.

Ella pudo ver el conflicto en su rostro. Se movía entre el vestíbulo que conducía a la planta baja y la sala del escenario. Ella observó su lenguaje corporal. Sus puntos de apoyo parecían apuntar hacia la salida, lo que sugería que iba a huir en cualquier momento. ¿Podría alcanzarlo a tiempo? Probablemente no. Aunque lo hiciera, él era mucho más capaz que ella físicamente. No podría derribarlo. Se dio cuenta de que el guardia de seguridad también había desaparecido.

Solo había una manera de retenerlo aquí. Ella miró a su lado y vio una escultura de arcilla. Era el busto de un hombre que vomitaba tentáculos. Solo los tentáculos habían sido pintados de rojo. Ella

sacudió la caja de cristal en su base, y luego se volvió para ver la cara de Dax ardiendo de color rojo brillante.

—Te mataré aquí mismo —gritó, con una gruesa vena saltando en su frente.

Agarró el gabinete de cristal y lo inclinó hacia un lado, manteniendo su mirada fija en Dax.

Él comenzó a acercarse, aparentemente incapaz de dejar atrás su trabajo.

El cristal se le comenzó a deslizar entre los dedos. Era denso, frágil, mucho más pesado de lo que pensaba. Ajustó su agarre para mantenerlo firme. No tenía intención de soltarlo. Era solo un truco.

Pero la sola visión de su escultura en plena caída impulsó a Dax hacia ella. En cuestión de milisegundos, tenía las manos alrededor de su cuello, exprimiendo la vida fuera de ella. Ella dejó caer el gabinete y, para su fortuna, cayó en posición vertical. Instintivamente agarró las manos de Dax para aliviar la presión, pero no sirvió de nada. Dio una patada, golpeándole los muslos, pero fue como chocar con acero sólido. El hombre era dos metros de músculo y rabia.

Ella sintió que los pies se le alejaban del suelo. Dax la levantó por el cuello y la sostuvo en el aire. La visión de Ella se nubló, pero continuó pateando maníacamente, hasta darle en la ingle. Dax aflojó el agarre y se desplomó, dejando caer a Ella sobre el pegajoso suelo del local.

Él se volvió a lanzar sobre ella de inmediato, pero ella le clavó la estatuilla de arcilla en la cara, haciéndolo retroceder y lanzando un chorro de sangre al escenario. Ella vio a unas cinco personas observando la batalla desde el pasillo, todas con la boca abierta y los dientes apretados. Ella decidió aprovechar el impulso agarrando el brazo de Dax y retorciéndolo para someterlo, pero el dolor pareció estimularlo. La estampó de espaldas contra el suelo, la sujetó por el cuello y levantó el puño en el aire. De la nariz le goteaba sangre en la cara y en la boca.

—Has roto mi obra maestra —gritó—. Te voy a hacer sufrir.

—No te muevas ni un maldito centímetro. Quédate justo ahí.

La voz de Mia. Por fin. Ella habría dado un suspiro de alivio si la mano de Dax no estuviera aplastando su tráquea. Cuando se dio cuenta de que tenía una Glock 22 en la cara, Ella sintió que su agarre se atenuaba. Él se puso de pie.

—¿Y si no lo hago?

—Escucha, Esteroides. Nada me gustaría tanto como que salieras corriendo para tener una excusa para dispararte. Adelante.

Ella se puso de pie y se colocó cerca de la salida. Este hombre no iba a ir a ninguna parte.

—Espósallo —dijo Mia. Se volvió hacia los espectadores que estaban detrás de ella—. Gracias por ayudar, desgraciados.

Ella se acercó lentamente a Dax y le puso las esposas. Apenas había espacio suficiente para ajustarlas alrededor de sus muñecas de hierro.

—Siento haber tardado tanto —dijo Mia—. Es un laberinto ahí abajo. Volví tan pronto como pude.

Ella miró la destrucción. Sangre, cristales, iconos destrozados. Tenía fragmentos de cristal incrustados en el brazo. Un enorme gigante esposado. Sintió que su columna vertebral estaba a punto de colapsar.

—Fui Van Gogh por un segundo —dijo.

Mia comprobó las esposas de Dax y le dio una palmada en la espalda en un gesto de «salgamos de aquí».

—¿Perdón?

—Yo era Van Gogh. La oreja izquierda, sola.

Era la primera vez que Ella veía a Mia reír.

—Vamos. El Sr. Matheson tiene que dar algunas explicaciones.

CAPÍTULO QUINCE

Ella sintió que todas las miradas se volvían hacia ella. Entrar en la comisaría con Dax esposado provocó el fin abrupto de las actividades de todos, al menos durante uno o dos minutos. Todo el personal se detuvo y miró al gigante humano dirigido por dos mujeres de la mitad de su tamaño. Dax mantuvo su postura de hombros abiertos todo el tiempo, sin reducirse ni una sola vez a una caída derrotista. Ella sabía que a él le encantaba la atención, independientemente de las circunstancias.

Se sentía más tranquila ahora que Dax estaba rodeado de policías capaces. Durante todo el viaje de vuelta desde la sala había tenido pensamientos invasivos de que él se abriera paso a la fuerza a través de las sujeciones, que secuestrara el vehículo, que le rompiera el cuello. Era sorprendente cómo la amenaza de una bala podía reducir a alguien a tal sumisión.

Pasaron por el despacho de Brooks. Ella lo vio a través de las persianas hablando por teléfono. Colgó enseguida y salió cuando vio llegar a las agentes. Su puerta se abrió de golpe y clavó la mirada en el sospechoso.

—Al diablo.

—Exactamente lo que dijimos.

Debía de ser un espectáculo, ese monstruo descomunal lleno de cortes, con la nariz desplazada de su posición habitual. Dax ni siquiera miró a Brooks, permanecía en modo de rechazo severo.

—Bienvenido de nuevo, señor Matheson. —Brooks pidió la ayuda de dos oficiales—. Llénalo a la celda de detención.

Ella lo vio desaparecer de la vista. Estaba claro que no iba a hablar y mucho menos sería sincero con ellos. Sacar la verdad de él iba a ser un proceso difícil.

—¿No quería venir tranquilamente, entonces? —preguntó Brooks.

—No del todo —dijo Mia—, pero está aquí y no se irá hasta que confiese o encontremos algo que lo incrimine. Estoy noventa y nueve por ciento segura de que es el culpable.

—¿Cuál es su estrategia? —preguntó Brooks—. Aquí los agotamos hasta que se rindan. ¿Cómo hacen las cosas los del FBI?

—Dark será quien hable.

Ella se volvió con la cabeza.

—¿Qué? ¿Yo?

—Tú has sido quien le ha dado una buena paliza. Será más receptivo a ti que a cualquier otro.

—¿Qué le di una paliza? Casi me mata. Si no hubieras aparecido, estaría muerta.

—Por cierto, comisario, ¿cuál es el cargo por vandalismo en esta ciudad? Esta novata rompió algunos objetos de valor.

—Depende. Consigue una confesión de él y eliminaré cualquier cargo criminal. ¿Cómo suena eso?

—Corrupto, pero es un trato. ¿Qué dices, Dark? Estaremos observando desde el exterior. Puedo vigilar bien su lenguaje corporal desde allí. Puedo buscar cualquier indicio significativo.

Ella pensó en el incidente que protagonizaron en los años setenta Edmund Kemper y el famoso perfilador del FBI Robert Ressler. Durante un tiempo, los dos se quedaron solos en una celda de detención, y Edmund amenazó en broma con matarlo. Esto dejó a Ressler mentalmente traumatizado.

—¿Qué voy a decirle? Las entrevistas no son mi punto fuerte. Ya lo viste la última vez.

—Preséntale las pruebas y observa cómo se retuerce. Nada más —dijo Mia. Algo le decía a Ella que Dax no solía retorcerse mucho, pero podría ser diferente cuando se enfrentara a una posible acusación de asesinato. La sangre cobriza le molestaba en la parte

posterior de la garganta. El cuerpo de Ella aún se tambaleaba por la guerra. Tal vez eso le daría la adrenalina que necesitaba para mirar a ese desgraciado a los ojos y exigirle respuestas.

—Si quieres ser de lo mejor del FBI, tienes que saber hacer todo, y no hay mejor maestro que la experiencia.

Ella se apartó el cabello del rostro, encontrándolo más húmedo de lo que esperaba. No sabía si era sangre o agua de lluvia.

—De acuerdo, pero vigílalo atentamente. Algo me dice que no va a ser muy amigable.

* * *

La celda de detención era una pequeña sala con dos sillas, una mesa de acero y puntos de anclaje fijados al suelo. Cuando Ella entró, encontró a Dax Matheson recostado con las manos detrás de la cabeza. En la silla de madera apenas cabía el enorme cuerpo.

Ella se estremeció de anticipación. Estar encerrada a solas con un posible asesino en serie era algo con lo que había soñado y tenido pesadillas, especialmente con uno tan imponente como el gigante que tenía delante. Pero tenía que mantener la calma y permanecer concentrada. Si había alguna duda en su voz o en su lenguaje corporal, tenía la sensación de que Dax la captaría. A pesar de su diferencia de tamaño, ella era la que estaba al mando. Eso fue lo que se dijo a sí misma mientras lo miraba a los ojos.

—Sr. Matheson, soy la agente Dark. Tenemos que hablar.

Dax se limpió una mancha de sangre del labio y se la frotó en el brazo.

—Tienes suerte de que no te haya matado.

Antes de mencionar el incidente, Ella tenía otras cosas en mente. A pesar de su insolencia, Dax parecía un individuo extraño. Ella decidió aprovechar el momento para saciar su curiosidad.

—¿Por qué sangre? —preguntó ella—. ¿De qué se trata? ¿Un juego?

Dax sacudió la cabeza de forma condescendiente.

—La sangre es la fuerza vital. Siento una conexión más profunda con mi trabajo. Mis cuadros son meditaciones en el lienzo. No esperaba que alguien como tú lo entendiera.

Rápidamente decidió que no iba a darle una plataforma para presumir.

—Dada su reacción a nuestra intrusión, le sugiero que sepa por qué está aquí.

Él respiró hondo y mantuvo la mirada fija en ella. Tenía una mirada penetrante, desesperada por dominar, siempre necesitando ser el alfa. Ella solía ver eso todo el tiempo y le gustaba pensar que sabía cómo combatirlo. Pero aun así, su mirada la estremecía. Si no fuera por Mia, Dax perfectamente podría haberla matado.

—No. ¿Por qué no me lo dices? —preguntó. Su voz tenía un ligero acento europeo. Rumano, tal vez, pero criado en Estados Unidos.

—Si no lo sabe, ¿por qué huyó cuando nos anunciamos como del FBI? La gente inocente no hace eso.

—Pánico. Ansiedad. Perdí el control.

—No parece ser alguien que entre en pánico o se ponga ansioso a menudo, Sr. Matheson. Y parecía estar en completo control de sus facultades cuando tenía las manos alrededor de mi garganta. ¿Por qué no deja de actuar y nos dice la verdad? Tenemos una montaña de pruebas en su contra. —Se sintió bien al exponerle los hechos, pero si era sincera consigo misma, le tenía miedo a este tipo. Estaba tan a salvo como las cadenas y los espectadores le permitían estarlo, pero eso no significaba que no existiera la posibilidad de que algo saliera mal.

Dax dejó caer las manos sobre la mesa. Las esposas tintinearon con un estridente ruido. Ella sintió que la mesa rebotaba.

Hubo un momento de silencio. Ella pudo ver la reflexión en el rostro de él, el conflicto. Estaba sopesando sus opciones. Ella solo tenía que doblegarlo más.

—Así que me delató, ¿verdad? Sabía que no podía confiar en él.

Y ahí estaba. La confesión que necesitaba. Ella sintió el subidón, la dopamina. «Maldita sea, lo has vuelto a hacer. Dos asesinatos en serie en pocos meses». Naturalmente, miró hacia el vidrio reflectivo. «Espero que Mia esté escuchando esto».

—¿De quién está hablando? —le preguntó.

—No te voy a decir su nombre, pero me ayudó con todo. Lo preparó todo, pero eso es todo lo que te diré.

—¿Usted tuvo un cómplice que lo ayudó con su «arte»? —Ella enfatizó la palabra.

—Tenía que hacerlo. Era la única manera de llevar mi obra a otro nivel. Alcanzar la grandeza. Ir más allá de lo mundano y vivir junto a los grandes. Incluso una empleada corporativa como tú debería entenderlo.

—¿Por eso ha matado? —preguntó Ella—. ¿Por el arte? ¿Le ha quitado la vida a tres personas para poder hacerse famoso?

Dax se enderezó apresuradamente, como si alguien le hubiera echado hielo en la columna vertebral. Levantó las palmas de las manos, dejando al descubierto unas manos gigantescas que bloqueaban la posibilidad de Ella de verle el rostro.

—¿Qué demonios? ¿Matado?

—Sí, genio. Matado.

—Vaya. ¿De qué diablos estás hablando? No he matado a nadie. El asesinato es indescriptiblemente feo para mí.

Y el alivio se esfumó. Ella buscó cualquier signo de que él pudiera estar mintiendo y no vio casi nada. Él la miraba fijamente, sin apartar la mirada, manteniendo todo su torso inmóvil como las montañas.

—Entonces, ¿de qué cree que estoy hablando?

—La sangre. Mi arte. Una de las piezas de mi galería tenía sangre humana real.

—¿La sangre de quién? —preguntó. Las interrogantes se acumulaban en la cabeza de Ella. No sabía cuál preguntar primero.

—Ni idea. Utilicé los servicios de alguien en un banco de sangre. Dijo que podía conseguirme sangre real si le pagaba. No lo digo

abiertamente, pero todas mis otras obras tienen sangre animal. Dejo que la imaginación de la gente haga el resto. La percepción es la realidad.

Ella se frotó la frente con las yemas de los dedos. Se quitó las gafas y las dejó caer sobre la mesa.

—¿Cree que lo hemos detenido porque utiliza sangre humana de contrabando para hacer cuadros? ¿Eso es todo?

—Eh... sí. ¿No es así? No sé nada de ningún asesinato.

Ella no se lo creía. Había algo más de por medio. Esto no tenía sentido. Empezó a preocuparse. Sentía que las cosas se le estaban escapando de las manos. Comenzó a sentir pánico.

—Janet Wootton. ¿Ese nombre le resulta familiar? —preguntó, intentando rápidamente volver a poner las cosas en orden.

—Sí, mi antigua agente. No tengo problemas con ella.

—La encontraron muerta hace cinco días, colgada en un árbol. Con la garganta cortada.

Ella vio que la postura de Dax se debilitaba. Se desplomó. Se le descajó la cara. El agua comenzó a rodearle los ojos.

—¿Qué demonios? ¿Janet está muerta?

—No se haga el gracioso. ¿Qué hay de Katherine Adams? La dueña del local que exhibía algunas de sus obras. Asesinada anoche de la misma manera.

Se llevó las gigantescas manos a la boca mientras murmuraba algo.

—¿Katherine? Era una promotora excepcional. Se tomaba este sector muy en serio, a diferencia de muchos de los supuestos artistas. ¿Está muerta?

Ella ignoró su pregunta.

—Y luego está Jennifer Hoskins. Usted está muy familiarizado con ella, ¿no?

—¿Jenny? ¿Qué pasa con ella? Por favor, no digas...

Ella entró en pánico al ver el miedo genuino en los ojos de Dax. O la noticia de estos asesinatos era una auténtica sorpresa o era un actor digno de un Óscar.

—La encontraron muerta el sábado por la mañana. El mismo método. Todo igual. Pero...

El gigante se vino abajo, desplomándose sobre la mesa y poniendo un repentino fin al diálogo de Ella. Vio las venas inhumanas que le decoraban el cráneo, palpitando como gusanos desenterrados. «¿Qué demonios está pasando?, —se preguntó—. Esto no está bien». Miró hacia el vidrio reflectivo con una expresión de perplejidad. Prácticamente en el acto, Mia atravesó la puerta y se plantó al lado de Ella.

—Amigo, déjate de tonterías. Tenemos correos electrónicos incriminatorios que le enviaste a Jennifer Hoskins la noche anterior a su muerte. Guarda las lágrimas de cocodrilo para el jurado. No tenemos tiempo para ellas.

Dax se incorporó lentamente hasta volver a sentarse y se tomó un segundo para serenarse. Se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—Jenny y yo tenemos una... relación —dijo entre sollozos—. Una relación mutua. Pura fantasía. Nada de lo que aparece en esos correos electrónicos es genuino.

—Qué conveniente —dijo Mia—. ¿Podrías explicarme cómo «voy a buscarte» es fantasía?

—¿Conocían a Jenny? —dijo Dax, con la voz entrecortada.

—No, pero vimos su cadáver en un árbol. El cadáver que tú pusiste ahí.

Dax se sacudió para recuperar la compostura. Reguló su respiración y estabilizó las manos temblorosas.

—En primer lugar, agentes, estuve ausente toda la semana pasada. En Francia. Estaba trabajando en una convención de tatuajes, mi trabajo diario. ¿De acuerdo? Volví el viernes por la tarde y fue esa mañana cuando envié el supuesto mensaje incriminatorio a Jenny.

Ella y Mia cruzaron miradas. Ambos rostros decían lo mismo. Dax tenía una coartada que lo excluía de al menos un asesinato, algo que no podían refutar por más manipulaciones que él pudiera hacer.

Ella sintió náuseas. El caso sólido que tenían se estaba disolviendo rápidamente.

—¿Por qué enviar un mensaje amenazante como ese? —preguntó Mia.

—Juego de rol. Fantasía. Nada real, demonios. ¿Entienden?

Ella sopesó la posibilidad de que Dax dijera la verdad y, de repente, se dio cuenta de ello como si le hubiera caído un rayo. Sí, lo que decía tenía sentido. Karl Hoskins había mencionado que Jennifer aseguraba que no le gustaban las relaciones convencionales. Ella veía a Dax Matheson, el alfa hambriento de poder, el hombre más dominante de cualquier habitación. Recordó a Jennifer Hoskins, la sumisa, la masoquista. Pensó en el video de la actuación que había visto en el que Jennifer se azotaba a sí misma.

—Tenían una relación dominante-sumisa, ¿no es así?

—Sí —dijo Dax—. Exactamente. —Parecía aliviado de que una de las agentes entendiera su punto de vista.

Mia levantó las palmas de las manos como si fuera a decir «¿qué?». El gesto iba dirigido a Ella, pero Dax habló primero.

—Yo la persigo. Ella es una sumisa. Todo es un largo juego de rol. Rara vez nos encontramos y hacemos algo. En los últimos seis meses, solo la he visto en persona pocas veces.

—¿Su relación no era romántica? —preguntó Mia.

—No.

—Me parece extraño que se envíen correos electrónicos. Bastante impersonal, ¿no?

—No podíamos enviarnos mensajes de texto porque Jenny estaba saliendo con alguien. Le preocupaba que él viera nuestros mensajes. Él no entendía lo que hacíamos.

—¿Nombre? —preguntó Mia.

—No estoy seguro. Puede que ni siquiera hayan estado juntos. James. Joe Jay. Algo así.

—Pero hay vínculos con todas esas víctimas —dijo Ella, aun resistiendo en su enfoque. Dax era todo lo que quería de un sospechoso, pero se le escapaba de las manos a un ritmo que no

podía contener. Todo parecía estar demasiado cerca de terminar, solo para que la línea de meta se alejara otro kilómetro.

—Igual que mucha gente. Ahora mismo podría nombrar a unas diez personas que conocen a Janet, Jennifer y Katherine. Artistas, profesionales, empleados de salas, agentes, fans, groupis.

Dax se cubrió la cara con el antebrazo para ocultar las nuevas lágrimas. Parece que la realidad lo estaba afectando. Ella sabía que una vez que Dax se quedara solo, se derrumbaría emocionalmente.

Dejó que Dax llorara por ello antes de retomar, sintiendo de repente una intensa oleada de culpa por todo lo que había hecho en la última hora. Destruir el arte de este hombre, romperle la nariz, acusarlo de asesinato... todo para nada. Los éxitos se sentían bien, pero los fracasos se sentían diez veces peor.

Sintió un fuerte golpe en el hombro.

—Consigue los nombres de cualquiera que pueda estar relacionado con las tres víctimas —dijo Mia.

Ella se volvió hacia ella, ambas tenían la misma expresión de desilusión.

—Luego sácalo de aquí. No es nuestro hombre.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ella vio cómo dos agentes escoltaban a Dax Matheson por delante de su despacho y hacia la libertad. Se preguntó si debería disculparse con él antes de que se fuera. Se volvió hacia la pizarra donde Mia estaba trazando una nueva línea de tiempo. Se dio la vuelta y le lanzó el marcador.

—Novata, conozco esa mirada. Olvídalo.

Recogió el bolígrafo del suelo y lo hizo girar entre los dedos.

—¿Qué mirada?

—La mirada de «pobre de mí». Estas cosas pasan, ¿de acuerdo? A veces te ilusiona un sospechoso que parece ser y acabas con nada. Ha pasado antes y volverá a pasar. Acostúmbrate.

Lo aceptó y trató de concentrarse en los aspectos positivos. Dax les había dado los nombres de doce personas en total, todas con cierta conexión algo tangible a las tres víctimas.

—Muy bien. ¿Por dónde empezamos con el siguiente paso? —preguntó.

—Tenemos una agente, una artista y la dueña de una sala. Las posibilidades de que nuestro asesino tenga un vínculo personal con las tres es muy probable. Tu teoría del artista me sigue pareciendo dudosa, pero la tendremos en cuenta. Podría ser mejor si empezamos con la víctima más reciente y trabajamos en sentido inverso. ¿Y si buscamos en las actuaciones que tuvieron lugar en el local de Katherine y vemos si alguno de los nombres coincide con la lista de Dax? Si tenemos una coincidencia, podemos ver si esa

persona tiene historia con las otras víctimas, ver si hay rencores y demás.

Ella asintió.

—Bien, buscaré la lista de actuaciones del último mes.

—Del último año —dijo Mia—. Esto podría remontarse a mucho tiempo atrás. Este sudes es organizado y capaz de canalizar sus emociones durante un largo periodo de tiempo. Estos asesinatos no fueron impulsivos. Debe haber estado planeando esto durante un tiempo. Hay que remover cielo y tierra.

Ella abrió su computadora portátil y buscó en el sitio web de la sala. Buscó en el historial de espectáculos del local y los cotejó con los nombres. Mia siguió anotando sus ideas en la pizarra. Ella no tuvo problemas para encontrar el primer nombre de la lista, el cual había actuado allí seis meses antes. Luego el segundo, ocho meses antes. Luego el tercero.

—Bueno, la buena noticia es que están todos aquí. La mala noticia es que tenemos que investigar a mucha gente.

—Es mejor que nada —dijo Mia.

—De las doce personas que nos indicó Dax, ocho son artistas. Todos ellos han actuado en esta sala.

—¿Todos?

—Eso parece —dijo Ella—. Bueno, excepto uno.

Un golpe en la puerta las interrumpió. Brooks estaba allí parado con un expediente en la mano.

—Agentes, aquí está el expediente de la última víctima, incluyendo los resultados de la autopsia. También están los datos de contacto de su marido por si necesitan hablar con él. No he tenido ocasión de revisarlo yo mismo.

—Déjalo con nosotras, comisario —dijo Mia. Brooks lo depositó sobre la mesa y regresó a su despacho.

Ella se apresuró a recogerlo y examinó las primeras páginas, encontró algo útil rápidamente.

—Aquí dice que Katherine y su marido dirigían juntos su sala. Lo llamaré para ver si reconoce a alguna de estas personas. Quizá

recuerde si Katherine no se llevaba bien con alguien.

Decidió aprovechar la oportunidad para tomar aire, despejar la cabeza y tener una nueva perspectiva. La oficina le resultaba sofocante y la humedad le hacía difícil pensar. El interrogatorio la había agobiado. Ella se levantó y se puso la chaqueta.

—¿A dónde vas? —dijo Mia.

—Afuera. Solo necesito un breve descanso.

Ella se alejó de la comisaría hacia las calles de Seattle. Era temprano por la tarde y las nubes se habían retirado para dejar pasar un poco de sol, pero el viento seguía soplando fuerte. La brisa fresca le hacía bien a sus heridas. Marcó el número del marido de Katherine en su celular. Contestó al tercer timbre.

—Sr. Adams, soy la agente Dark y pertenezco al FBI. Por favor, perdone mi abrupta llamada. Estoy segura de que tiene otras cosas en la cabeza ahora mismo.

—Sí, pero haré cualquier cosa para ayudar a atrapar al demente que mató a Kath. Algunos policías han venido a verme esta mañana y dijeron que le pasarían mi número.

Ella se sintió aliviada. No podía imaginarse lo que debía ser recibir una llamada intrusiva a las pocas horas de haber perdido a un ser querido. Greg parecía más enfadado que angustiado, y eso era comprensible.

—Está bien, gracias. Me preguntaba si podría ayudarnos. Tenemos una pequeña lista de personas que conocían a todas nuestras víctimas, varias de las cuales actuaron en su teatro. Me preguntaba si podría indicar a alguien que quisiera vengarse de Katherine por cualquier razón.

—¿Una venganza? No conozco a nadie que nos guarde rencor a Katherine o a mí. Contratamos, pagamos bien, tuvimos buenas relaciones con todos los artistas con los que trabajamos.

Ella observó el tráfico lejano. Había algo tranquilizador en el flujo continuo de la vida, sobre todo después de las imágenes que había visto en los últimos días.

—¿Ninguna discusión? ¿Nada de eso? —Podía sentir que Greg se devanaba los sesos. Ella le dio todo el tiempo que necesitaba.

—Bueno, hemos cancelado un par de espectáculos en el pasado. Pero siempre fue por un buen motivo.

—¿Qué tipo de motivos?

—Si la actuación es demasiado grotesca, o si estamos perdiendo dinero. Una cosa suele conducir a la otra.

Entonces Ella se dio cuenta de algo. Mientras estaba de pie utilizando la monotonía de la vida como ruido de fondo, se preguntó por qué se habían centrado tanto en la gente de dentro de la comunidad artística cuando podía haber artistas igualmente factibles que todavía estaban fuera. Había estado tan ocupada pensando en la gente que había realizado espectáculos que había pasado por alto a la gente que no lo había hecho. Los aspirantes a artistas marginales, los aspirantes periféricos. Cada escena tenía un círculo interno, un círculo externo y unos rezagados que intentaban abrirse paso.

—¿Cancelaron algún espectáculo en el último año? —preguntó Ella.

—Creo que sí. Déjame verificar.

Oyó un ruido sordo y luego a Greg arrastrando los pies en la distancia. Volvió a coger el teléfono.

—Uno. Un tipo llamado James E. Newark. Un pintor y artista de *performance*. Estaba reservado para una semana, pero lo cancelamos a los dos días. Eran cosas raras y casi nadie se presentó.

—¿Cómo se tomó la noticia de ser cancelado?

—No muy bien. Dijo que no podíamos ver el talento artístico ni aunque nos disparara en el pie. Después de eso desapareció. Aunque esto fue hace unos seis meses.

Ella empezó a regresar a la comisaría, pero algo en la calle principal le llamó la atención.

—Gracias, Sr. Adams. Si recuerda a algún otro artista que pueda guardarle rencor a usted o a Katherine, llámeme a este número.

Se despidieron y colgaron. Ella se dirigió por el camino hasta un banco de madera en la acera. Allí estaba sentado Dax Matheson, inclinado hacia delante con un cigarrillo en la mano. El sentimiento de culpa le llegó con fuerza. Unas horas antes, Ella estaba segura de que era un asesino, pero las pruebas decían lo contrario. ¿Cómo podían cambiar las cosas tan repentinamente? Recapacitando, se sintió una tonta por haber estado tan segura de sí misma. Se había peleado con ese hombre y le había roto la nariz, ¿para qué? Había sometido a un hombre inocente a un sufrimiento innecesario. Incluso con toda la profesionalidad del mundo, quería disculparse.

Se sentó junto a él. Dax mantuvo su atención en el tráfico que circulaba por delante. Exhaló una nube de humo. Ella esperó a que se calmara ante su presencia, sin querer arriesgarse a más altercados.

—Lo siento —dijo ella.

Tras unos segundos, él se echó a reír para sorpresa de Ella. Esperaba agresividad y frustración, sobre todo en un hombre de su talante.

—Yo también —dijo Dax—. Te defiendes muy bien para alguien que mide poco más de un metro y medio.

Ella no sabía cuál era la mejor manera de responder. ¿Mantener la profesionalidad? ¿Ser un poco más informal?

—No, solo eres débil —dijo ella. Dax sonrió—. ¿Qué haces aquí todavía?

—Esperando un taxi. No sé conducir —dijo, mirando al suelo. Ella pensó en la tercera escena del crimen con las huellas de neumáticos desgastadas—. No puedo creer que ella se haya ido.

—Extraoficialmente —dijo Ella—. ¿De verdad te acabas de enterar de su muerte cuando te lo contamos? Lleva dos días muerta.

Dax asintió.

—Mi agente maneja mis redes sociales. No leo las noticias. La vida ya es bastante dolorosa sin consumir todas esas cosas. —Sacó su teléfono y abrió sus fotos. Ella vio el carrito de su cámara en su visión periférica, que consistía principalmente en sus pinturas. Dax

pulsó y le mostró a Ella la pantalla—. Mírala. La tomé durante su última actuación. Mira qué contenta está de estar en el escenario.

Ella vio una foto de Jennifer Hoskins cubierta de pintura, contorsionándose en una posición antinatural. Él redujo al mínimo la foto y se desplazó más, mostrando más imágenes de su excéntrico arte, su rostro sonriente.

—Realmente te gustaba.

—Ella se tomaba en serio esta industria. Se desvivía por ella. No estaba aquí por el dinero o la fama.

—También era una buena pintora —dijo Ella—. Vi un autorretrato en su habitación.

—¿Jenny? ¿Una pintora? —se rio—. Ella era pésima. Intenté enseñarle, pero no tenía la capacidad de hacerlo.

Ella hizo una mueca. Sacó su teléfono y le mostró a Dax la foto que había tomado del arte de la pared de Jennifer.

—Se ve muy bien para mí.

Dax se acercó más.

—Abstracto, pinceladas amplias, acrílicos, la teoría del color está completamente alterada. Jenny no hizo eso.

—Tiene su nombre. —Ella amplió la imagen para ver la palabra JEN garabateada desordenadamente en la esquina.

Entonces se detuvo. El chispazo la impactó como una explosión de dinamita. «Maldita sea».

Se despidió rápidamente, saltó del banco y corrió de vuelta a la comisaría. Por fin algo tenía sentido.

CAPÍTULO DIECISIETE

Ella volvió corriendo a su despacho sin detenerse a respirar. Encontró a Mia garabateando en la pizarra.

—Ripley, ¿tenemos acceso a la lista de clientes de Janet Wootton?

—Sí, ¿por qué? —Mia la miró como nunca antes la había visto—. ¿En qué estás pensando?

—Lánzalos aquí.

Mia buscó una pila de carpetas marrones, sacó la segunda de arriba y encontró los papeles necesarios. Se los pasó.

Ella los hojeó en un tiempo récord, recordando distraídamente los días en que leía libros a toda velocidad por diversión. Devoró el contenido de principio a fin y viceversa, y luego se golpeó la palma de la mano contra la frente. No pudo encontrar el nombre que buscaba.

—Demonios. No está aquí.

—¿Quién?

Ella estaba demasiado exaltada para responder al comentario de Mia, demasiado frenética. Rápidamente se le ocurrió otra idea.

—Correos electrónicos —dijo—. ¿Tenemos los correos electrónicos de Janet?

—Sí, los técnicos nos han dado acceso para revisarlos. Puedo buscarlos. —Mia tomó asiento, acercó su computadora portátil y machacó el teclado—. ¿Qué quieres que busque?

—James Newark —dijo Ella—. Mira si Janet intercambió correos con él.

Mia frunció el ceño, diciéndole en silencio a Ella que ese era un nombre completamente nuevo para ella. Observó cómo Mia se acercaba a la computadora portátil y recorría los resultados de la búsqueda. Ella vio que aparecían unos cuantos bloques rojos en la pantalla, lo que sugería que Mia había encontrado una coincidencia.

—Sí, aquí hay un James Newark. Parece que conversó bastante con Janet.

Ella apretó los puños con tanta fuerza que las uñas casi le cortaron la palma de la mano. La victoria podría estar cerca. Era una sensación diferente a cualquier otra. Cuando las estrellas se alineaban, era como el efecto de una droga. O, al menos, lo que ella imaginaba que era el efecto de una droga.

—¿Sobre qué? —preguntó, echando un vistazo más de cerca a la pantalla de Mia. Mia abrió un largo hilo de correo electrónico con el asunto «REPRESENTACIÓN».

—Este tipo James quería que Janet fuera su representante —dijo Mia. Continuó leyendo la conversación. Ella se dio cuenta rápidamente de un patrón. Los correos electrónicos de James eran enormes bloques de párrafos largos, mientras que los de Janet eran respuestas de una sola línea.

—Janet no parecía interesada. Prácticamente él le rogaba, y ella lo rechazaba cada vez. ¿Qué dice el último mensaje?

Mia avanzó hasta el final del hilo. Leyó el último correo electrónico de Janet. «Lo siento, no eres lo que estoy buscando. Buena suerte en tu búsqueda».

Ella no tuvo que mirar debajo del mensaje de Janet para saber que habría una refutación. Siempre la había.

—Entonces James respondió llamándola «vieja borracha demacrada». Esa es una buena forma de arruinar una relación profesional. —Mia cerró la conversación y revisó el programa de correo electrónico para ver si había más menciones de él—. ¿Crees que este es nuestro hombre? —preguntó.

—Sí, lo creo. Tiene vínculos con todas las víctimas. —Ella se concentró. La emoción a veces le hacía difícil concentrarse,

especialmente cuando su mente estaba llena de posibilidades. Tuvo que dejar de imaginarse cómo sería la escena de la captura cuando arrestaran a este tipo.

—Espera un segundo, tengo algo más. Mira esto —dijo Mia—. Janet Wootton envió un correo electrónico a Greg Adams, el marido de Katherine.

Otra conexión. Este tenía que ser el sudes. Ella estaba cada vez más segura de ello.

—¿Sobre qué?

—De este tipo James. Janet le preguntó a Greg por qué cancelaron sus espectáculos. —Mia hizo algunos clics más.

—¿Y?

—Greg dice que fue porque los espectáculos de James eran estrambóticos y su sala estaba perdiendo dinero. Parece que Janet estaba investigando un poco sobre James antes de tomar la decisión de representarlo.

—Así que James está enfadado con Janet por ignorarle.

—Vuelve atrás un segundo, Dark. ¿Cómo encontraste a este tipo? ¿Qué relación tiene con las otras víctimas?

Ella respiró hondo y trató de imaginar los acontecimientos cronológicamente. Resumió todo de la mejor manera posible en su mente. Tomó una silla y sacó su computadora portátil y buscó el sitio web de James Newark. Había una cosa que tenía que comprobar antes de confirmar su teoría.

—James Newark es un pintor y artista de *performance*, que fue rechazado por todas nuestras víctimas. Tiene algo para vengarse de todas ellas.

—Estoy escuchando —dijo Mia.

—Según el marido de Katherine, James estaba contratado para una serie de espectáculos en el teatro de Katherine, pero lo cancelaron porque no les gustaba su trabajo. Perdieron demasiado dinero, así que lo corrieron. Eso debió dejarle un sabor muy agrio en la boca. Fue uno de los pocos artistas a los que se les cancelaron los espectáculos en su teatro.

—Sí. Eso lo habría avergonzado bastante.

—Exactamente. Como muestran esos correos electrónicos, intentó que Janet Wootton lo representara, pero ella lo rechazó. De nuevo, eso lo habría molestado, enfurecido.

—Tiene sentido. ¿Y qué hay de Jennifer?

Ella encontró el sitio web de James Newark. Era una página de color gris y negro con su nombre en letras mayúsculas en la parte superior. Debajo había fotos aficionadas de James posando sobre distintos fondos: muros de hormigón, bosques, puentes de autopistas. Era la primera vez que veía la imagen de este hombre. Tenía el pelo rubio y desaliñado que le llegaba a la barbilla, debilitado por los numerosos tintes. Era de baja estatura, enjuto, con casi nada de hombros y parte superior del cuerpo. Las imágenes no encajaban para nada con el tema del sitio.

Ella le mostró a Mia la fotografía que tomó en el dormitorio de Jennifer Hoskins.

—¿Ves eso? Es un retrato de Jennifer. Pensé que era un autorretrato porque mira esto. —Amplió la imagen hasta la esquina inferior derecha—. Dice JEN. Pensé que era Jennifer firmando de manera abreviada, pero no es así. Son las iniciales de este tipo. James E. Newark. Él pintó esto para ella porque eran amantes.

Los labios de Mia se movieron pero no salió nada. Ella vio que estaba digiriendo la información y que no podía negar que tenían algo.

—¿Cómo sabes que pintó eso? —preguntó Mia.

—Mira su estilo —dijo Ella mientras navegaba por su página web. Fue a la sección «pinturas»—. Coincide perfectamente. Abstracto, pinceladas amplias. —Eran las palabras de Dax, pero Mia nunca lo sabría.

—No lo puedo creer. ¿Estaban saliendo? —preguntó Mia.

—Sí. El padre de Jennifer me dijo que ella estaba viendo a alguien pero que recientemente ella lo había terminado.

—¿Tal vez James se enteró de la relación de Jennifer con Dax? Eso podría haber sido el factor de estrés que provocó todo esto.

—Tiene que ser él. Es un artista con vínculos con todas las víctimas. Estos asesinatos son su manera de vengarse y mostrar algún tipo de arte pretencioso. Es un dedo del medio a la gente que lo había pasado por alto... —Ella volvió los ojos y los posó en la pizarra. Vio que Mia había añadido nueva información—. ¿Qué es eso? —preguntó.

—Llegó el informe del forense de la tercera víctima —dijo Mia.

En medio de su revelación, Ella había olvidado por completo las extracciones de órganos.

—Hígado, corazón y...

—Se llevó su nervio óptico.

«Pasado por alto», se dijo Ella de nuevo.

—Oh, Dios mío. Eso es. Por supuesto. Las extracciones de órganos. Sé lo que significan todas ellas.

Cuando las palabras se le escaparon de la garganta, el comisario Brooks pasó junto a la puerta abierta. Asomó la cabeza a través de ella.

—Vaya, ¿qué es eso que he oído? —preguntó.

—Comisario, en primer lugar, tenemos una coincidencia. Un caballero llamado James Newark. ¿Has oído hablar de él?

—No me suena. ¿Qué las hace estar tan seguras? ¿Y qué hay de los órganos?

Ella le explicó a Brooks la línea de tiempo utilizando la información de la pizarra.

—James es un artista local con vínculos con las víctimas. Janet se negó a representarlo, Jennifer rompió con él y Katherine canceló su serie de espectáculos en su teatro.

Brooks asintió con la cabeza mientras Ella lo ponía al corriente.

—Lo entiendo. ¿Ese es su único vínculo con las víctimas?

—No del todo —dijo Ella—. Mira esto. Extrajo el hígado de Janet. Esto no era solo un movimiento relacionado con el poder o algún tipo de experimentación, era simbólico.

—¿Por qué? —preguntó Brooks.

Mia intervino.

—Janet era conocida por llevar a sus clientes a comidas lujosas y cócteles. Era una gran bebedora. Cuando visité su casa, vi una montaña de botellas de licor en su basura. Pensé que su marido había bebido para sobrellevar la situación, pero lo más probable es que fueran de Janet de la semana anterior. En un correo electrónico a Janet, James la llamó «borracha demacrada».

Ella continuó.

—Luego, extrajo el corazón de Jennifer. Otro gesto simbólico porque eran antiguos amantes. Jennifer le rompió el corazón, así que literalmente le extrajo el suyo.

—Dios mío —dijo Brooks—. ¿Y la víctima más reciente?

—Esta vez ha ido un poco más lejos —dijo Ella—. Le quitó el nervio óptico.

—¿Su qué?

—El nervio que se encuentra detrás del ojo. Transmite la información visual de la retina al cerebro. Otro gesto simbólico. Le dijo a Katherine Adams que no podía ver el talento artístico. Es un insulto a su sensibilidad —dijo Ella.

Brooks parecía confundido.

—Qué raro. ¿No le quitaría los globos oculares si ese fuera el caso?

—No —dijo Mia—. Por varias razones. La primera razón, está evolucionando. Su arte está evolucionando. En la escena del crimen, los forenses nos dijeron que Katherine Adams era ciega, pero eso fue un error de apreciación. Cuando se elimina el nervio óptico, los globos oculares se distorsionan visualmente. Se nublan, quedan vidriosos. Pero el cerebro tiene que estar funcionando para que eso suceda. Lo que significa...

—Le quitó el nervio mientras estaba viva —dijo Brooks.

—Sí. Algo que no lo hemos visto hacer antes. Todas las otras víctimas fueron mutiladas *post mortem*. La segunda razón es que trata de mantener los cadáveres lo más inmaculados posible. Sabemos que sus cortes son de aficionado y él también lo sabe. Si le

hubiera cortado los ojos, habría dejado un enorme desastre. Él no quería eso.

—Comisario, ¿puede conseguirnos la dirección de este tipo? Tenemos que detenerlo de inmediato. Su página web dice que vive en algún lugar de Bainbridge —dijo Ella.

—Conseguiré todo lo que pueda. Comiencen a dirigirse hacia allí y les enviaré un mensaje de texto. ¿Quieren refuerzos?

—Una patrulla, pero que se quede detrás —dijo Mia—. No queremos asustarlo. Alguien así tendrá un plan de escape en caso de que sospeche algo. Si ve un coche patrulla, se largará de allí. —Se volvió hacia Ella—. Recoge tus cosas, novata. Tengo el presentimiento de que este es nuestro hombre.

De repente, el cansancio desapareció y fue sustituido por el entusiasmo. Este nuevo sospechoso tenía secretos y ella iba a ser la persona que los desenterrara, ya fuera mediante la persuasión o la fuerza bruta. En pocos minutos, había muchas posibilidades de que se encontrara cara a cara con un asesino en serie, y esa era la razón por la que había venido aquí. Se bebió un café para sentir un rápido subidón, pero no sería nada comparado con el subidón que supondría capturar al nuevo cuco de Seattle.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ambos lados había una hilera de apartamentos de planta baja, pequeños y económicos según los rápidos cálculos de Ella. Se hacía una idea de cómo podría ser James como persona, pero si la experiencia le había enseñado algo era que nunca se podía conocer del todo a alguien solo con la apariencia. Esperaba que fuera un cretino, un desalmado, pero los depredadores a menudo sabían cómo mezclarse con la multitud. Mia condujo los seis kilómetros que había desde la comisaría hasta Bainbridge en menos de diez minutos. El crepúsculo comenzaba a asentarse cuando doblaron la esquina de la calle que James Newark llamaba hogar.

Estacionaron al final de la calle para no levantar sospechas ni asustar al sospechoso y hacerlo huir. Las agentes salieron y se dirigieron hacia el final de la calle, lenta y despreocupadamente. Para cualquier vecino indiscreto podrían ser simples vendedoras de seguros. Al final de la fila, se pararon frente a la residencia del sospechoso.

—Aquí. Cincuenta y siete —dijo Mia.

Había un aparcamiento al que le faltaba un vehículo. El pequeño jardín a su lado estaba inmaculadamente presentado con plantas recortadas y un elegante trabajo de albañilería. Mia llamó a la puerta mientras Ella se colocaba a su lado y miraba discretamente por la ventana sin cortinas. No pudo distinguir mucho en la oscuridad, salvo un par de luces intermitentes.

Esperaron pero nadie respondió. Mia volvió a llamar, esta vez con fuerza.

No hubo respuesta.

—No está en casa. Desgraciado. —Mia sacó su teléfono, pero Ella levantó la palma de la mano. Se acercó a la ventana y miró dentro sin precaución.

—Ripley, hay algo aquí.

—¿Qué?

—Movimiento. Lo vi en la parte trasera. —Ella pudo ver a través del salón una pequeña zona de cocina en la parte trasera. Entre las sombras, algo se movió, negro sobre negro.

—¿Estás segura?

—Segura. Escucha. ¿Oyes eso?

Se quedaron inmóviles. Desde la parte trasera de la casa, algo se arrastraba, como el roce de hierba crecida contra los pies.

—Vamos —gritó, corriendo hacia la puerta trasera. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Había visto algo y esa cosa había huido, alimentando su creencia de que ese era el culpable. Ella golpeó la puerta con el hombro y la sacudió en sus bisagras con un ruido sordo. Lo intentó una y otra vez, sacudiéndola en su sitio pero sin llegar a derribarla.

Demasiado resistente, pensó. Demasiados cerrojos del otro lado, tal vez.

—Olvidalo —dijo, saltando y agarrándose a la cornisa de arriba. Ella se elevó utilizando la pared lateral como palanca, se puso encima de la puerta y se dejó caer al otro lado. La caída fue muy fuerte y aterrizó en un camino de cemento. Sus tobillos sufrieron el impacto, pero tenía demasiada adrenalina en su organismo como para sentir dolor. Detrás de ella, Mia hizo lo mismo.

Ella corrió por el costado de la casa hacia un diminuto jardín trasero. Había una valla perimetral de tres metros de altura a cada lado.

—No puede haber saltado por encima —gritó Ella, esperando que Mia la hubiera alcanzado cuando apareció a su lado.

—Definitivamente podría —dijo Mia—. Este tipo es un desgraciado muy ágil. Puede trepar a los árboles como un

profesional. Escalar eso sería fácil para él.

—Maldición —dijo Ella—. Podría haberse ido en cualquier dirección.

Mia llamó a sus refuerzos y les dijo que estuvieran atentos por si había alguien en las calles adyacentes.

—Intentemos otra cosa —dijo Mia. Agarró la puerta trasera y sacudió la manija. Estaba trabada.

—La ventana —dijo Ella—. Está abierta. —Junto a la puerta, la ventana de la cocina estaba ligeramente entreabierta. Ella metió la mano dentro—. Está puesto el pestillo.

—Mete esos dedos flacos ahí —dijo Mia.

Ella lo hizo y logró tocar el gancho del pestillo con la punta de los dedos. El marco de la ventana se clavó en su hombro hasta el punto de hacerla sangrar, pero sacó el gancho de su posición. La ventana se abrió de golpe.

—Estoy dentro. —Se subió al rellano de la ventana, bajó la cabeza y se encontró encaramada a la encimera de la cocina. Saltó al suelo de baldosas y comprobó las zonas de peligro en busca de señales de vida. Cuando vio que estaba despejado, desbloqueó la puerta trasera.

—No puede haber escapado por aquí —dijo Ella cuando Mia entró en la casa—. Estaba cerrada por dentro. Dudo que haya podido salir por el pequeño hueco de la ventana.

Mia recorrió la pared con las manos hasta encontrar un interruptor de luz. Lo encendió, iluminando la habitación de un color naranja intenso. De repente, algo pasó a toda prisa junto a ellas. Ella dio un salto hacia atrás y tuvo que apoyarse en un mueble de la cocina.

Era una pequeña mancha negra. Se desplazó por el suelo y subió a la encimera de la cocina antes de escapar por la ventana abierta. Era un pequeño gato negro.

Ella y Mia cruzaron miradas. Ella se dio cuenta de que el movimiento que había visto a través de la ventana probablemente había sido el animal, no el sospechoso.

—¿Un gato puede ser una causa probable? —preguntó.

—Lo dudo, pero ahora estamos aquí. Nos preocuparemos de los aspectos legales más tarde.

Ella entró en la sala de estar contigua y la encontró agradablemente diseñada y decorada. Un único sofá blanco se encontraba en el centro frente a un gran televisor instalado en la pared. Había señales de vida en forma de latas de refresco vacías y una comida a medio terminar. En la pared, junto al televisor, colgaba un cuadro suyo, una obra abstracta de color verde y morado. Ella lo examinó y vio un globo ocular humano perdido entre las formas y los diseños, pero sin saber si era solo su imaginación.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó.

—Cualquier cosa que lo conecte con nuestras víctimas. Todas fueron encontradas desnudas, así que hay una posibilidad de que haya robado algunas de sus pertenencias. Documentos de identidad, bolsos, llaves, teléfonos.

Ella entró en el dormitorio y encontró una cama sin hacer y el aroma del sudor. Era una pequeña habitación con un armario en la pared derecha. Ella lo abrió de un tirón y rebuscó entre su ropa, encontrando una selección de prendas bastante sencilla, especialmente para alguien que se consideraba un artista. Revisó algunos cajones, miró debajo de la cama pero no encontró mucho material incriminatorio. Encontró un pequeño calendario sobre la mesa de luz. Lo cogió y rápidamente revisó la agenda de James.

—Dark, ven aquí —gritó Mia desde otra habitación—. En el baño.

Ella se apresuró a salir y encontró la pequeña habitación de azulejos. Blanco brillante desde todos los ángulos. Dirigió la mirada hacia lo que había en la bañera.

—Maldita sea. ¿Es eso...?

—Parece que tenemos lo que necesitamos.

Dentro había un montón de ropa ensangrentada doblada en un envoltorio de plástico. Parte de la sangre se había filtrado en la bañera y se había secado hasta alcanzar un color carmesí intenso. Mia se agachó y levantó la pila para inspeccionarla.

—¡Maldita sea! Hay más. Mira. Bisturíes, cubiertos de sangre. Y un picahielo. Esto debe ser lo que usó para quitar el nervio óptico.

Los instrumentos quirúrgicos brillaban bajo la luz anaranjada. Ella de repente se sintió enferma al imaginar sus afiladas cuchillas cortando carne humana. Pero aun así, el sentimiento de triunfo no tardó en invadirla. Esto era más que suficiente para detener y retener al sospechoso, quizá incluso para acusarlo. Era nada menos que una prueba irrefutable.

—Solo tenemos que rastrear a este desgraciado y se acabó todo para él. Gran trabajo, Dark.

—¿Qué debemos hacer? ¿Esperar aquí y ver si vuelve?

—No. Demasiado riesgo. Si se da cuenta de que estamos tras él, huirá. Mantendremos a un oficial vigilando, pero tenemos que perseguir a este tipo. No podemos dejar que tenga ventaja.

Ella cayó en la cuenta de que aún tenía el calendario en la mano. Miró la fecha de hoy y encontró una mancha de texto negro en el pequeño cuadrado. Tuvo que entrecerrar los ojos para traducirlo.

—Ripley, mira. —Ella golpeó el calendario—. Creo que sé dónde podemos encontrarlo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El Centro de Artes Escénicas Saint Luca era un edificio reducido, a pesar de su grandioso nombre. Ella esperaba un recinto majestuoso, pero el local del centro de Seattle era lo que los charlatanes casuales podrían denominar un antro. Según la agenda de James Newark, allí estaría esta noche, aunque no se sabía exactamente qué iba a ocurrir dentro. Ella había comprobado la lista de salas y no había encontrado ningún espectáculo programado para esa noche.

La entrada era una pequeña puerta negra situada entre dos restaurantes de comida para llevar. Ella y Mia entraron en un pequeño vestíbulo y bajaron un tramo de escaleras. En la parte inferior, dos guardias de seguridad las detuvieron.

—Esta noche hay una función privada, damas. ¿Tienen invitación? —dijo uno de ellos.

—¿Una función privada de qué? —preguntó Ella.

—Tomaré eso como un no —dijo el guardia—. Lo siento. No pueden entrar.

Mia levantó su placa y la colocó a centímetros de la cara del guardia.

—FBI. Tenemos razones para creer que alguien de aquí es responsable de una reciente serie de asesinatos.

—¿Asesinatos? ¿Los asesinatos del parque? —preguntó el otro guardia.

—No podemos revelar información —dijo Mia mientras se abría paso. Los guardias intercambiaron una mirada de impotencia. Ella la

siguió y entraron en la zona de la sala.

El interior era un poco más lujoso y espacioso. Unas cincuenta personas estaban apiñadas en sus círculos, tomando vino o café o algún brebaje colorido. Algunos iban vestidos con el típico atuendo de artista de vanguardia, otros parecían recién salidos de los barrios bajos. Ella se sintió inmediatamente como una paria, con su camiseta negra y sus vaqueros. No tuvo tiempo de disfrutar de la ironía.

—¿Lo ves? —preguntó Mia.

—No.

—Tampoco. Sus estúpidas ropas no ayudan. Mantente alerta. Es posible que aún no esté aquí.

—Todavía no sé qué está pasando aquí —dijo Ella—. ¿Esto es un bar normal?

—No tengo idea, pero estoy segura...

Antes de que Mia pudiera terminar la frase, las luces de la sala se apagaron y una luz amarilla se encendió en el escenario. Ella esperaba aplausos, pero no hubo ninguno. En su lugar, todo quedó en silencio.

Entonces apareció una figura en el escenario. Pequeño, escuálido, de pelo rubio luminoso. Llevaba un pantalón apretado y una camiseta negra lisa. Ella lo reconoció inmediatamente.

—Parece que lo hemos encontrado —dijo.

Miró al público para ver su reacción ante el artista. La mayoría se mostraba indiferente, muchos con una mirada que decía «impresióname». James Newark no se dirigió al público. Bajo los reflectores, se arrodilló y mantuvo la cabeza erguida.

—¿Deberíamos ir? —susurró Ella a su compañera.

—No. Espera. Mira lo que está haciendo.

Ella nunca entendió el arte de la *performance*. Era todo demasiado abstracto, demasiado pomposamente exagerado. Sin embargo, estaba bastante claro lo que James Newark intentaba decir con su pieza.

Se pasó el pulgar por el cuello. De repente, empezó a brotar líquido de él, creando una mórbida silueta en la pared de la sala, detrás de él. Incluso en la penumbra Ella pudo ver la falsedad de todo aquello.

—¿Está... recreando las escenas de los asesinatos?

Mia no respondió. Por la expresión que tenía en el rostro, Ella vio que estaba lista para intervenir.

James se dejó caer en el charco de sangre falsa y se retorció como una especie de animal moribundo. Era un espectáculo extraño, tan desconcertante como patético.

—Está insultando a sus víctimas —dijo Mia—. Esto es básicamente una confesión. Vamos. He visto suficiente de esta basura.

Ella apenas tuvo tiempo de pensar en su siguiente movimiento antes de que Mia se lanzara hacia el escenario, empujando a los curiosos de la primera fila.

—FBI —gritó Mia—. No te atrevas a moverte.

Todo se detuvo. James se congeló en el escenario, una expresión de desesperación se apoderó de él. Ella vio que las manos le empezaban a temblar y también las piernas. Sabía lo que estaba pasando. Mia subió al escenario y sacó su pistola. Le apuntó al sospechoso.

—¿James Newark? —dijo ella—. ¿Eres tú?

James asintió como un niño al que han descubierto robando. Ella miró las caras que había en la sala, algunas de las cuales seguían bebiendo a sorbos y conversando despreocupadamente. Tal vez pensaban que esto era parte del espectáculo.

—Te estamos arrestando por sospecha de asesinato. Por favor, ven con nosotros. Estás rodeado, así que ni se te ocurra intentar huir.

Las luces de las instalaciones se encendieron. Ella vio que James blandía algo brillante en una mano. Él comenzó a retroceder contra la pared trasera, dudando en decir algo. El público empezó a darse

cuenta de que aquello no formaba parte del espectáculo. Se alejaron del escenario hacia la puerta de salida.

Ella, recordando el incidente con Dax, se dirigió hacia la pequeña cortina que conducía a la zona de bastidores. Si intentaba escapar, no tendría ningún lugar por donde huir.

—No iré con ustedes —dijo James, su voz carecía de toda confianza o seguridad.

La mente de Ella pensó en otros asesinos del pasado comprometidos con la misión, recordó aquellos que habían sido acorralados de la misma manera. ¿La misión de James había terminado? ¿Esta actuación era su golpe de gracia? ¿Una especie de signo de exclamación de las atrocidades que había cometido? Si era así, ¿había algo más que hacer?

Pensó en Harold Shipman, Fred West, Jack Unterweger, Israel Keyes, Richard Chase. Agresores delirantes y orientados a la misión. De repente, se dio cuenta de que todos ellos tenían algo más en común. Y vio una mirada en el rostro de James que le decía que estaba pensando en algo similar.

—No quiero dispararte, James, pero lo haré si es necesario. Ahora, suelta el arma y entrégate.

De espaldas a la pared, el sospechoso proyectaba una sombra patética, como una pequeña criatura atrapada en el punto de mira de una bestia mucho mayor. Ella vio cómo Mia se acercaba lentamente a él.

Pero luego James agarró la cuchilla con ambas manos.

Y la volvió contra sí mismo.

—¡No! —gritó Ella.

* * *

Ella, Mia y el comisario Brooks estaban fuera de la sala de interrogatorios en la que estaba encerrado James Newark. En tan solo unos días, habían pasado de ser unas intrusas inoportunas a

convertirse en héroes entre los agentes de la comisaría. Ya se había corrido la voz sobre el nuevo sospechoso, las pruebas ensangrentadas, los bisturíes, la extraña actuación. Parecía que el caso estaba prácticamente cerrado.

Lo único que faltaba era una confesión y Ella estaba muy segura de que iba a haber una.

—¿No ha dicho nada? —preguntó Brooks.

—Ni una palabra —dijo Mia—. Se ha mantenido en silencio desde que le pusimos las esposas.

—¿Cuál es el enfoque, entonces? —preguntó Brooks.

—Presentarle las pruebas y observar sus reacciones. Si no habla, es todo lo que podemos hacer.

—Bien. ¿Quieren que entre ahí?

—No, la agente Dark y yo lo haremos.

Ella respiró aliviada. No quería hacer otro interrogatorio sola.

—Vamos, novata. Sé firme con este tipo. Se cree una especie de genio, pero en realidad es una comadreja. Mira cómo reaccionó ante nosotros. Estuvo a un comentario de orinarse encima. Mantenlo centrado en la realidad y no consientas sus fantasías.

—Entendido.

—Y una última cosa, no menciones los órganos. Esa información no ha sido revelada al público. Los únicos que saben de ello somos nosotros y el asesino. Si podemos conseguir que los reconozca de alguna manera, será tan bueno como una confesión.

Ella se adelantó.

—Vamos. —Entraron en la sala de interrogatorios donde James Newark estaba sentado en la mesa de acero. Le habían quitado las esposas a petición de Mia. Una especie de juego de poder, supuso Ella.

—Hola, James —dijo Mia—. Soy la agente Ripley y esta es la agente Dark. No es un buen día para ti, ¿verdad, amigo?

James mantuvo la mirada fija en la mesa. Ella vio que la ansiedad se extendía por todo su cuerpo. Una buena señal, sin duda.

—James, sabemos quién eres. Sabemos todo sobre ti. Sabemos que te consideras un artista del *performance*, pero que has sido rechazado por todos en la comunidad. ¿Es eso correcto?

James negó con la cabeza.

—La gente considera tus cosas demasiado morbosas, demasiado extremas, ¿es así?

Se encogió de hombros.

—Una persona a la que no le gustó su trabajo fue Janet Wootton, ¿correcto? ¿La conoces?

James se quedó mirando hacia abajo, hacia el abismo.

—Estamos convencidas de que sí —añadió Mia—. Hemos visto correos electrónicos entre ustedes dos. ¿Y qué hay de Katherine Adams? ¿Su nombre te suena? Ella canceló algunos de tus espectáculos porque pensaba que eras pésimo.

James se retorció un poco. Ella sabía que Mia estaba subiendo la apuesta para obtener algún tipo de respuesta.

—¿No? Bueno, ¿qué hay de Jennifer Hoskins? Tu exnovia. —Mia metió la mano bajo la mesa y sacó una carpeta. Hurgó en ella, seleccionó una foto y la arrojó sobre la mesa. Se la acercó a James—. Ahí está. Colgada de un árbol. Quien le haya hecho eso a una chica tan bonita debe estar muy mal de la cabeza. ¿No crees, James?

Nada. James miró la fotografía y rápidamente desvió la mirada hacia un lado. No había remordimientos, pero tampoco una expresión de triunfo.

—¿Qué opinas, agente Dark? —preguntó Mia.

—Creo que tienes toda la razón. Creo que Jennifer siguió adelante, y a su exnovio involuntariamente soltero no le gustó. Creo que ella le rompió el corazón y él se desquitó como un niño.

No hubo respuesta. James golpeó con los dedos sobre la mesa, pero no mostró ningún signo de preocupación. Ella pudo percibir la frustración por parte de Mia.

—O, tal vez ella lo dejó por un hombre de verdad. Un verdadero artista.

Finalmente, James levantó la vista y estableció contacto visual. La frustración se le reflejó en el rostro. Una capa roja. Pero aun así permaneció en silencio.

—Mira, James, hemos estado en tu casa. Encontramos la ropa ensangrentada en tu bañera. Encontramos los bisturís. Vimos tu pequeña y extraña actuación de hace un rato —dijo Mia—. Estabas representando esas escenas de asesinato, ¿no es así? Una especie de gesto artístico.

James sonrió. Era una mirada de presunción. Ella quería quitársela de un puñetazo.

—Bueno, odio decírtelo pero hay un dicho en el mundo del espectáculo. La gente solo recuerda el final. Todo el mundo recuerda a Ali de pie triunfante sobre Frazier, pero no recuerdan a Ali pasando diez asaltos de espaldas. Nadie va a recordar tu pequeño espectáculo de esta noche. Todo lo que van a recordar es que fuiste arrestado por la policía. ¿Qué te parece eso?

Era inútil. No iba a cooperar.

—Tenemos todo lo que necesitamos para acusarte —dijo Ella—. Todas las pruebas, todos tus correos electrónicos, algunas razones muy claras, incluso un intento de suicidio. Tu culpabilidad es obvia. Te enfrentas a cadena perpetua sin libertad condicional.

—Un chico joven como tú... —dijo Mia—. Te comerán vivo en la cárcel general. O, podrías cooperar con nosotros y puedo negociar para conseguirte una prisión más agradable, una celda más grande, tal vez algo de privacidad. ¿Qué te parece?

James volvió a mirar hacia abajo. Sacudió la cabeza de nuevo.

—Oh, bueno —dijo Mia, tomando la foto y colocándola de nuevo en la carpeta—. Lo hemos intentado. Estarás bajo custodia hasta que se te acuse oficialmente de múltiples cargos de homicidio. No creo que tarde mucho. Una vez que los forenses hayan confirmado que las manchas de sangre pertenecen a las víctimas conocidas, todo habrá terminado. Cuando estés listo para hablar, y lo estarás, te estaremos esperando.

Mia se levantó y Ella la siguió. James ni siquiera levantó la mirada cuando salieron de la sala. Ella no estaba segura de si solo estaba asustado o si sabía exactamente lo que estaba haciendo. No parecía para nada un asesino, pero rara vez lo parecían. Mia cerró de golpe la puerta del interrogatorio y volvió con Brooks.

—Los silenciosos son siempre los peores —dijo Brooks.

—Ya lo creo. Pero por las pequeñas muestras de lenguaje corporal que pude obtener, él es responsable de estos asesinatos. Si no lo fuera, habría protestado. Quiere que pensemos que nos hemos pasado algo por alto. Está tratando de hacernos dudar, pero el hecho de que se haya quedado callado es otro clavo en su ataúd.

Ella sintió el subidón, el zumbido, la electricidad. Quería subir a lo alto del edificio y gritar que acababa de atrapar a su segundo asesino en serie en el plazo de unos meses. Quería llamar a las familias de las víctimas y darles la noticia de inmediato. Quería decirles que el asesino de sus seres queridos estaba sentado en una gélida sala de interrogatorios aguardando su traslado a una celda.

—Tenemos suficiente evidencia para acusarlo. Caso cerrado —dijo Mia. Le dio a Ella una palmada tan fuerte en la espalda que le reavivó la herida del día anterior. Sin embargo, no lo mencionó—. Tres días y hemos terminado. De esto se trata, novata.

—No puedo creerlo. Así, sin más, se acabó.

—No todos los asesinos en serie nos evaden durante años. Solo los buenos lo hacen. Este tipo claramente no es uno de ellos —dijo Mia—. Vamos, es hora de celebrar.

CAPÍTULO VEINTE

La novata había pedido que fueran a un restaurante en lugar de a un bar y Mia había accedido gustosamente. Ella fue quien resolvió el caso, así que era justo que eligiera cómo celebrarlo. A Mia se le antojaba un café irlandés para calmar los ánimos y sintió una punzada de frustración cuando no aparecía en el menú colocado en la vitrina. Tendría que conformarse con una cerveza en su lugar. Un pequeño sacrificio. El siguiente vuelo de vuelta a Washington D.C. salía a las ocho de la mañana del día siguiente, así que sería una comida abundante, unas cuantas copas y a la cama antes de medianoche. La policía de Seattle haría el seguimiento de James Newark, pero Mia estaba completamente convencida de que él era el responsable de esos asesinatos.

—Este lugar me transporta al pasado —dijo Mia mientras una camarera las conducía a una mesa. El Keymaster era un restaurante familiar escondido en las callejuelas de Seattle, lejos de los ciudadanos que abusan de sus cuentas de gastos. Muebles antiguos, cortinas en lugar de persianas. Un ambiente realmente hogareño—. La última vez que estuve aquí fue en 2010. Estaba trabajando en un caso de terrorismo. Aunque no terminó tan bien como este.

La camarera las llevó a un reservado cerca del fondo. Mia descubrió que los grupos de mujeres siempre obtenían los mejores asientos del local. Se dejó caer en el banco acolchado y se sacudió la tensión de las piernas. Se sentía bien sentarse sin tener que preocuparse por los asesinatos, los sospechosos o los informes de las autopsias. Pensó que los momentos como este eran raros, así

que era mejor disfrutarlos antes de que el siguiente caso apareciera y consumiera todos sus pensamientos.

—No trabajaste en casos de terrorismo muy a menudo, ¿verdad? —preguntó Ella desde el otro lado de la mesa. Ya estaba estudiando el menú. La pobre chica debía de estar hambrienta. Era de esperar, ya que desde que habían llegado allí se habían alimentado principalmente de comida de motel y sándwiches de supermercado. Mia a veces olvidaba que no todos compartían su falta de apetito.

—No, son los casos que más odio. Pedí que se me retirara de ellos ese mismo año.

—¿Por qué?

—Demasiado trabajo en equipo. Los casos de terrorismo implican redes enteras de personas. Consultores especializados, negociadores, tu departamento de Inteligencia. Mucho enlace con la CIA y los militares. No puedo estar metida en todo eso.

Ella cerró su menú y miró por la ventana junto a ellas. Se volvió hacia Mia.

—Prefieres trabajar sola, entonces.

—La mayoría de las veces. Es más fácil.

La camarera se acercó y tomó sus pedidos de bebidas. Mia optó por una cerveza con limón y lima y la novata pidió Coca-Cola. Mia no podía imaginarse tener la edad de Ella y elegir un refresco en lugar de un trago de fiesta. No le parecía bien. Quizá fuera un signo de la época. Los jóvenes se preocupaban más por la salud, tal vez. Eran menos propensos a ceder ante la presión social para satisfacer a los demás. Empezó a preguntarse por la vida de Ella fuera del trabajo, y ahora se daba cuenta de que no sabía mucho sobre cómo era. Mia tenía sus predicciones, pero siempre le parecía que la generación más joven tenía un pasatiempo extraño o un interés especial que ella jamás habría adivinado.

—Salud —dijo Mia y chocó el vaso de Ella.

—Por un caso bien resuelto —añadió Ella.

—Olvídate de eso por esta noche —dijo Mia—. De todos modos, hablaremos de ello durante las próximas semanas en Washington.

Basta de hablar de trabajo. Cuéntame algo sobre ti.

—¿Sobre mí? —Ella pareció sorprendida.

—Sí. Cuando Edis te llamó a su despacho el otro día llevabas un vestido elegante. ¿Estabas en una cita?

Ella dudó un poco. ¿Iría a mentir? No, Mia lo dudaba. No tenía motivos para mentir. A menos que se avergonzara de algo. ¿Era lesbiana? De nuevo, lo dudaba. Mia había pillado a Ella echándole un vistazo a algunos de los guapos caballeros que habían conocido en el camino.

—En realidad no. Salí con amigos, pero conocí a alguien.

—¿En serio? ¿Cómo era?

—Un poco flacucho. Hípster. Olía a vainilla y coco. Me gustó.

—Hmm. Siempre digo que si puedes oler la colonia de un hombre es que lleva demasiada. La única excepción es cuando está encima de ti. ¿Qué más? ¿Conseguiste su número?

Ella se rio.

—No precisamente. Recibí la llamada y salí corriendo como un perro asustado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Me asusté. Probablemente podría haber reunido el valor para pedírselo si no nos hubieran interrumpido. Pero el hecho de volver a entrar y pedírselo me pareció... no sé... un poco atrevido. Me despedí de él, pero no le pedí nada. Probablemente se puso a hablar con otra chica a los cinco minutos de que me fuera.

—¡No puedes pensar así! Podría haber sido el indicado.

—Tal vez. Supongo que me cuesta abrirme a la gente, ¿sabes? Como que siempre me queda la duda de si soy lo suficientemente buena para ellos. O si solo me están usando para algo. O si se ríen de mí. No lo sé. Es difícil de describir.

La camarera depositó dos bebidas en la mesa. Mia se tomó un tercio de la suya inmediatamente. No era un café irlandés, pero cumplía su función igual de bien.

—Lo entiendo. Creo que todos lo sentimos a veces. Bueno, al menos la gente inteligente. La gente estúpida está llena de

confianza y la gente inteligente está llena de dudas.

—Bukowski —dijo Ella—. Él dijo eso.

—Sí, lo hizo. Cuando vuelvas a casa deberías buscar a este tipo. Te apuesto una cena de filete a que estará contento por tu llamada.

Ella se quedó callada un momento y volvió a atarse el pelo en una coleta más apretada.

—Quizás, si puedo encontrarlo. Por cierto, ¿quién es Alfie? —preguntó.

La pregunta tomó a Mia por sorpresa. ¿Cómo lo sabía Ella? ¿Lo había mencionado? Pensó en sus conversaciones anteriores y entonces se dio cuenta.

—Oh, mi contraseña —dijo Mia.

Ella asintió.

—Alfie fue mi primer marido. El padre de mis hijos. Falleció en el noventa y cinco. Te estás preguntando por qué todavía uso su nombre como mi contraseña, ¿no?

—No. Lo entiendo perfectamente. Era importante para ti.

—Me lo arrebataron en nuestro mejor momento. Por eso sigo pensando en él. No es que las cosas en la relación se hayan estropeado o algo así. Después de eso, no quise volver a conocer a un hombre, a pesar de todas las oportunidades que tuve.

¿Debería contarle esto a Ella? ¿Era demasiada información? No, seguramente, era bueno para ella. La novata podría conocer la historia de los asesinos en serie, pero parecía no tener experiencia en los ámbitos personales, especialmente en los asuntos del corazón. Si eran compañeras, y Mia esperaba que volvieran a serlo, sería bueno compartir algunos de esos consejos mundanos que había acumulado a lo largo de sus cincuenta y cinco años. Además, en esta profesión era necesario tener la mente fría para sobrevivir. Había que saber cómo funcionaba el mundo y cómo a veces no lo hacía.

—No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser —dijo Ella.

—¿Están listas para pedir? —interrumpió una voz suave. La camarera apareció junto a ellas con una libreta en la mano. Mia hizo

un gesto para que Ella fuera la primera. Esta era su noche. Se lo había ganado.

La novata optó por pollo y ensalada. En otra época, Mia podría haber hecho lo mismo, haber optado por lo sano, aunque aquellos días ya habían pasado. Se preguntó en qué momento la novata sucumbiría a las duras realidades de este trabajo. Viajes interminables, estrés inigualable, las vidas de otras personas constantemente en tus manos. Aunque no pudiera enseñarle a Ella sobre la logística de las relaciones, sentía la responsabilidad de asegurarse de que la novata no acabara tan mal como la vieja y ojerosa veterana que tenía enfrente. De repente, la jubilación, ese viejo plan de fuga que se asomaba cada vez que un caso llegaba a su fin, le parecía algo muy lejano. Por primera vez en mucho tiempo, Mia sintió que había una razón para seguir adelante. Algunos decían que el propósito de la vida era plantar árboles en cuya sombra nunca te sentabas, y eso era algo que siempre había discutido. Hasta ahora.

CAPÍTULO VEINTIUNO

La joven estaba arqueada sobre el lavabo, vomitando y escupiendo flemas. Se miró en el espejo roto, rajado por la mitad por la fuerza de su puño. Las lágrimas le manchaban la cara, corriendo la sombra de ojos y transformándola en un payaso llorón. Se dejó caer en el suelo del baño, el único espacio de su apartamento que no estaba decorado por los escombros que ella misma había creado. Agarró la bufanda de James con la mano e inhaló su olor a humedad, manchando sin querer la prenda con los nudillos ensangrentados.

Así no era como se suponía que iba a terminar. Se suponía que iba a haber mucho más. Pero ahora todo había terminado.

Había estado allí cuando las agentes irrumpieron en la actuación de James. Había visto todo con el corazón en la boca. ¿Cómo pudieron saber que era él, y peor aún, cómo pudieron interrumpir un espectáculo tan conmovedor? Esas zorras, ¿cómo se atrevían a hacer lo que hacían? Eran sirvientas corporativas despistadas que estarían mejor a dos metros bajo tierra. Como todos los demás, no podían apreciar lo que James estaba haciendo. Estaba limpiando las calles, eliminando los parásitos, creando un mundo más hermoso con su visión.

Ya casi era medianoche, el mundo exterior se sentía silencioso, como si no quedara nada para ella. Su amor se había ido y todo lo que quedaba era dolor y angustia. ¿Sería así de aquí en adelante? ¿Se sentiría así el resto del tiempo? ¿Dolor y angustia hasta que la quietud de la muerte pusiera fin a todo?

Se arrastró por el suelo hasta su dormitorio y trepó hasta la cama. Un maniquí yacía a su lado, vestido con la ropa que James había dejado allí cuando pasaba la noche. Era su sustituto cuando no podía verlo.

¿Y ahora qué? ¿Qué podía hacer? Ella era la única que podía ayudarlo ahora. Los pensamientos la abrumaban hasta el punto de provocarle una migraña que le rompía el cráneo, conjurando una nueva idea tras otra, pero desechándolas cuando se daba cuenta de lo descabelladas que parecían. ¿Tal vez pondrían una fianza para James y ella podría ser la que lo liberara? Entonces podrían escapar a la zona rural de Iowa y nadie volvería a encontrarlos. Ella podría asumir una nueva identidad, trabajar en las calles para mantener a su hombre. James podría hacerse una cirugía reconstructiva para que nadie lo reconociera. Serían forajidos. Artistas marginales en todos los sentidos.

Pero ¿y si ya había confesado? Esas serpientes tenían maneras para perturbar a los sospechosos. James le prometió que nunca le diría la verdad a nadie, pero ¿y si lo torturaban? Sometido a submarino, azotado, jalado por caballos. Cualquier cosa para obtener la respuesta que querían. Tal vez James había disfrutado confesando todo. Puede que incluso les haya mencionado su nombre. Vio la expresión que tenía en el rostro cuando la perra le apuntó con la pistola. Tenía un lado débil, a pesar de lo mucho que ella intentaba ayudarlo a deshacerse de él.

Acercó el maniquí y apoyó su frente en la de él.

—¿Qué diablos hago ahora? —gritó—. Tienes que decírmelo. —Cerró los ojos y dejó que el cansancio se instalara, derivando en algo entre la conciencia y la alucinación.

Entonces se formó una idea.

James estaba encerrado.

El FBI creía que tenía a su culpable.

Pero ¿y si no lo tenían?

* * *

Al acercarse la una de la madrugada, encontró las calles desiertas. Esperó en la entrada del parque, justo detrás de la verja de entrada. Pasaban pocos coches, y cada vez que lo hacían ella se ponía la capucha y se refugiaba en las sombras.

Le temblaban las manos por el nerviosismo. ¿Realmente podría hacer esto? ¿Tenía las habilidades, el valor? Las otras veces habían sido situaciones complicadas y la suerte siempre había estado de su lado. Había muchas cosas que podían salir mal, pero si quería volver a ver a James, al menos fuera de la cárcel, tenía que hacerlo.

¿Dónde diablos estaba este tipo? La puntualidad nunca fue su punto fuerte. En la única cita que habían tenido, también había llegado treinta minutos tarde. Si lo recordaba bien, él le dijo que ella era escalofriante y rara, y que no estaba interesado en ella. Sin embargo, no dudó en volver a venderle drogas.

Entonces vio una silueta en la distancia. Se acercaba, pero en lugar de mirarla fijamente, esperó por si acaso.

Finalmente, sus pasos llegaron al alcance del oído.

—¿Becca? —preguntó la voz. Era él. Ella se dio la vuelta y se bajó la capucha. No se acercó más a él, sugiriéndole que se adentrara en las puertas del parque, lejos de miradas indiscretas.

—Stephen, muchas gracias —dijo ella, añadiendo un poco de emoción insincera a su voz—. Gracias a Dios que estabas disponible.

—No te preocupes. Tú... eh... ¿vives por aquí ahora?

Seguía siendo muy atractivo, con su pelo corto rizado y sus pómulos marcados. Recordó de repente la frecuencia con la que pensaba en él, pronunciando su nombre cada noche cuando estaba sola bajo las sábanas. El tiempo había aplastado ese enamoramiento, pero ella recordaba los sentimientos con gran claridad.

—Bastante cerca. ¿Y tú?

—En el mismo lugar. A un par de calles de distancia. Entonces, ¿has vuelto a la golosina para la nariz?

Ella ya sabía dónde él vivía. Por eso se desplazó hasta aquí; porque sabía que él iría a pie y dejaría el coche en casa.

—Nunca dejé de hacerlo. Solo empecé a usar a otra persona desde que me dejaste.

Los recuerdos de Stephen se disolvieron para convertirse en rabia. Ahora había encontrado a alguien mejor, pero aun así, había sentimientos no superados. Esos sentimientos se resolverían en los próximos minutos, pensó.

—Bueno, eso ya es cosa del pasado. Entonces, son sesenta dólares por gramo. ¿Cuánto quieres?

Estaba ansioso por hacer que las cosas avanzaran. Parecía que quería llegar e irse. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que se habían visto y ni siquiera pudo tener la cortesía de una pequeña charla. Típico de Stephen.

—¿Podemos entrar en el parque? —preguntó—. Me preocupa que nos estén observando. ¿Podemos hacer que parezca que solo somos amigos reuniéndose?

—¿En un parque en medio de la noche? —preguntó—. Bec, es bastante obvio lo que estamos... —se interrumpió—. Oh, espera un minuto. ¿Esto es un truco?

—¿Qué?

—¿Quieres tener sexo? ¿Todo esto es solo una forma de estar conmigo a solas?

«Más o menos», pensó.

—No, en absoluto. Ahora tengo un nuevo novio. De hecho, esta cocaína es para él.

La cara de Stephen se frunció.

—Pero acabas de decir que nunca dejaste de consumir, ¿no?

«Diablos, estoy mintiendo y él lo sabe». Comenzó a sentir pánico. A pesar de la brisa fresca, el sudor le invadió la frente. Sintió que se le enrojecía la cara.

—Sí, pero tengo un poco en casa. Mi novio quiere su propia reserva.

—¿Pero no podrías darle algo de lo tuyo?

—No, no es así, es...

—Lo siento Bec, no confío en ti. Tenía razón sobre ti. Me voy de aquí. Gracias por hacerme perder el tiempo.

Se sentía acorralada. Esta era su oportunidad, y se estaba escapando. Si no hacía algo, James estaría entre rejas para siempre. Stephen salió de la entrada del parque y se dirigió hacia la calle principal. Era ahora o nunca.

Agarró la empuñadura de la navaja que llevaba en el bolsillo trasero y dio cinco enormes pasos hacia Stephen. Rápidamente miró en ambas direcciones y no vio señales de vida, ni coches, ni corredores de medianoche. Stephen se dio la vuelta justo cuando estaba a su alcance.

El impulso la despegó completamente del suelo mientras apuntaba la navaja al cuello de Stephen.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Eran las seis de la mañana y, a pesar de haber dormido varias horas, Ella seguía sintiéndose agotada. Miró por la ventana del hotel y observó la ciudad para intentar despertarse un poco. El horizonte de Seattle presentaba un gris dominante que apagaba la vitalidad del comienzo de la primavera. A esta altura, normalmente había un indicio de sol en estas primeras horas, pero hoy no había nada de eso.

En momentos así, Ella agradecía haber empacado poco. Metió su ropa en la bolsa y ordenó la cama del hotel para prepararse para salir. Su casa estaba a un corto viaje en avión de distancia y estaba deseando compartir sus hallazgos con los superiores del FBI. Una parte de ella quería volver a visitar a las familias y contarles las buenas noticias, pero eso ya estaba en manos del equipo del comisario. El hecho de que se sintiera feliz de dejar el protagonismo a los demás le reforzaba que estaba haciendo este trabajo por las razones correctas, no por la fama ni los elogios.

Mia le dijo a Ella que llamaría a su puerta a las seis en punto y que nunca llegaba tarde. El reloj marcaba las 6:05 y no se veía ni se oía su presencia en el pasillo. Tal vez era humana después de todo, Ella se rio. Aprovechó el momento para reflexionar sobre los últimos días. Tres cadáveres, dos altercados y más sospechosos de los que podía recordar. Algunos errores en el camino, pero como dijo Mia, la gente solo recuerda el final. Lo único que importaba era que había un sospechoso en una celda a pocos kilómetros de distancia y que las pruebas para condenarlo a cadena perpetua eran sólidas.

¿Se convertiría en un conocido asesino en serie o se esfumaría en la oscuridad? Si Ella tuviera que adivinar, diría que sería lo segundo. Los medios de comunicación se harían eco de la noticia durante unos meses, probablemente adornando los detalles hasta el ridículo. Luego desaparecería de la mirada pública, recluido en una celda y abandonado a su suerte. Su nombre aparecería en documentales de madrugada, en podcasts de poca monta y en algún que otro artículo de prensa en el aniversario de los asesinatos. Aparte de eso, el nombre de James Newark se pronunciaría por última vez en los próximos cincuenta años. No sería colocado junto a los Bundys y los Dahmers del mundo. Le faltaba esa chispa, esa vanguardia. Newark era un pequeño cobarde alimentado por los celos y la rabia, un tirador escolar en el cuerpo de un asesino en serie.

Un golpe en la puerta la sobresaltó, aunque lo esperaba. ¿Por qué Mia era tan brusca todo el tiempo?

Ella se echó el bolso al hombro y abrió la puerta. La cara de Mia era diferente. No veía sus maletas por ninguna parte.

Una pequeña luz se encendió en la mente de Ella. Nunca había visto a Mia tan abatida, tan llena de decepción.

Sabía lo que Mia iba a decir antes de decirlo. Le vino a la mente el término «kuuki wo yomu». El arte de leer la situación sin necesidad de palabras.

—Lo siento, Dark. Tenemos que quedarnos aquí un poco más.

La frustración casi la hizo llorar.

* * *

Mia aparcó el coche a unos cincuenta metros de la entrada del parque. Recorrieron el resto del camino a pie. El cielo nublado descendía sobre ellas. Eran las 6:30 de la mañana.

—Lo teníamos tan claro —dijo Ella—. Todo coincidía. ¿Cómo es posible?

—Relájate, Dark —dijo Mia—. Todavía no sabemos nada. Newark podría haber matado a este tipo antes de que lo atrapáramos. ¿Un área aislada como esta? Fácilmente podría haber sido ignorado por todo el mundo.

Ella rezaba para que las suposiciones de Mia fueran acertadas, y si pensaba con lógica, era la única conclusión posible. Pero existía una incertidumbre persistente, una semilla de duda que parecía ser una constante en el fondo de su mente.

El comisario Brooks estaba en las puertas del parque. Chaqueta negra de bombardero, manos en los bolsillos. Parecía no haber dormido desde el día anterior. Saludó con la cabeza a las agentes.

—Siento hacer que se queden en Seattle. —Dirigió el comentario a Ella.

—Es entendible. ¿Qué tenemos? —preguntó Mia. Brooks levantó la cinta amarilla que obstruía la escena y se agachó por debajo. Las agentes le siguieron. Apareció un largo camino con hileras de árboles a ambos lados. La vegetación a ambos lados se extendía a unos quince metros de profundidad, y los grupos de árboles se hacían más densos cuanto más se adentraban. Dos técnicos enmascarados estaban al pie del árbol más cercano al camino.

Entonces vio el cuerpo. Colgado como los otros, pero no exactamente igual. Había algo raro en él. Eran los restos de un hombre joven, colgado de la rama más baja por el cuello. Estaba completamente vestido, aunque la sangre decoraba su chaqueta marrón y su camiseta blanca. Todos los demás habían sido encontrados desnudos y atados a los árboles de diferentes maneras.

Habían detenido a James Newark la tarde anterior, alrededor de las seis de la tarde, y aunque hubiera cometido este asesinato una hora antes de ser detenido, eso significaba que este cadáver habría estado colgado aquí durante doce horas. No había manera de que ese fuera el caso. Lo más probable era que este cuerpo había sido colocado aquí en las últimas horas, mientras su sospechoso número uno estaba atrapado en una celda.

—Unos chicos encontraron esto aquí anoche a eso de las dos de la mañana. Los forenses ya han tomado las muestras preliminares, pero no han encontrado nada que no podamos ver en la superficie.

—Hombre, treinta años, garganta cortada. ¿Sabemos su nombre?

—Stephen Treen —dijo Brooks—. Un tipo local. Uno de los chicos que lo encontró lo reconoció. Dijo que era un traficante local. Lo comprobamos ya que encontramos algo de cocaína en su bolsillo. Uno de los oficiales de la comisaría confirmó su identidad.

—¿Estaba en la comunidad de artistas? —preguntó Mia al comisario.

—No, no lo parece. Tengo a algunos agentes investigando en la comisaría, pero por lo que hemos encontrado, no tiene vínculos con el mundo del arte. Es un técnico informático, vive con su hermana a cinco minutos de aquí.

Mia se colocó debajo de la víctima y observó su entorno. Ella se encargó de decir lo obvio.

—¿Estamos seguros de que no fue un suicidio? —preguntó—. Está colgado por el cuello. Todas las demás estaban atadas por las muñecas y la cintura.

—Estoy pensando lo mismo —respondió Mia. Ambas se volvieron hacia Brooks.

—Me temo que no. ¿Ven la sangre en su ropa?

—¿Tal vez fracasó al apuñalarse, así que recurrió al ahorcamiento?

Brooks negó con la cabeza. Le hizo un gesto a uno de los agentes forenses que estaban cerca.

—Muéstrales a las agentes, por favor —dijo Brooks. El funcionario se acercó al árbol y se subió a la escalera que se había colocado contra el tronco. Levantó la camisa de la víctima con las manos enguantadas.

—Extracción de órganos —dijo Mia.

—No del todo. Cortó alrededor del corazón pero no se lo llevó. Tal vez no pudo.

—Fue interrumpido —dijo Mia—. Es imposible que un asesino metódico como este no haya completado su trabajo. Algo le impidió terminarlo.

—¿Crees que tenemos al tipo equivocado? —preguntó Brooks.

Mia se detuvo y miró a la nueva víctima. Suspiró con fuerza.

—Realmente no lo sé.

Esas palabras eran difíciles de escuchar. Cuando la mejor experta en perfiles del FBI no sabía qué pensar, ¿qué posibilidades tenía Ella?

—Ripley, ¿no es bueno el hecho de que esto no sea tan refinado como los otros asesinatos?

Mia se volvió lentamente hacia ella.

—¿Por qué?

—Sugiere que no es el mismo autor. Todo es diferente. Es una víctima masculina. Está completamente vestido. No está en la comunidad artística. La presentación no es la adecuada. No hay extracción de órganos, a pesar del intento. ¿Podría ser que alguien haya oído hablar de estos asesinatos en la prensa y haya decidido copiarlos?

—No y ese es un camino peligroso de tomar —espetó Mia—. Si asumimos que no es el mismo sudes, eso podría acabar perjudicándonos. Podríamos pasar por alto pruebas circunstanciales esenciales. Nuestro perfil podría estar completamente equivocado. Las circunstancias son demasiado similares como para ignorarlas. Ahora mismo, tenemos que asumir que es el mismo responsable de los cuatro asesinatos.

Ella tenía preguntas, pero no quería presionar. Era mejor no hablar del tema de los imitadores, a pesar de ser una posibilidad en la mente de Ella.

—¿Es posible que un criminal cambie su *modus operandi* tan drásticamente?

—No hay cambio en el *modus operandi*, al menos por lo que puedo ver. Cortó el cuello para someter a la víctima, la arrastró hasta el árbol y la colgó. En mi libro, eso es bastante idéntico a los otros,

¿no? La victimología es diferente, pero como dije el otro día, este sudes no tiene un tipo. Su objetivo son los individuos en sí mismos. En algún momento, este caballero Stephen ha perjudicado a nuestro asesino.

Ella no estaba de acuerdo, pero no tenía motivos para decirlo. Tenía teorías, pero no tenía pruebas para demostrarlo.

—¿Y la ropa ensangrentada encontrada en la casa de James Newark? ¿Los bisturíes? ¿Las conexiones con todas las víctimas? —preguntó Brooks. Ella agradeció que lo hiciera. Se daba cuenta de que Mia estaba demasiado frustrada con este nuevo acontecimiento y no quería arriesgarse a irritarla.

—Esto no significa que James esté libre de culpa, ni mucho menos. Pero hay algo más en todo esto. Algo que tenemos que averiguar. Comisario, sigue buscando información sobre esta nueva víctima. Llénenlo a la oficina del forense y comprueben si hay algo que se nos haya pasado por alto. Dijiste que este tipo tiene una hermana, ¿cierto?

Brooks asintió.

—Ya le hemos contado la situación. Está conmocionada, como es de esperar.

—Vamos, Dark, vamos a hacerle una visita.

Debería estar en una sala de embarque ahora mismo, pensó Ella. De camino a Washington para volver a casa y descansar un poco. Pero ahora había otro cadáver, otros miembros de la familia traumatizados. De repente, su casa se sentía más lejos que nunca.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

A Ella no le pareció que el edificio de apartamentos de West Garden fuera gran cosa, y menos aún estar en él. La pintura azul deteriorada adornaba el exterior del edificio de tres plantas, mientras que un fuerte olor a suciedad perfumaba los toscos pasillos. La puerta principal estaba abierta, así que entraron directamente. El apartamento de Stephen estaba en el piso intermedio. Las agentes subieron las escaleras.

—¿Por qué el corazón de nuevo? —preguntó Ella.

—No se llevó el corazón —dijo Mia—. Hasta donde sabemos, podrían ser heridas de puñaladas frenéticas. O podría haber tomado un órgano diferente y las heridas en el pecho podrían ser un engaño para desviar la atención de la verdadera extracción. Tenemos que esperar el informe del forense.

Ella se esforzó por atar cabos. Había tomado el corazón de la segunda víctima porque era su amante, pero esta nueva víctima era un hombre. ¿Su teoría sobre los órganos era completamente incorrecta? ¿No eran en absoluto algo significativo?

Llegaron al apartamento que buscaban. Mia llamó a la puerta. La puerta tardó unos segundos en abrirse. Ante ellas había una chica joven, de unos veinticinco años, con el maquillaje corrido y una bata.

—¿Qué? —dijo ella.

—Señorita Abigail Treen, soy la agente Ripley y esta es la agente Dark. Somos del FBI. ¿Le molestaría si hablamos con usted un par de minutos?

Abigail las miró como si estuvieran hablando otro idioma.

—Sí, me molesta. Mi hermano murió hace unas horas y ustedes están aquí llamando a mi puerta.

—Lo entendemos, pero creemos que su hermano fue atacado a propósito por quienquiera que hizo esto. Con su ayuda, podemos descubrir al responsable. Le aseguramos que solo serán unos minutos.

Abigail se dio la vuelta y observó su apartamento, todavía con la puerta abierta unos pocos centímetros.

—Ahora no es un buen momento.

—Señorita Treen, sabemos que Stephen tenía un negocio de drogas y no es por eso que estamos aquí. No nos importa si usted está durmiendo en una cama de cocaína. Solo queremos hablar de su hermano.

Abigail se frotó los ojos, dejándose una mancha de maquillaje en los dedos.

—Miren, yo no sé nada, ¿de acuerdo? Stephen y yo éramos compañeros de apartamento más que hermanos. Vivíamos vidas separadas.

Ella supuso que harían la entrevista desde la puerta. Le resultaba interesante cómo la gente reaccionaba de forma tan diferente ante el dolor. Algunos estaban contentos de revelar todo a las autoridades, otros no querían decir nada.

—¿Sabe de alguien que podría querer hacerle daño a Stephen?
—preguntó Ella.

Abigail desplazó su peso hacia el marco de la puerta.

—Absolutamente nadie. Stephen es un santo. Trafica un poco de drogas de vez en cuando, pero se mantiene alejado de los problemas. No se relaciona con la gente equivocada.

—Lo creemos —dijo Mia.

—¿Stephen tiene alguna relación con el mundo del arte?
—preguntó Ella—. ¿O en la pintura o en el arte de la *performance*?

Abigail negó con la cabeza.

—No. Ese no es su estilo en absoluto. Trabaja con computadoras. Es una persona de tipo lógico. Stephen no tiene ningún interés en el arte.

—¿Tiene alguna idea de a dónde se dirigía Stephen anoche?
—preguntó Mia.

Abigail negó con la cabeza y se llevó las yemas de los dedos a los ojos.

—Escuchen, no puedo hacer esto. Déjenme en paz. —Se dio la vuelta, dejando a las agentes mirando una puerta azul marino.

—¿Deberíamos seguir? —preguntó Ella.

—No, déjala. No nos sirve de nada en ese estado —dijo Mia e hizo un gesto para que se fueran. Comenzaron a caminar de nuevo hacia la escalera.

A Ella no le convenció Abigail. ¿Un traficante sin enemigos? ¿Una víctima sin vínculos con las demás? Parecía demasiado desconectado, demasiado intencional. Como si el asesinato hubiera pretendido ser diferente para despistarles. El volantazo, como diría Mia.

Detrás de ellas hubo un clic. Un pestillo que se abría.

—Esperen —dijo una voz. Se dieron la vuelta para ver a Abigail asomada a la puerta, recelosa de traspasar el umbral—. Hay una cosa.

—¿Sí? —dijo Mia, volviendo a caminar hacia la joven. Ella la siguió.

Abigail extendió un teléfono móvil.

—Este es de Stephen. Lo dejó aquí anoche.

—¿No es propio de él hacerlo?

—No, pero significa que estaba en una entrega de drogas. Nunca se lleva el teléfono cuando queda con alguien por si se mete en problemas. Ya le han tendido una emboscada y le han robado sus cosas, así que no lleva nada consigo.

—Gracias —dijo Mia—. Podemos hacer que lo revisen y ver con quién tuvo el último contacto. Supongo que ha intentado buscar usted misma pero no conoce su código de acceso.

Abigail asintió. Mia recibió el teléfono de ella.

—Van a atrapar a quien hizo esto, ¿verdad?

Ella se dio cuenta de que casi todos los miembros de la familia hacían esta pregunta, pero Mia nunca la respondía directamente. No quería hacer promesas que no siempre podría cumplir.

—Haremos todo lo posible.

Y ahí estaba. Vago y desalentador. Lo último que alguien quería oír. Ella vio que Abigail estaba conteniendo las lágrimas. No quería dejar a Abigail así. Quería acercarse y consolarla, decirle que algún día todo mejoraría. Recordaba el dolor de la pérdida de su padre, cuando apenas tenía una edad que le permitía ver la hora. Aquí había una adulta que estaba pasando por el mismo trauma infernal que las circunstancias le habían causado a ella. Esta pobre chica se quedó sola. Ella anotó en su mente que enviaría un mensaje más tarde para comprobar si estaba bien. Dentro de unos días, tal vez volvería ella misma, o le enviaría unas flores. Algo que le hiciera saber que no estaba sola.

—Nos comunicaremos con usted para saber cómo está, Srta. Treen —dijo Ella—. Para asegurarnos de que está bien.

Abigail emitió un sonido entre dientes y cerró la puerta, dejando a las agentes en el húmedo pasillo. Ella suspiró, pero no quiso presionarla más. Dejó que lidiara con el dolor a su manera, y luego le ofrecería sus condolencias.

Las agentes volvieron a las escaleras y bajaron.

—Entonces, ¿Stephen fue atraído al parque bajo el pretexto de vender drogas y luego fue emboscado? —preguntó Ella.

—Es imposible saberlo ahora. Podría haber sido secuestrado durante el trayecto. ¿Un asesino tan organizado contactando con una víctima potencial para concertar un encuentro? No me parece. Ha sido muy bueno cubriendo sus huellas hasta ahora.

—Pero sus habilidades tecnológicas han sido inferiores. Ya ha dejado rastros de correos electrónicos con dos víctimas.

—Es cierto, pero de nuevo, no podemos asumir nada. Tenemos que hacer revisar este teléfono y ver con quién se ha estado

comunicando.

Había un pequeño atisbo de esperanza de que el teléfono pudiera proporcionar una nueva pista, pero a pesar del optimismo desmedido de Ella, creía que no habría nada en el teléfono que valiera la pena. ¿Acaso el responsable de todo esto era un cómplice? Tal vez James Newark había organizado todo esto antes de ser detenido. ¿Quizás alguien había estado ayudándole todo el tiempo y ahora estaba tomando el asunto en sus propias manos?

No, eso era rebuscado. El tipo de teoría sin fundamento que Mia habría criticado. Además, esta víctima ha sido más descuidada que las tres primeras. Desordenada, de aficionado. Si fuera obra de un cómplice, se habrían asegurado de que el asesinato siguiera el mismo patrón que los otros.

La temida palabra imitador también dio vueltas en su mente. ¿Pero un imitador tan pronto? Incluso teniendo en cuenta el primer asesinato, había ocurrido hacía menos de dos semanas. La posibilidad de que alguien imitara un crimen tan pronto parecía completamente inverosímil.

Y luego estaba James. Una pila de pruebas contra él. Un ajuste perfecto al perfil. Incluso con este nuevo vuelco en el caso, ¿podrían seguir imputándole los tres primeros asesinatos? Sería una victoria, aunque pequeña.

Pero siempre quedaría esa duda en el fondo de su mente. Algo que quedaba inconcluso. Una picazón que nunca podría rascar. Llegaron a su coche.

—Hablando de teléfonos, el equipo técnico está trabajando en el teléfono de James ahora mismo. Ve a ver qué han encontrado.

—De acuerdo —dijo Ella—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a hablar con James en la celda de detención. Hay algo que quiero conversar con él.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El oficial uniformado hizo entrar a Mia Ripley en las celdas de detención anexas a la comisaría de policía de Seattle. Al parecer, esta era una de las zonas de la comisaría que aún no se había modernizado. Las celdas eran las antiguas jaulas de ocho por seis con barrotes metálicos en lugar de paredes completas. Las tres primeras estaban vacías. En la cuarta, encontró a James Newark acurrucado en su colchón.

—¿Disfrutaste tu primera noche en cautiverio? —preguntó Mia. Los interrogatorios del día siguiente siempre iban por uno de dos caminos. O bien el sospechoso se daba por enterado de que iba a ser encarcelado y confesaba todo, o bien la incómoda noche de sueño le hacía estar aún menos dispuesto a cooperar.

James se despertó de su adormecimiento y se sentó. Al ver a Mia, se dejó caer de nuevo sin decir una palabra. A Mia le pareció que continuaba con el camino del silencio.

—¿Quieres las buenas o las malas noticias? —preguntó ella.

Esto llamó la atención de James ligeramente, pero no tanto como ella esperaba. En realidad, había considerado la idea de no informar a James y no revelarle las novedades. Sin embargo, era una oportunidad para medir su reacción. Si James pensaba que el FBI podría estar buscando a otra persona por esos asesinatos, podría conseguir que se abriera un poco más. Podría darle una razón para hablar. En su mente, la libertad volvería a ser una posibilidad. La esperanza era el catalizador de una confesión, eso creía ella.

James se sentó y se acomodó en el borde de la cama. Juntó las manos y miró al suelo.

—Ha habido una cuarta víctima. Acuchillada y colgada en un árbol, igual que las otras.

Entonces su reacción cambió. Una breve mirada de confusión se extendió por su rostro. Mia lo percibió, aunque solo fuera durante uno o dos milisegundos. James debió de darse cuenta y dejó de hacerlo. Estaba jugando a un juego. Mia estaba segura de ello.

James se encogió de hombros.

—Entonces, eso significa una de dos cosas —continuó Mia—. O no eres responsable de estos asesinatos o hay alguien que te está ayudando. ¿Te molestaría decirme cuál de las dos cosas es?

James negó con la cabeza. «Maldita sea, le estoy dando la oportunidad de declarar su inocencia y no la aprovecha». La frustración le hizo querer golpear la mano contra los barrotes de metal. ¿Qué demonios le pasaba a este tipo?

—Si fuera una mujer de apuestas, diría que es lo segundo —dijo Mia—. Creo que tienes a alguien más colaborando contigo. Alguien como tú no podía hacer todo esto solo, así que tuviste que solicitar la ayuda de alguien más capaz que tú. ¿Estoy en lo cierto?

James se recostó contra la pared del fondo y se puso una sábana alrededor de los hombros. Miró la pequeña ventana que ahora dejaba entrar un rayo de luz.

—De cualquier manera, James, cualquier escenario es bueno para ti. Ayer, te enfrentabas a la cadena perpetua. Pero ahora, podrías enfrentarte a una sentencia reducida si testificas contra este cómplice tuyo. Veintiocho años, tal vez menos. ¿Qué te parece?

Era inútil. James no iba a decir una palabra. Tendrían que hacerlo sin su colaboración. Decidió intentar un último abordaje.

—O podemos hacer esto de la manera más difícil. Cuando encontremos a tu cómplice, y a juzgar por lo que hemos encontrado en tu teléfono, lo haremos, los pondremos a ambos entre rejas hasta el día de su muerte. ¿Eso suena más tentador?

Se le dibujó una sonrisa en el rostro. Mia la reconocía. Era la sonrisa de la manipulación. La sonrisa fingida. Intentaba hacerle creer que les faltaba una parte crucial del rompecabezas, pero en la mayoría de los casos, no era así. A menudo se trataba de un último esfuerzo para hacer que los investigadores siguieran el camino equivocado.

—Bien. Lo haremos a tu manera. ¿Conoces a alguien llamado Stephen Treen?

James la miró y entrecerró los ojos. Una vez más, parecía confundido. Mia leyó las microseñales. La curvatura bajo los ojos, los labios fruncidos, las fosas nasales abiertas, el ceño fruncido.

A Mia no le gustó lo que vio.

—¿Qué tal Abigail Treen? ¿Te resulta familiar?

La misma mirada, entremezclada con una expresión de indiferencia. Mia se había enfrentado a innumerables manipuladores a lo largo de su vida, e incluso los mejores siempre delataban algo. Esa era la belleza del lenguaje corporal. Apenas podía ser controlado por la mente consciente. Siempre había un atisbo de verdad escondido en medio de la actuación.

Pero no hubo nada de eso con James.

Mia golpeó los barrotes para indicar su salida. Volvió por donde había venido y dejó a James tal y como lo había encontrado. Frío, silencioso y poco dispuesto a compartir la más mínima información. Esperaba que el departamento técnico hubiera encontrado algo en su teléfono o en el de Stephen, porque si de algo estaba segura Mia era de que James Newark no tenía ni idea de quién era esta nueva víctima.

* * *

Ella estaba sentada en su despacho de la comisaría. Frente a ella había una computadora portátil y unas cien páginas de papel impreso. Fotografías, mensajes de texto, hilos de correo electrónico,

números de teléfono, nombres de contactos. Todo el contenido del teléfono de James Newark estaba frente a ella.

La puerta se abrió y entró la agente Ripley. Se dirigió directamente a su escritorio y se sentó. Se quitó las gafas, las dejó a un lado y se frotó los ojos con las yemas de los dedos. No era una buena señal.

—¿Todavía nada? —preguntó Ella. Esperaba que tal vez Mia tuviera algún tipo de mecanismo mágico; un truco mental que pudiera obligar a James Newark a cumplir. Eso era un deseo.

—Todavía nada —confirmó Mia—. Más silencioso que un cementerio. Le presenté las novedades y pareció desinteresado.

—¿Ni siquiera respondió?

—No. A juzgar por sus expresiones, no sabe nada de Stephen Treen. No conoce ni a la persona ni el hecho de que está muerto. Así que, como he dicho, deberíamos asumir que estamos tratando con un sudes completamente diferente.

No era lo que Ella quería oír, pero la verdad a veces era un trago amargo.

—Bueno, si fue un cómplice de James, entonces tenemos trabajo que hacer.

Mia se acercó y cogió algunas de las páginas que había en el escritorio de Ella.

—¿Todo esto es de su teléfono?

—Sí. Parece que nuestro sospechoso era un tipo popular.

Había fotos de James abrazado a cientos de otros artistas. Había fotos suyas en galerías, actuaciones y fiestas. Había selfis con amigos. Chicos y chicas de todas las edades y razas.

—¿Quién iba a pensar que una rata despreciable como él tendría amigos? —dijo Mia.

—Es un arma de doble filo. Por un lado, tenemos algunos aliados potenciales que revisar. Por otro lado, tenemos un montón de gente que investigar. —La idea de investigar y entrevistar a toda esa gente nueva la dejó sin aliento. Podrían tardar meses en investigarlos a todos. Podría estar atrapada en Seattle hasta el verano. ¿Y después?

¿Y si tenían que volver a Washington sin respuestas? ¿Con más preguntas que cuando llegaron?

—Haz que todos los oficiales que podamos revisen a esta gente —dijo Mia—. Marca todos los números de su lista de llamadas. Pasa estas fotos por el *software* de reconocimiento de imágenes. Comprueba cada mensaje de texto, cada correo electrónico.

—Lo estamos haciendo —dijo Ella—. Tenemos a cinco agentes revisándolos ahora mismo, pero apenas han avanzado en ellos. Han descubierto un puñado de nombres hasta ahora, pero muchos de ellos no tienen ninguna coincidencia en la base de datos de la policía.

La puerta se abrió de golpe y Brooks entró de un salto. Mia habló antes que él.

—Comisario, necesitamos todos los oficiales posibles para comprobar estos datos. Nuestro sospechoso podría tener un cómplice suelto y si lo tiene, su nombre va a estar en algún lugar de este teléfono. Tenemos que encontrarlo.

Brooks levantó las manos en señal de derrota. Parecía agotado.

—He prescindido de todos los oficiales que he podido. Sé que esto es una prioridad, pero también tenemos otros casos en curso. No puedo darles todo mi equipo.

—A este paso pasaremos el año nuevo aquí —dijo Mia.

—¿Qué quieren que haga? —preguntó Brooks—. Tendré más hombres disponibles esporádicamente, pero eso es lo mejor que puedo hacer. —Salió de la habitación y desapareció de la vista, probablemente para evitar las preguntas de Mia.

—Nos vamos a ahogar en todo esto, ¿no? —preguntó Ella.

—Tal vez podríamos conseguir que algunas personas en Washington colaboren —dijo Mia—. James podría haber tenido galerías por todo el país. O podría haber visitado las actuaciones de otras personas más allá de las fronteras estatales.

—Probablemente —dijo Ella.

—Así que puede que no tengamos suerte buscándolos en las bases de datos de Seattle porque están en otros estados.

Deberíamos pasar algunas de las imágenes al VICAP y ver lo que encuentran. Primero se detectará cualquier asociado suyo con antecedentes penales. Eso podría ser un buen comienzo.

Mia se detuvo bruscamente y miró su teléfono. Estaba vibrando con una llamada entrante. Ella vio el nombre «William Edis» parpadeando en su pantalla. Ella vio que el rostro de Mia cambiaba.

—Será un segundo —dijo Mia. Atendió la llamada en el pasillo exterior. Quizá Edis estaba chequeando cómo iba la investigación, pensó Ella. Tal vez estaba esperando una actualización. Fuera cual fuera la razón, Ella no podía concentrarse. ¿Qué era tan importante como para que Mia tuviera que hablar con el director del FBI sin ser escuchada? Estaban juntas en esto, ¿no?

Ella aprovechó el momento de soledad para revisar las fotos que tenía delante. Pensó en organizarlas de alguna manera, tal vez por altura, raza, sexo, color de pelo. ¿En qué ayudaría eso? ¿Valía la pena?

Decidió rápidamente que sería una pérdida de tiempo, y se centró en una persona a la vez. Tomó una foto de James junto a un hombre mayor delante de ella. No reconocía a nadie. Mientras le contemplaba el rostro, su mente empezó a divagar. Se encontró pensando no en James, ni en el desconocido de la fotografía, sino en Mia afuera. Justo cuando descartó ese pensamiento, sonó la puerta de la oficina.

Mia volvió, con una expresión de inquietud en el rostro. Ella no solía verle esa expresión. Incluso en sus momentos más desesperados, nunca había visto a Mia así.

Ella no pudo evitarlo. No era asunto suyo, pero necesitaba saberlo.

—¿De qué se trataba? —preguntó.

—Nada. No te preocupes por ello. Concéntrate en esto.

Ella asintió titubeante, percibiendo al instante que algo andaba mal.

—Pasaré algo de esto a algunos de los chicos de Washington para ver si pueden ayudar —dijo.

Mia estaba sentada mirando su teléfono. Revisó algo y lo tiró a la mesa con fuerza.

—Necesito un poco de aire fresco —continuó Ella. Recogió su teléfono de la mesa y se lo metió en el bolsillo.

¿Qué quería Edis? Tenía que saberlo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Ella se quedó parada en la calle principal junto al recinto, con el celular en la mano. Era agradable tomarse un minuto para sí misma y observar el vaivén de la vida, pero a pesar del agradecido intervalo, estaba empezando a odiar esta ciudad. Se sentó en un banco, el mismo en el que se había sentado junto a Dax, y pensó en lo equivocada que había estado al pensar que él era el culpable. Habían pasado tantas cosas desde su altercado con él que parecía que había sucedido hacía meses.

Revisó su correo electrónico para encontrar uno del director del FBI. A pesar de la fría brisa, las manos se le llenaron de sudor. Pasó el dedo por encima del número del director y se puso a temblar de nerviosismo.

¿Era estúpida al hacer esto? ¿Acaso era de su incumbencia? ¿Edis y Ripley podrían estar trabajando juntos en algo fuera de este caso? ¿Algo que no la involucrara a ella? No era descabellado pensar que el director del FBI y una agente de campo de élite necesitaran un contacto regular.

No, si algo estaba sucediendo, ella merecía saberlo. Si no lo sabía, se preocuparía constantemente por ello y afectaría a su rendimiento. ¿O podría preguntarle a Mia si era seguro llamarlo primero?

Mejor pedir perdón que permiso, pensó Ella. Además, cada vez que Ella pedía permiso para hacer algo, Mia solía negarse.

Ella pulsó sobre el número celular de su firma. Empezó a sonar.
—¿Hola? —dijo después de cuatro timbres.

—Hola, Sr. Edis. Soy Ella Dark.

—Sí. ¿Qué pasa? —Su habitual tono cálido estaba ausente.

—La agente Ripley acaba de hablar con usted y parece... no ser ella misma. Me preguntaba si no estaba todo bien.

—¿Bien? —dijo Edis—. No, señorita Dark. Las cosas no están bien.

Su voz comenzó a subir de tono. Se sintió como si hubiera sacudido una jaula de la que debería haberse mantenido alejada.

—¿Qué pasa? ¿Tiene algo que ver con este caso?

—Sí, así es —dijo Edis—. Me están crucificando aquí. La gente quiere respuestas. Los superiores, la prensa. Es un circo. ¿Y adivina quién se lleva la peor parte? Yo.

—Lo siento, señor. Encontramos un sospechoso muy viable pero...

—Lo sé, Dark —interrumpió—. Sé todo lo que ha ocurrido. Me preocupa más cómo la prensa se ha enterado de todo esto. Tienen un cuerpo que aún se está enfriando y los periódicos ya lo saben. ¿Sabes cómo nos hace ver esto? ¿El hecho de que hayamos atrapado a alguien y ahora tengamos que admitir que probablemente no sea el asesino?

A Ella siempre le pareció extraño que el FBI se preocupara tanto por las apariencias. ¿Qué importaba lo que pensara el público? Decidió que ahora no era el momento de cuestionarlo.

—Estamos haciendo todo lo que podemos, señor.

—Eso no significa nada. Ya he tenido que decirle a Ripley que si no hay pistas sólidas en las próximas dos semanas, las quiero de vuelta aquí en Washington mientras se calma el frenesí. Cuando eso ocurra, enviaré a otros agentes a echar un vistazo a las cosas.

—Pero qué pasa con el...

La línea se cortó. ¿Se había cortado la conexión?

No, Edis había colgado. No quería hablar con ella.

Parecía que Mia también había recibido una reprimenda del director, pero no quería decírselo a Ella. Tal vez estaba tratando de no herir sus sentimientos.

Ya había conocido el fracaso, pero este dolía más que cualquier otro. Se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Mia le había advertido de que los fracasos superaban con creces a los éxitos, pero hasta ahora no lo había creído. ¿Era así como se sentían la mayoría de los casos? ¿Tendría que soportar esta sensación cada vez que se aventurara a salir al campo? De ser así, no estaba segura de poder soportarlo.

El intenso tráfico acallaba todo. Lo permitió, utilizando el ruido blanco para tratar de aliviar el estrés que se avecinaba. Ahora mismo, quería desaparecer durante unos días. Quería dejar de ser ella misma, salir de su propia cabeza. Tal vez eso ayudaría a impulsar todo y sería capaz de avanzar en esta investigación.

Debería haberlo anticipado. ¿Atrapar a un asesino en serie en cuestión de días? Si la historia sirviera como referencia, no sería así. Claro que a veces los detectives tenían suerte y conseguían atrapar a un sospechoso de inmediato, pero en la mayoría de los casos se tardaba años en atrapar a los criminales. ¿Realmente pensaba que ella era especial solo porque investigaba a esa gente? ¿Solo porque la última vez había tenido suerte de principiante? Casi se sentía como un fraude por creer que podía hacer esto a tiempo completo. Lo llamaban el síndrome del impostor. Lo había sentido en otros ámbitos de su vida y, por supuesto, también lo sentía aquí. ¿Por qué no iba a sentirlo?

Cuando cerró los ojos, vio el cuerpo inerte de Stephen Treen colgando de un árbol. Un desastre sangriento. Era el hermano de alguien, el hijo de alguien, y esos familiares tendrían razón al culparla de la muerte de Stephen. Tal vez si no se hubiera empeñado en decir que James Newark era su asesino, podría haber sido capaz de averiguar la identidad del verdadero asesino. Mia tenía razón. No hay que ir tan deprisa por carreteras de un solo sentido como para perderse las curvas. Eso era exactamente lo que ella había hecho, y ahora tenía más sangre en las manos. ¿Quién sabe si habría más hoy, mañana? Podría haber otro asesinato cada

semana durante los próximos diez años y sería culpa suya por haberse confiado demasiado, por ser demasiado arrogante.

Sus pensamientos se dirigieron a su padre. Las cartas de la extraña mujer. ¿Cómo podía esperar saber más sobre él si ni siquiera podía resolver los casos que tenía ante ella? ¿Cómo podía desenterrar el pasado si no podía ver el presente? Si no podía hacer ningún progreso con pruebas frescas, ¿qué esperanzas había de resolver un misterio de hacía dos décadas?

Su teléfono comenzó a resplandecerle en la mano. Llamada entrante. Pulsó el círculo verde.

—¿Jenna? —dijo Ella.

—Ell, ¿adivina qué? —Nunca la saludaba. Eran amigas desde hace demasiado tiempo para eso.

—Ahora no. Solo dime.

—¿Recuerdas al tipo que conociste en el club? ¿Justo antes de que huyeras como una niña?

—Sí.

—Vino por aquí buscándote. Quería saber si estabas interesada en verte con él.

Hace unos días, nada le habría gustado más que volver a ver a ese caballero. Ahora mismo, era lo último que quería. No se atrevía ni a pensar en ello. La idea la agotaba, como si no fuera a ser una compañía lo suficientemente buena para él.

—¿Cómo sabe nuestra dirección? —preguntó Ella.

—Porque he estado saliendo con su amigo. Su amigo más guapo, además.

Ella no estaba de humor para reírse.

—Bien. Dile que gracias pero no gracias.

—¿Estás loca? —chilló Jenna—. ¿Esto no te pasa nunca y vas a rechazarlo directamente?

—Probablemente vaya a estar en Seattle durante otras dos semanas. Dile que se lo agradezco, pero que no me interesa.

—Colgó y se quedó mirando el cemento bajo sus pies. Había soñado

con ser agente de campo toda su vida, pero como siempre, la realidad nunca estaba a la altura de la fantasía.

Pero si se daba por vencida ahora, la decepción sería aún mayor. Cada vez que leía sobre esos asesinatos en Internet, se acordaba de las familias afligidas, las viudas y los padres sin hijos, toda la gente a la que había defraudado. Esas mismas personas confiaban en que ella hiciera este trabajo, y si tuvieran los recursos que ella tenía, probablemente aprovecharían la oportunidad de hacer justicia por sus seres queridos. Ella tenía esos recursos al alcance de la mano. Tenía las habilidades y los conocimientos. Ya se había acercado a la línea de meta y eso significaba que podía volver a hacerlo. Las cosas malas a veces le daban un nuevo aire a las buenas, y dentro de esa comisaría tenían mucho material con el que trabajar. Demasiado, pero eso era mejor que la alternativa.

Ella se puso en pie y se lanzó al interior con fuerza. El nombre de su sudes estaba en algún lugar de sus archivos, y ella iba a encontrarlo aunque la matara.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ella volvió a su despacho y encontró a Mia enterrada entre un montón de papeles. Parecía haberse calmado, lo cual era un pequeño factor positivo. Revolvía los papeles más rápido de lo que Ella había visto jamás.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Mia.

—Un poco.

—Un consejo, nunca llames a Edis en medio de la investigación.

Ella abrió la boca para decir algo, pero no salió nada. ¿Cómo lo sabía?

—Oh. Lo siento. Yo solo...

—No te disculpes. Lo entiendo. Estás preocupado por lo que piensa el jefe. Es perfectamente normal.

Asintió con la cabeza, sintiéndose un poco culpable por actuar a espaldas de Mia.

—Pensé que podríamos estar en problemas o algo así.

—Cuando Edis te regañe, y lo hará, no te lo tomes personal. Solo quiere respuestas. Los altos cargos lo acosan cada hora del día, y cuando no tiene respuestas, le dan en la nuca. Lo peor de todo es que tiene que soportarlo. No puede golpear a la gente en la nariz como nosotras.

—Lo entiendo —dijo Ella—. Sabes lo mucho que me preocupo.

—Demasiado, maldición. Olvídate de lo que la gente piensa de ti. Te importará mucho menos lo que la gente piense de ti cuando te des cuenta de lo poco que lo hacen.

—¿Eso crees?

—Sí. Edis no está enfadado contigo, está enfadado porque hay una feria mediática sobre él cada segundo del día. Siéntate y empieza a revisar esta basura. Olvídate de todo lo demás. He conseguido que uno de los chicos nos traiga unos cafés. Vamos a atrapar a este imbécil, ¿de acuerdo?

El optimismo de Mia la animó un poco. Se tranquilizó y trató de no dejar que la ansiedad la invadiera. Mia tenía razón en todo. Ella solo tenía que permitirse creerlo.

—Hagámoslo —dijo Ella—. ¿Qué estamos buscando? ¿Por dónde empezamos?

—Reflexionemos sobre esto. A decir verdad, me está costando mucho recomponer esto. No sé si estamos buscando a un perpetrador, a dos o a más. Pero hay algunas cosas que sí sé, así que empecemos por ahí. —Mia se levantó y se dirigió a la pizarra. Tomó un marcador y comenzó a anotar sus pensamientos.

Ella apartó todos los pensamientos invasivos y trató de concentrarse en el caso, solo en el caso. Olvidándose de los directores del FBI y de los tipos en la puerta de su apartamento. Esto era más importante. Había vidas en juego.

—Los tres primeros asesinatos definitivamente fueron cometidos por la misma persona —continuó Mia—. No tenemos ninguna duda de ello. Absolutamente todo coincidía y no había incoherencias en el perfil.

—Hemos perfilado a este asesino como un criminal organizado, capaz de acechar y perseguir a sus víctimas sin que se den cuenta de su presencia. Planifica con antelación los lugares donde se deshace de sus víctimas. Lleva el equipo necesario para exhibir a sus víctimas de la forma prevista. No hay nada impulsivo en lo que hace.

—Sí. Hasta ahora, el *modus operandi* ha sido consistente, al igual que la victimología. Se ve a sí mismo como un artista y estas víctimas son obras de arte. Por más que no entienda el porqué, todo apunta a la persona que ya tenemos en custodia. Entonces, ¿cómo pudo este mismo hombre matar desde detrás de las rejas?

—Porque no fue él. Esa es la respuesta obvia —dijo Ella con una confianza renovada.

—Ahora, dado que tenemos pruebas contra James Newark, tengo que estar de acuerdo. La única otra opción es que alguien haya incriminado a James colocando las pruebas en su casa, pero dado que se niega a hablar, sinceramente lo dudo. Si tuviera que apostar, diría que James Newark mató a Janet, Jennifer y Katherine.

—Entonces, ¿quién mató a Stephen Treen? —preguntó Ella.

—Esa es la pregunta del millón. ¿Quién hizo esto y por qué? —Mia dibujó una nueva columna en la pizarra—. ¿Qué sabemos de Stephen? El departamento técnico descubrió que la última llamada que hizo fue hace varios días. Descubrieron que lo más probable es que utilizara un servicio de mensajería encriptado para organizar su encuentro de anoche, lo que significa que no tenemos forma de saber con quién fue.

—Demonios. Pero aunque ese fuera el caso, es más evidencia de que el asesinato de Stephen es obra de alguien más. Como dijiste, nuestro asesino no interactuó con Janet, Jennifer o Katherine antes de matarlas. Fueron ataques por sorpresa. ¿Esta persona se tomó la molestia de arreglar un encuentro en el parque con la víctima? Eso no es algo que nuestro asesino original haría.

Mia asintió.

—Correcto. Es como si no se sintiera lo suficientemente cómodo como para atacar, manipular el cuerpo y luego descartarlo en el bosque. Necesitaba esta víctima en el lugar de eliminación mientras estaba vivo. Eso sugiere incertidumbre. Debilidad.

—Cada vez más parece que James tenía a alguien trabajando con él. Debe ser un amigo, ya que Jennifer era su amante.

—Y tiene muchos amigos, muchos de los cuales son artistas excéntricos —añadió Mia—. Así que, basándonos en todas las pruebas disponibles, sean circunstanciales o no, podemos asumir que el asesino de Stephen es alguien diferente. Sabes que odio la especulación, pero teniendo en cuenta lo que sabemos, este tiene que ser el caso. No hay duda de ello.

—Sí. Mil veces sí. No puedo ver que sea otra cosa. Tenemos a James con todas las de la ley. La ropa, las armas, la actuación, las conexiones. ¿Por qué lo dudamos?

—Entonces tenemos que tratar este asesinato como un incidente secundario. Si es un asesino diferente, todo lo demás también será diferente. La víctima no tendrá conexión con James Newark, pero podría tener una conexión con...

Alguien llamó a la puerta. Ambas agentes se dieron la vuelta.

—Aquí tienen sus cafés, agentes —dijo un joven oficial. Los colocó sobre la mesa y se alejó—. Señorita Ripley, he puesto un poco de *whisky* en el suyo. Lo hice un poco irlandés. Trabajamos juntos en un caso hace unos años y recordé sus gustos —sonrió.

Mia se rio.

—Un hombre tras de mi corazón. Si no tienes cuidado, podrías acabar siendo mi próximo exmarido.

Él se rio mientras se iba.

Pero algo sacudió a Ella con fuerza, como si un interruptor de luz se hubiera encendido en su cerebro.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Era una broma, Dark. No te tomes las cosas tan literalmente.

—No, eso no. Mencionaste un corazón.

—¿Y?

Ella hizo lo que Mia le pidió. Aisló los dos casos en su mente. De repente, la respuesta parecía obvia.

—Oh, diablos. Creo que sé cómo podemos encontrar a este tipo.

Ella tomó un trago de su café. Le quemó la boca, pero le sentó bien. La cafeína le llegó de inmediato y utilizó el efecto para mejorar sus palabras.

—Cuando James Newark mató a Jennifer Hoskins, le sacó el corazón. ¿Por qué?

—Porque ella le rompió el corazón. Fue un acto simbólico.

—Bien. Entonces, ¿por qué pasamos por alto el hecho de que este nuevo asesino le quitó el corazón a Stephen Treen?

Mia lo consideró por un momento.

—Porque no se lo quitó. Ni siquiera sabemos si lo intentó. Podrían haber sido solo puñaladas en el corazón para matarlo.

—No —dijo Ella. Cogió el informe del forense entre la pila de papeles de su escritorio. No era el informe oficial, sino una copia enviada por fax de la información básica—. Aquí dice que la causa de la muerte fue una laceración en la garganta. Si ya estaba muerto, ¿por qué iba a apuñalarlo en el corazón?

—Podría haber muchas razones, podría no haber ninguna —añadió Mia.

—Creo que estamos viendo esto de manera equivocada. Creo que este asesino está comenzando su propia serie de asesinatos. Nos hemos referido a este posible cómplice como un hombre hasta ahora, pero creo que en realidad estamos tratando con una mujer. Una antigua amante de Stephen Treen, para ser exactos.

Mia se rascó la cabeza.

—No lo sé, Dark. Es bastante rebuscado. E incluso si se trata de un antiguo amante de Stephen, podría ser un hombre. No saquemos conclusiones precipitadas.

—Mira estas heridas —dijo Ella. Pensó en algunas de las asesinas en serie que habían apuñalado a sus víctimas y era una lista muy corta—. Son vacilantes. Algunas apenas penetran en el músculo. ¿Cómo prefieren matar las mujeres? —preguntó.

—Veneno. Incendio. Rara vez apuñalan o disparan.

—Exactamente. El trabajo con el cuchillo es *amateur*, lo que significa que es alguien que no quería matar pero tuvo que hacerlo. Quienquiera que haya hecho esto lo hace para apartarnos de la sospecha de que James es el asesino, pero al mismo tiempo, necesitaba que encajara con las otras víctimas.

Mia se recostó en su silla y sostuvo el bolígrafo entre dos dedos como si fuera un cigarrillo. Tal vez tenía un deseo subconsciente de recibir una dosis de nicotina, pensó Ella vagamente.

—Pero si estaba intentando despistarnos, ¿por qué él, o ella, no mataría a un desconocido al azar? Así nunca podríamos relacionarlos.

—¿Cuántas asesinas a lo largo de los años han matado a desconocidos? —preguntó Ella—. Lo primero que se me ocurre es nombrar a una. Joanna Dennehy. Literalmente ninguna otra. ¿Y realmente podrías ver a una mujer tratando de secuestrar a un tipo en la calle? Si nos guiamos por la ley de los promedios, la mayoría de los hombres serían capaces de luchar contra una mujer. Esta sudes necesitaba atraer a alguien que conociera al lugar de eliminación y atacarlo mientras estaba allí.

Mia golpeó el bolígrafo contra el escritorio.

—Sí. Coincido contigo en eso. Entonces, ¿crees que tenemos que investigar a las exnovias de Stephen?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Bueno, ¿qué diablos estamos esperando? Hagamos esto.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Ver a James cometer un asesinato era una cosa, pero hacerlo ella misma era una emoción inigualable.

Se había escabullido en el apartamento de James después de que los oficiales se habían ido. Se habían llevado todo. La ropa, los escalpelos, los cuadros de James, incluso el gato. Todo lo que le quedaba eran los recuerdos de este lugar. La silla en la que se sentó cuando posó para él mientras la pintaba. El sofá en el que hicieron el amor por primera vez. La copa de vino que ella rompió y por la que se echó a llorar. ¿Cómo se atrevían esas agentes del FBI a entrar y llevarse todo? Habían arruinado lo mejor que había tenido en su vida y nunca lo olvidaría.

Pensó que venir aquí le permitiría recrear ese subidón, como si este apartamento estuviera intrínsecamente ligado a ella y a las actividades asesinas de James. Pero ahora que estaba aquí, solo sentía el mismo temor que sintió cuando se llevaron a James por primera vez. Tenía que irse. No tenía sentido seguir visitando este lugar. Ya ni siquiera olía a él y siempre podría llevarse los recuerdos con ella. La ventana aún no estaba bien cerrada y así fue como salió a la calle. Tenía la llave de su casa, pero sabía que no debía abrir ninguna puerta.

Al salir al exterior, comenzó a dirigirse a la calle principal. Por una fuerza invisible, se encontró caminando hacia el parque en el que todo había sucedido la noche anterior. Al ver el portón, la emoción la recorrió como si estuviera recordando una memorable sesión de sexo. En cierto modo, supuso que lo era.

Todo seguía acordonado. Las puertas estaban cerradas, la cinta de la escena del crimen bordeaba el área interior. Ella había causado eso. Todo era obra suya. Agachó la cabeza al pasar por la entrada, y se fijó en unas cuantas manchas de sangre de Stephen en el camino. Maldita sea, solo con verlo le temblaban las piernas. Era difícil creer que había sido ella la que había creado este desastre, y que no solo lo había creado, sino que además se había salido con la suya. Una parte de ella esperaba que la policía derribase su puerta en menos de una hora de hacerlo, pero hasta ahora, nada. Era una asesina escondida a la vista de todos y se sentía como si estuviera viviendo una de sus muchas fantasías mortales de verdad. Así se sentía la vida real.

Dos hombres de negocios pasaron por delante de ella y se detuvieron a contemplar lo que quedaba en la escena del crimen más allá de las puertas del parque. Los miró de arriba a abajo mientras sus pensamientos se disolvían en un mundo de fantasía lleno de mutilaciones y desmembramientos. Se imaginó haciéndoles lo mismo que le había hecho a Stephen, cortándoles la garganta, cortándoles los huesos, colgándolos como marionetas para que el mundo los viera. La emoción regresó al darse cuenta de que nada le impedía hacer exactamente eso. Sus conocimientos y habilidades eran más que suficientes, hasta el punto de que ya no necesitaba a James. Claro, él tenía la destreza y el ojo artístico, pero ¿a quién le importaba eso cuando la parte de matar era tan divertida?

Sus parejas siempre habían sido los malos de la relación. Se sentía atraída por ellos como una polilla a la luz. Los modernistas llamarían a sus anteriores noviazgos relaciones tóxicas, pero para ella todo era perfectamente normal. Era una facilitadora de su mal comportamiento y siempre lo había sido. Cuando su exnovio intentaba dejar la adicción, ella llegaba a la casa con bolsas de metanfetamina y las dejaba tiradas por el apartamento. Cuando el dinero era escaso, los animaba a robar en una tienda, a emboscar a una anciana o a robar sus pertenencias. Vivir a través de ellos le

proporcionaba la emoción que ansiaba, pero nunca se dio cuenta de lo bien que se sentía al cometer esos actos ella misma.

Era un nuevo punto álgido para ella. De hecho, era un mundo entero de nuevos puntos álgidos. Había muchas cosas que podía hacer con este nuevo poder. ¿A quién podría atacar ahora? ¿A un completo desconocido? ¿Tal vez uno de esos empresarios estirados que estaban detrás de ella?

No. Aunque sería divertido, no había ninguna conexión personal. Lo que más disfrutó de la noche anterior fue ver la mirada de Stephen mientras sucumbía al abrazo de la muerte. ¿Cuántas noches había pasado fantaseando sobre las formas en que podría matar a Stephen, o a todos los demás que la habían perjudicado?

Ahora todo era una posibilidad real, y ella sabía una cosa. Necesitaba hacerlo de nuevo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Ella extendió impresiones de todos los mensajes de texto que Stephen Treen había enviado en el último año. El departamento de tecnología había acelerado el trabajo de investigar el contenido de su teléfono y lo habían entregado en cuestión de horas. A su lado, Mia buscaba en los perfiles de Stephen en las redes sociales.

—Enfoquémonos únicamente en las mujeres de su vida —dijo Mia—. Por lo que parece, no tiene muchas. Eso facilita un poco las cosas.

Ella entrecerró los ojos para leer el texto del papel. Como era un trabajo apresurado, el formato de las impresiones era bastante desigual. Eran más o menos paredes de texto a las que Ella tenía que asignar sus propias pausas de conversación.

—Tengo una Abby aquí —dijo Ella—. Aunque no conversan mucho.

—Esa será su hermana, Abigail. Tírala a la pila de descartes.

—Por supuesto. —Ella se dio un golpecito en la frente. Hurgó en las páginas encontrando nombres masculinos y extraños alias. Supuso que los consumidores de drogas a veces querían pasar desapercibidos—. Bien, la siguiente es una Kelly. Cuando Stephen habla con ella, pone una pequeña «x» al final de sus mensajes. ¿Tal vez es una exnovia? Habló con ella hace unos días para intercambiar un gramo de polvo de ángel, sea lo que sea eso.

—Otro nombre callejero para la cocaína —dijo Mia.

—Oh, espera. Cancelaron su reunión en el último minuto.

—Igual puede haber algo ahí. Ponla en la pila de investigación.

Ella así lo hizo. Continuó su búsqueda. En la siguiente página, un bloque de texto le llamó la atención de inmediato.

«NO VUELVAS A CONTACTARTE CONMIGO», decía.

—Vaya, espera. Parece que podríamos tener algo aquí.

—¿Nombre? —preguntó Mia.

—Claire. No hay apellido.

—¿De qué están hablando?

Ella recorrió la conversación de arriba a abajo. Parecía empezar a mitad de la discusión, como si Stephen hubiera borrado todos los mensajes anteriores dirigidos a ella. Todo lo que se había borrado no podía recuperarse, no sin ponerse en contacto con el proveedor de servicios de telefonía, por no mencionar que podían pasar semanas antes de que presentaran sus hallazgos.

«Lo siento, pero no me parece posible», había dicho Stephen.

«Como si alguna vez fueras a encontrar a alguien mejor que yo», había respondido Claire.

Esto pareció durar varias horas, con Claire respondiendo a todos los comentarios de Stephen con algo innecesariamente agresivo.

—Parece que Stephen rompió con esta chica, pero ella no se lo tomó muy bien. Parece que ella aprovecha cualquier oportunidad para llamarlo perdedor. —Ella le pasó las transcripciones a Mia para que las viera.

Mia se subió las gafas y leyó una sección al azar.

—Deberían haberte circuncidado con una motosierra.

—Parece muy divertida. Aquí, mira esto —dijo Ella—. Pasó como una hora enviándole mensajes bastante ofensivos, pero hay un error al lado de todos ellos. ¿Qué significa eso?

—Significa que él la bloqueó, pero ella siguió insultándolo.

—Maldita sea. ¿Crees que alguien así podría llegar a asesinar?

—Por supuesto que podría. ¿Cuándo fue todo esto? —preguntó Mia.

Ella miró buscando una fecha.

—El pasado mes de julio. Hace siete meses. Quizá sea de las que guardan rencor.

Mia se quedó en silencio por un momento mientras leía la conversación en su totalidad.

—He visto a un millón de mujeres reaccionar así cuando las dejan, pero nunca a una como esta. ¿Quién es esta tipa? Necesitamos un nombre.

—Si bloqueó su número de teléfono, podría haberla bloqueado también en las redes sociales. ¿Puedes ver su lista de bloqueados? —preguntó Ella.

Mia dio unos cuantos clics en su computadora portátil.

—Puedo, y sí, hay una Claire en esta lista. Claire LaRoux.

Ella se movió para ver más de cerca a la posible sospechosa. Mia hizo clic en su perfil y Ella se quedó sorprendida por lo que aparecía. Claire LaRoux era una chica rubia increíblemente atractiva con aspecto de modelo y una figura espectacular.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Ella.

—¿Por qué esta Kate Moss estaría con un tipo tan feo como Stephen?

—No. ¿Te imaginas ser esta chica y que te deje alguien que se parece a Stephen? —Ella trató de expresarlo sin hablar mal de los muertos—. No me extraña que se volviera loca. Algo me dice que esta mujer Claire no está acostumbrada a ser rechazada.

Mia revisó algunas de las publicaciones de Claire. Prácticamente todos los días publicaba una foto de sí misma, y los días sin fotos parecían tener alguna frase inspiradora adjunta.

—Conozco a mujeres así. Esto es lo que sucede cuando una necesidad abrumadora de validación se encuentra con el odio al patriarcado —dijo Mia—. Puedo creer totalmente que esta mujer es capaz de ser violenta.

—Tenemos su nombre completo. ¿Podemos buscarla en la base de datos de la policía? —dijo Ella.

—Sí, podemos. Ven conmigo.

* * *

Las dos agentes se situaron junto al comisario Brooks mientras él se encorvaba sobre el computador de escritorio de su despacho. Cada vez que Ella lo veía parecía más agotado que antes. Ella se cuestionó si debía preguntarle si estaba bien o si cruzaba un límite al hacerlo.

—¿Nombre? —preguntó Brooks.

—Claire LaRoux —dijo Mia—. Vive en la zona de Capitol Hill.

—De hecho, ese nombre me resulta familiar. —Brooks murmuró para sí mismo mientras tecleaba el nombre y revisaba los resultados—. ¿Están seguras? Hay tres mujeres con ese nombre en Seattle pero ninguna en Capitol Hill.

—Quizá esté registrada en otra ciudad —dijo Ella.

—Podría ser. ¿De qué rango de edad estamos hablando?

—De veintitantos años. Treinta como mucho —dijo Mia.

Brooks negó con la cabeza mientras hacía clic con el ratón.

—No. Todas estas señoras tienen más de cuarenta años. ¿Están seguras de que es el nombre correcto?

Mia se apresuró a volver a su despacho y tomó su computadora portátil. Le mostró la pantalla a Brooks. Él apretó los dientes. Su expresión le dijo a Ella que la había reconocido.

—Eh... creo que LaRoux es... —dudó—. Su nombre artístico.

—¿Nombre artístico? —preguntó Ella.

—La reconozco, pero solo la he visto a través de la pantalla de mi computadora. Es una... ¿cómo decirlo? Trabajadora para adultos —dijo Brooks.

—Ah, es una condenada estrella del porno —dijo Mia—. Eso explica su obsesión por su apariencia. Y tal vez su desagrado por los hombres.

—Estrella puede ser algo optimista. Y no se dedica a los hombres. Ella se dedica a las mujeres.

Brooks se congeló por un segundo, dándose cuenta de que les había dado a las agentes un indicio involuntario de su vida privada. En silencio, los tres decidieron no abordar el tema.

—Todavía necesitamos su nombre real —dijo Ella.

—Una búsqueda rápida en Google debería ser suficiente —respondió Brooks. Entró en Internet y escribió su nombre. Las imágenes de la parte superior de la página confirmaron rápidamente que Claire LaRoux era, en efecto, una actriz para adultos. Brooks no tardó en dejarlas atrás.

—Espera, ¿qué decía eso? Retrocede un segundo —dijo Mia. Golpeó la pantalla con su bolígrafo, señalando un artículo de prensa —. Demonios.

«LA ACTRIZ PARA ADULTOS CLAIRE LAROUX ES ACUSADA DE VIOLENCIA DOMÉSTICA».

—Ah, por supuesto. De ahí la conozco —dijo Brooks—. Fue arrestada el año pasado por el departamento de East Seattle. La arrestaron por golpear a su novio. Está completamente loca. Los chicos de aquí hacían fila para sacarle su foto de fichaje.

Ella no estaba segura de si el comisario intentaba encubrir su anterior divulgación o si estaba siendo sincero.

—Así que tiene capacidad para la violencia y tiene un vínculo con Stephen Treen. Eso parece un buen punto de partida.

—Su verdadero nombre es Claire Jones. Ya veo por qué se lo cambió —dijo Brooks. Buscó su nombre y dirección en la base de datos—. La tengo. Calle Lawrence en Capitol Hill. ¿Ustedes se dirigen allí ahora, agentes?

Mia le ignoró y volvió a prestar atención a su computadora portátil. Se apresuró a volver a su propio despacho y Ella y Brooks la siguieron.

—Voy a hacer una búsqueda rápida para ver si esta mujer Claire tiene algún vínculo con las otras víctimas.

—¿Damas? ¿Necesitan que las acompañe? ¿Quieren algún refuerzo por si acaso?

—No, te llamaremos si te necesitamos. Solo necesitamos hablar con ella —dijo Mia. Ella tuvo que esforzarse por ocultar una sonrisa. Brooks parecía un niño que no había sido invitado a la fiesta.

—De acuerdo. Adelante —dijo Brooks, saliendo de la habitación.

—Pervertido —dijo Mia. Golpeó la palma de la mano en el escritorio—. No hay coincidencias. No encuentro ninguna mención a Claire en ninguno de los teléfonos o correos electrónicos de las víctimas. Tampoco hay nada en el teléfono de James Newark.

Ella lo pensó.

—¿Por qué deberíamos? —preguntó—. Este nuevo asesino no tiene vínculos con ninguna de las tres primeras víctimas, solo con Stephen. Las tres primeras víctimas fueron asesinadas por James. A partir de Stephen es un linaje completamente nuevo.

Era la primera vez que Ella hablaba en voz alta del hecho de que podrían producirse más asesinatos. Pensar en ello la hizo sentirse mareada.

Mia cerró su computadora portátil con fuerza.

—En este momento, aceptaré cualquier pista que tengamos. Toma tus cosas. Vamos a conocer a esta mujer en persona.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Ella intentó no mirar embobada, pero no pudo evitarlo. Se detuvieron frente a la casa de Claire, que parecía sacada de un *reality show* de esposas ricas. Dos puertas de hierro forjado conducían a un camino de entrada de ladrillo lo suficientemente amplio como para que entrase un avión 747. La entrada a la casa era un enorme porche de cristal que abarcaba todo el ancho de la propiedad. Nunca esperó que existieran casas así en esta parte de la ciudad, y mucho menos que pertenecieran a alguien con la profesión de Claire.

—Creo que nos hemos equivocado de trabajo —dijo Mia. Se acercaron a la entrada de cristal y se asomaron al interior—. No sé ni dónde llamar.

Ella le dio un golpecito al cristal. Esperaron unos segundos. No había ningún coche en la entrada y Ella realmente deseaba que no tuvieran que forzar la entrada, aunque tenía curiosidad por ver el interior.

Se oyó un zumbido.

—¿Hola? —dijo una voz a través del intercomunicador. Ambas agentes miraron a su alrededor pero no pudieron ver nada tecnológico alrededor.

—¿Qué demonios? —exclamó Mia.

—¿Hola? ¿Quién es? —dijo la voz de nuevo.

Ella decidió gritar sin más.

—Srta. Jones, somos del FBI. Nos gustaría hablar con usted sobre un reciente homicidio en la zona.

—¿Sobre un qué?

A juzgar por las inflexiones de su voz, Ella ya podía intuir que Claire no había sido la alumna más lista de su clase.

—Un asesinato —dijo—. Alguien que creemos que era su amigo fue asesinado esta noche pasada.

—¿Quién?

—Señorita Jones, sería mucho más fácil si pudiéramos hablar de esto en persona.

El intercomunicador se desconectó, dondequiera que estuviera. El panel de cristal frente a ellas se apartó de su bisagra y quedó ligeramente entreabierto, invitando a las agentes a entrar. Las agentes lo atravesaron. Justo cuando Ella lo cerró tras de sí, una figura apareció en la puerta adyacente.

—Disculpen las medidas de seguridad. Me encuentro con un montón de bichos raros tratando de entrar.

Incluso en pantalón de deporte y camiseta de tirantes, Claire Jones lucía una figura llamativa, pensó Ella. Era envidiablemente atractiva, con unas piernas delgadas y unos músculos forjados por varias horas en el gimnasio. Ella también pasaba horas en el gimnasio, pero algunas personas tenían una genética excepcional que se complementaba con el trabajo diario de resistencia.

—Es comprensible —dijo Mia—. ¿Podemos sentarnos?

—Claro, pasen. Cuidado con mis perros.

A primera vista, Claire no parecía tener ni una sola fibra violenta en su cuerpo. Tenía una presencia tranquila y acogedora. Pero si su trabajo en el campo le había enseñado algo era que las apariencias físicas a menudo engañaban.

Entraron al amplio vestíbulo y Ella no pudo evitar admirar la arquitectura y el diseño. Una escalera de caracol con un pasamanos plateado conducía al cielo, mientras que el sendero de madera que había debajo iba en tres direcciones diferentes. En una mesa cercana, Ella vio fotos de Claire del brazo con varias celebridades.

En el salón, Claire les ofreció un asiento en su sofá de cuero blanco. La habitación era un cuadrado de lujo macizo con una

pecera que ocupaba la mayor parte de la pared del fondo. Junto a ella se exhibían algunas obras de arte. Si viviera en una casa así, Ella se preguntaba si querría dejarla alguna vez.

Claire se sentó en un sillón reclinable y se inclinó hacia delante.

—¿De qué se trata esto? —preguntó, quitándose el pelo de la cara. Está claro que era buena para mantener las apariencias. Exudaba atractivo sexual.

—Srta. Jones, ¿conoce a un caballero llamado Stephen Treen?

Ella examinó el rostro de Claire en busca de algún signo de incomodidad. Había un ligero fruncimiento de labios, pero nada más.

—¿Steve? Sí, lo conozco. —Tardó un momento en relacionar las dos cosas. Se llevó la mano a la boca—. Oh, Dios mío. ¿Están diciendo...?

—Me temo que Stephen fue asesinado anoche.

—Están bromeando, ¿verdad? Yo... no puedo creerlo. Stephen es un hombre maravilloso.

—Srta. Jones, por favor deje de actuar. Sabemos de su historia con Stephen.

Ella vio que algo cambiaba en el comportamiento de Claire. Bajó la mano de la cara y la mirada de tristeza que había adoptado desapareció en un instante.

—Sí, Steve era un imbécil a veces, ipero yo no lo quería muerto!

—gritó ella—. Oh, Dios mío, ¿y ustedes creen que yo lo hice?

—Nunca dijimos eso —respondió Mia, reacomodando las piernas—. Solo queremos hablar con usted sobre él. ¿Le importaría hablarnos de su relación con la víctima?

Claire respiró hondo. Recogió una mata de pelo rubio con una mano y la apretó. Un mecanismo para aliviar el estrés, pensó Ella. A veces ella también hacía lo mismo.

—Steve era mi fan. Nos encontramos varias veces en los bares y clubes de la zona. Entablamos una amistad y una cosa llevó a la otra.

Mia se quedó callada, lo que hizo que Ella se encargara de ello. Se estaba acostumbrando a este estilo de entrevista de dar y recibir.

Era bueno compartir la tarea. Además, mostrarle a la sospechosa que había dos agentes competentes en su presencia la pondría bajo más presión.

—No piense que esto es ofensivo, señorita Jones, pero ¿qué hacía alguien como usted con alguien de aspecto tan... poco convencional como Stephen? No hagamos de cuenta que se encontraban en el mismo nivel.

—No siempre se trata de la apariencia, cariño. ¿Tu marido es un modelo?

La pregunta la tomó desprevenida. Nunca le habían preguntado por su mítico marido, al menos no lo había hecho un sospechoso. De repente pensó en el tipo del bar y le vinieron a la mente imágenes de él acostándose con otra persona.

—No, no lo es.

—Bueno, por eso... A veces, las personas conectan en niveles más allá de la apariencia.

—Quieres decir que te daba drogas —intervino Mia. Claire se quedó callada durante un segundo, probablemente considerando su respuesta con prudencia. Pocas personas querían admitir que se drogaban delante de agentes del FBI—. No te preocupes, eso no nos importa —dijo Mia.

Claire se arqueó hacia delante y asintió. Juntó las manos.

—Sí, lo hizo.

—Te acostaste con él a cambio de narcóticos —dijo Mia, prácticamente poniendo las palabras en la boca de Claire.

—Más o menos. Pero también me gustaba. Era diferente a los demás. En mi profesión, tengo sexo con hombres musculosos todos los días de la semana. A veces es bueno acostarse con un tipo normal.

Ella no podía descifrar a esta mujer. Una parte de ella parecía genuina, pero había algo que no encajaba. Tal vez porque eran de mundos completamente diferentes, pensó Ella. Era normal tener una desconfianza subconsciente hacia las personas con las que no compartías una visión del mundo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué terminó su relación?

—¿Terminó? —preguntó Claire.

—Hemos visto tus mensajes de texto —dijo Mia—. Fuiste muy dura con Stephen. Innecesariamente.

—Mira, en aquel entonces, yo no era la persona que soy ahora. Estaba usando una gran cantidad de heroína en ese momento. Me llevó al límite. Steve se dio cuenta de que lo estaba usando por su droga, y terminó las cosas conmigo. No estoy acostumbrada a que me dejen, así que me excedí un poco. Eso es todo.

Las dos agentes intercambiaron una mirada. Ella se dio cuenta de que Mia no se lo creía. Ni ella misma sabía qué pensar. Si Claire era una actriz, y suponía que lo era en cierto sentido, entonces era una buena actriz.

—¿Y qué hay de sus recientes problemas con la ley, señorita Jones? —preguntó Mia.

Claire se echó hacia atrás en su asiento y suspiró, como si ya le hubieran hecho esta pregunta un millón de veces.

—¿Alguna vez han estado en una relación de la que no han podido salir? —preguntó—. ¿Alguna vez han estado con un tipo que les haya dicho que no valen nada hasta el punto de empezar a creérselo?

—No, pero sé que sucede —dijo Mia.

—Mi ex era un monstruo. Yo era su juguete para hacer lo que quería. Solía decirme que si lo dejaba, le diría a todo el mundo en la industria que yo estaba enferma. Eso es el beso de la muerte para alguien en mi ambiente. Una noche decidí que ya había tenido suficiente e hice las maletas. Intentó detenerme y le di una paliza. Si eso es un crimen, entonces enciérrenme.

Ella empezó a pensar que estaba equivocada. Incluso sintió un poco de pena por esta mujer. Si todo lo que decía era cierto, se merecía toda la compasión del mundo. Se volvió hacia Mia, que seguía con una expresión de duda. Detrás de ella, Ella se fijó en unas cuantas obras de arte más que adornaban las paredes. Algunos paisajes, algunas piezas clásicas, La noche estrellada de Van Gogh.

Y una obra abstracta.

Un torrente de recuerdos se precipitó por su mente. Algo le resultaba muy familiar. Entrecerró los ojos para ver todos los detalles de la pieza, los amplios trazos y la extraña teoría del color. En la esquina inferior derecha, vio la misma marca que vio en la habitación de Jennifer Hoskins.

«¿Qué demonios hace eso aquí?».

Mia estaba preguntando otra cosa, pero Ella la interrumpió. No pudo evitarlo.

—Señorita Jones, ¿conoce a alguien llamado James Newark?

—Ella observó su reacción con atención. Tenía los ojos clavados en ella como si fuera la mirilla de un francotirador.

Claire negó con la cabeza con una expresión de desconocimiento.

—Ni idea de quién es.

—Entonces, ¿por qué tiene uno de sus cuadros en su casa?

Sin duda era una obra de James Newark. Era un retrato de un rostro muy anodino; casi una reelaboración color a color del retrato que hizo de Jennifer. Mia recorrió la habitación y se detuvo en el mismo cuadro que Ella. Quedó con una expresión de sorpresa. Por fin había una fisura en la que podían indagar.

Claire se encogió de hombros.

—No conozco los nombres de los artistas. ¿Qué estoy mirando? ¿La cosa del retrato?

—Sí. El que dice JEN en la esquina.

—Me lo regaló un amigo. No recuerdo quién. Fue un regalo de inauguración de la casa.

—¿Y no conoce a alguien llamado James Newark? Un artista local —dijo Mia.

—Ese no es mi ambiente en absoluto. Ni siquiera podría distinguir un Picasso en una exposición y me están preguntando por un tipo local insignificante. No, no conozco a nadie con ese nombre.

Mia se levantó y se acercó a la pieza. Ella se quedó en silencio. No sabía muy bien cómo seguir. ¿Todo esto era una actuación de Claire? ¿Era una coincidencia demasiado grande como para

ignorarla? Se alegró de que Mia estuviera cerca esta vez. No era una decisión que pudiera tomar sola.

—Lo siento, señorita Jones, pero no me creo su historia en absoluto. —Mia cruzó la habitación en cuestión de segundos y se puso al lado de Claire. Buscó en su bolsillo trasero y sacó un par de esposas—. La arrestamos bajo la sospecha de haber asesinado a Stephen Treen.

Claire protestó, saltando del asiento y arrinconándose contra la pared. Ella ya se había familiarizado con las salidas y era imposible que Claire saliera de esta habitación libremente.

—¿Arrestada? ¿Hablan en serio?

—Sí, hablo en serio. No haga esto más difícil de lo que tiene que ser.

Claire se apartó, pero Mia saltó hacia delante y la agarró del brazo. En cuanto Mia tocó a la sospechosa, esta se sometió y dejó que Mia le colocara las esposas en la muñeca. La ira de Claire se convirtió en lágrimas mientras se limpiaba la cara con el hombro. Mia condujo a Claire fuera de la sala de estar, a través del pasillo y hacia el camino de entrada. Detrás de ellas, dos perros diminutos empezaron a ladrarles. Ella cerró la puerta y tomó nota de que enviaría oficiales para ver a los animales dentro de unas horas.

Ella vio cómo Mia metía a Claire en la parte trasera de la patrulla. Claire enterró la cara entre las manos, parecía avergonzada de estar atrapada en ese lugar. Ella no estaba segura de lo que estaba ocurriendo. Había algo muy extraño en Claire, algo que no podía entender. ¿Qué pasaba con ella? ¿Y cuál era su conexión con James Newark?

En algún momento del día de hoy, estaba decidida a descubrir la verdad.

CAPÍTULO TREINTA

Claire Jones parecía un sapo de otro pozo en la sala de interrogatorios del departamento de policía de Seattle. Las lágrimas le empapaban los ojos mientras sufría temblores de todo el cuerpo cada pocos segundos. Ella, Mia y Brooks la observaban desde detrás del vidrio reflectivo. Ella se dio la vuelta y descubrió un mar de agentes de policía que la observaban embobados desde la ventana.

—¿No tienen nada mejor que hacer? —gritó Ella, sorprendiéndose a sí misma. Le resultaba difícil contener su frustración. Algunos de los agentes murmuraron algo antes de dispersarse.

—¿Qué pasa con LaRoux? —preguntó Brooks—. Lo siento. Con Jones.

—Tiene un historial de violencia y tiene un cuadro de James Newark en su casa. Ella insiste en que fue un regalo, pero soy demasiado vieja para creer en las coincidencias. Hay algo que no nos está diciendo —dijo Mia.

—¿Quieren que consiga que algunos oficiales entrevisten a Newark para ver si está dispuesto a decir algo?

—No tiene sentido. No ha hablado hasta ahora y no lo hará. Aunque tengamos razón en esto, seguirá guardando silencio para despistarnos.

—Entendido.

—Pero puedes llevar a algunos oficiales a la casa de Jones en Capitol Hill. Encuentra su teléfono y llévalo al departamento técnico.

Si puedes consigue una orden judicial rápido.

—Ya me encargo —dijo Brooks y desapareció.

—Novata, entra ahí y averigua dónde estuvo anoche.

Ella presentía que iba a ser así. Sin embargo, era mejor que la interrogara a ella y no a Mia. Ella supuso que tenía más o menos la misma edad que Claire, lo que significaba que tenía más posibilidades de establecer una conexión.

—Muy bien. ¿Algo en particular que deba saber?

Mia no apartó la vista de la sospechosa.

—Recuerda que es una actriz. Puede ser quien quiera ser. Solo porque se ponga a llorar o intente mostrarse como una dulce chica inocente no significa que no sea capaz de asesinar. No te creas su papel.

Ella aceptó el consejo y se dirigió a la sala de interrogatorios. Claire Jones tenía un aspecto lamentable; frágil y abatido, pero que fuera auténtico o no era otra cuestión. La baja temperatura de la sala hizo que se le pusiera la piel de gallina en los brazos desnudos.

—Toma, ponte mi chaqueta —dijo Ella, pasándole a Claire una sudadera negra con capucha. Se la puso sobre los hombros y tomó asiento frente a ella.

—Gracias —dijo Claire entre sollozos—. No sé qué quieren de mí, pero no he hecho nada. Lo juro por Dios.

—No vamos a acusarte de nada todavía, Claire. Solo queremos entender algunas cosas.

—No sé quién me regaló el cuadro, ¿de acuerdo? Lo juro por mi vida. Tuve una fiesta de inauguración de la casa hace unos seis meses y recibí mil regalos de mil personas. Ese fue uno de ellos. Eso es todo.

Había desesperación en su voz. ¿Podría una intérprete para adultos ser tan buena actriz? ¿Especialmente una de las menos conocidas?

—¿Y dónde estabas entre la medianoche y las dos de la mañana de hoy?

Los ojos de Claire recorrieron la habitación y luego se posaron en la mesa entre ellas.

—En la cama. Sola.

No era lo que Ella quería oír.

—¿No hay nadie que pueda confirmar tu paradero?

Claire negó con fuerza con la cabeza, dándose cuenta de las implicaciones de su afirmación.

—Anoche no hice nada. Vi algunos videos en mi teléfono y luego me quedé dormida como a la una de la mañana. Mi teléfono podrá demostrarlo, ¿verdad? ¿Todos los datos estarán ahí para demostrar que estoy diciendo la verdad?

—Posiblemente, pero no probaría que no te reuniste con Stephen en algún momento.

—Ya no veo a Stephen. No somos amigos. Después de que nos separamos, no volvimos a hablar. Revisen mis mensajes de texto. Revisen mis correos electrónicos. Lo que sea. Si me hubiera reunido con él, ¿no habría algún contacto entre nosotros?

Claire tenía razón, pensó Ella. Pero siempre existía la posibilidad de que Claire hubiese pensado en esta situación y se hubiese preparado para ello. Un teléfono desechable, un mensaje encriptado a través de algún programa de chat. Había un montón de formas en las que podrían haberse comunicado sin el formato estándar de mensaje de texto o correo electrónico.

—Estoy hablando en serio. Juré que dejaría a los hombres después de mi ruptura con mi ex. No quiero tener nada que ver con ellos y definitivamente no tengo ninguna razón para matar a Stephen.

—Me gustaría poder creerte, Claire, pero hay una experimentada agente del FBI que piensa diferente. Si quieres mi opinión sincera, estoy casi convencida de que eres inocente. Pero tienes un cuadro en tu casa de alguien que tenemos en... —Ella se detuvo a mitad de la frase. Apenas en ese momento se dio cuenta de algo, algo que podía usar a su favor—. Disculpame un segundo.

Ella salió de la habitación, dejando a Claire sola. Mia se reunió con ella fuera.

—Novata, ¿qué sucede?

—Conozco una forma bastante fácil de determinar si James y Claire están trabajando juntos.

La mirada de Mia le dijo a Ella que ahora se estaba dando cuenta de lo mismo.

—¿Estás lista para hacer uso de tu ingenio, novata? Vas a necesitar un buen ojo para esto.

—Estoy preparada.

—Ponle las esposas de nuevo y tráela aquí. Esto debería darnos una respuesta bastante rápida.

* * *

Ella y Mia acompañaron a Claire Jones desde la sala de interrogatorios, pasando por la comisaría hasta el edificio contiguo. La joven llamó la atención de todos los que se cruzaron con ella en el camino.

A Ella se le ocurrió la idea a raíz de un incidente ocurrido en Francia en los años ochenta. Se pensó que una serie de homicidios eran obra de un dúo de asesinos, pero finalmente un hombre confesó ser el único autor. Varios años después, las autoridades descubrieron a otros posibles sospechosos implicados en el caso y, tras aislar a cada uno de ellos, los llevaron a visitar el recinto penitenciario donde estaba encarcelado el primer asesino. Naturalmente, cuando el asesino encarcelado vio pasar a su cómplice, no pudo evitar reconocerla. Así fue como encontraron al dúo de asesinos.

Si James Newark no se lo esperaba, no podría ocultar su sorpresa al ver a su cómplice frente a él.

Ella condujo a Claire a través de la hilera de celdas mientras Mia se quedaba atrás para observar. Había un par de personas nuevas

allí, borrachos y delincuentes de poca monta, supuso Ella. Cuando vieron pasar a las dos damas, todos se detuvieron y se quedaron mirando. Pero solo había una reacción que les interesaba.

—¿Qué estoy haciendo aquí abajo? —preguntó Claire. Su voz resonó en los mugrientos pasillos, llamando la atención de todos los presentes. Bueno, todos menos una persona. Pasaron por la celda de James Newark y Ella lo vio sentado en el extremo de su cama manoseando un cubo de Rubik. Llevaba su nuevo traje de presidiario, lo que le daba un aspecto aún más desaliñado del que ella recordaba.

Cuando los pasos le llamaron la atención, levantó la vista. Ella se centró en sus reacciones, buscando la más mínima señal de reconocimiento en ojos, nariz, labios, mejillas, frente, cualquier cosa.

Pero James volvió a bajar la cabeza y se volvió a recostar contra la pared. No demostró nada. No era más que otra transeúnte. Ella se esforzó por contener su decepción.

—Señorita Jones, ¿reconoce a esa persona de ahí?

Claire se mantuvo a una buena distancia de los barrotes de la celda pero asomó la cabeza hacia delante, mirando a James como si fuera un animal en un zoológico.

—No, no lo he visto en mi vida.

Algo en la respuesta de Claire le hizo creer a Ella que estaba diciendo la verdad. Normalmente, cuando la gente mentía, daba respuestas muy breves. O un sí o un no, rara vez frases completas. Pero cada vez que Ella le había preguntado algo, había dado afirmaciones sólidas e irrefutables. «No, no lo he visto en mi vida».

Era inútil. Otro callejón sin salida. No había chispa en la cara de James ni en la de Claire. A juzgar por lo que se veía en la superficie, ninguno de los dos se había visto antes. Volvemos al principio, pensó Ella.

La condujo de vuelta a través de las celdas por donde habían venido, seguramente confundiendo a Claire respecto a sus intenciones con ella. Se encontraron con Mia en la puerta.

—¿Algo? —le preguntó Ella.

—Sus microseñales no han revelado nada. En mi opinión, estos dos no se conocen. Si lo hicieran, uno de ellos habría mostrado señales subconscientes de ello. Sin importar lo buenos actores que sean, no podrían fingir eso.

—Se los digo en serio, no sé quién es. Si están pensando que me acosté con él, no hay manera. Él no es para nada mi tipo.

El camino de vuelta a la comisaría principal fue largo, así que Ella decidió llenar el tiempo conversando. Cuanto más hablara Claire, más podrían sacar de ella.

—Entonces, ¿cuál es tu tipo? —preguntó Ella.

—Las mujeres. Pero cuando estaba en el ambiente heterosexual, me gustaban los tipos más corpulentos. Alguien así, escuálido y pequeño —señaló con la cabeza las celdas detrás de ellas—, podía hacer que él hiciera lo que yo quisiera. Eso no me atrae. Pero supongo que a algunas mujeres les gusta tener el control.

Ella casi se detuvo ahí mismo. Algo se relacionaba. De repente, algo tenía sentido.

—Repíteme eso —le dijo a Claire.

—¿Qué? Solo fue un comentario. Una criatura así, tan débil. Probablemente se enamora de cualquier chica que le preste atención.

—Maldita sea —dijo Ella—. Oh, Dios mío. ¿Por qué no lo vimos antes? —Se contuvo para no revelar demasiado delante de la sospechosa—. Ripley, tenemos que volver a la comisaría, rápido. Creo que sé cómo se relaciona todo esto.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

De vuelta en su sala de operaciones, Ella llamó a Brooks mientras presentaba sus pensamientos. Ahora todo tenía sentido. Pensó en las parejas asesinas más famosas de la historia: Ian Brady y Myra Hindley, Fred y Rose West, Paul Bernardo y Karla Holmolka. Había un estigma en torno a las parejas asesinas que aún persistía hasta el día de hoy, a pesar de las crecientes pruebas de lo contrario. Esa creencia era que la mitad masculina de la relación era la que mandaba y que la femenina simplemente se veía obligada a cumplir sus órdenes.

Pero la realidad es que, en la mayoría de los casos, la mujer estaba al mando. Myra Hindley animó a Ian Brady a asesinar niños.

Rose West era la fuerza motriz que torturaba y mataba a múltiples hombres, mujeres y niños.

Karla Holmolka fue responsable de tantas violaciones y asesinatos brutales como su marido, posiblemente más.

Decían que la hembra de la especie era más mortífera que el macho, y las parejas asesinas de la historia lo demostraban.

—Creo que estamos hablando de una hibrístofilia —dijo Ella.

—¿Cómo dices? —preguntó Brooks.

—Alguien atraído sexualmente por personas que cometen actos violentos —añadió Mia—. ¿Por qué, Dark?

—Mira todo lo que sabemos hasta ahora. James fue ofendido por sus víctimas hace meses, y de repente mata a tres personas en el lapso de dos semanas. ¿Por qué haría eso? ¿Por qué no los mataría antes?

—¿Porque estaba esperando el momento oportuno para atacar?
—dijo Mia.

—Posiblemente, o porque alguien más lo puso a hacerlo. Alguien más estaba moviendo los hilos durante estos asesinatos, alguien a quien James estaba totalmente entregado. Le hemos dado a James numerosas oportunidades para declarar su inocencia y no ha aprovechado ninguna. Es porque él no es el que manda. Sabe que si empieza a hablar, existe la posibilidad de que capturemos a su controladora. Pero James está feliz de pasar su vida en prisión si eso significa que la otra persona quede libre. De la misma manera que Ian Brady trató de asumir la responsabilidad para que Myra no fuera acusada, de la misma manera que Fred West trató de echarse la culpa únicamente a sí mismo.

—De acuerdo —dijo Mia—. ¿Y? Suponiendo que quien tiene esta hibrístofilia es una mujer, ¿cómo nos ayuda esto a atraparla?

—Porque sabemos cómo funcionan los hibrístofílicos. La cómplice de James no solo se excita sexualmente con sus actos de violencia sino que, a juzgar por el asesinato de Stephen Treen, se empeña en vengar la captura de su pareja.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Brooks.

—Las tres primeras víctimas fueron asesinadas por James, probablemente mientras su pareja lo observaba o dirigía. La cuarta víctima fue asesinada únicamente por su compañera para que pareciera que James era inocente. Intentaba imitar el estilo de James lo mejor que pudo pero lo hizo increíblemente mal. Por eso había tantas incoherencias. Pero esta compañera podría haber seguido adelante y haber encontrado otro tipo para manipular. Podría haber dejado que James cargara con la culpa y ella quedaría libre con la seguridad de que James nunca la delataría. Pero no lo hizo.

Mia se rascó la mejilla y se dejó caer en su silla.

—Es cierto. Ella no tenía por qué matar a Stephen. Fue un acto de amor. Eso significa que su vínculo va más allá de la simple satisfacción sexual. Esta compañera ama a James y él la ama a ella.

Brooks parecía perdido, como si estuviera esperando la respuesta final.

—Claro, pero ¿eso no significa que todavía no sabemos nada? Aún tenemos que buscar en todos los registros telefónicos de James, ¿no?

Ella se quedó pensando en ello, con la esperanza de que su revelación pudiera darle alguna que otra idea a Mia.

—Tienes razón, comisario. Debemos seguir haciendo una búsqueda exhaustiva de su vida, pero este pequeño dato podría...

—No —interrumpió Ella, dándose cuenta de repente de algo nuevo—. No tenemos que hacer ninguna búsqueda en absoluto.

—¿Qué, Dark? ¿De verdad crees que esta compañera podría...? —Ahora era Mia la que se detenía a mitad de la frase—. Oh, espera. Ya veo lo que quieres decir. Bueno, podría funcionar, pero es una mala idea.

—Estos asesinatos eran todos muy personales —añadió Ella—. Esta mujer analizaba la vida de James sistemáticamente y lo animaba a asesinar a cualquiera que le hubiera hecho algún daño, sin importar el tiempo que hubiera pasado. Agente Ripley, me dijiste algo hace unos días. Algo que se me quedó grabado.

—¿En serio? Digo muchas cosas.

—Estoy parafraseando, pero dijiste que los sudes que tienen como objetivo la fuente de sus problemas son algunos de los sospechosos más peligrosos de perseguir. Dijiste que su psicopatología es compleja y volátil, y que no paran hasta que la persona a la que apuntan está muerta o es inalcanzable.

—Sí, ¿y qué tratas de decir?

—Luego dijiste que esto a veces se extiende a las personas que los persiguen. Dijiste que si este sospechoso sabe quiénes somos, o se entera de nuestros nombres, entonces existe la posibilidad de que vengan a por nosotros.

Los ojos de Mia se abrieron de par en par con incredulidad, como si Ella estuviera loca por sugerir algo así.

—No, por supuesto que no. Ni en un millón de años. Así no es como se hace esto.

Ella esperaba resistencia, pero sabía que esa era la forma más rápida y precisa de descubrir a esta misteriosa cómplice.

—¿Por qué no? ¿Conoces una forma mejor?

—Sí, conozco una forma mejor. Repasamos la vida de James hasta encontrar a esta mujer. Es tan simple como eso. Novata, nunca jamás sostienes la carnada y esperas que un tiburón muerda. No en este juego. Lo he hecho antes y cada vez ha sido un desastre.

—Damas, ¿podrían explicar de qué diablos están hablando?

Mia intervino antes de que Ella pudiera hacerlo.

—La agente Dark quiere darnos a conocer al público. Si exponemos nuestros nombres y rostros a esta cómplice, lo más probable es que venga a buscarnos. Seremos el objetivo de su ira.

—¿Ella haría eso?

—Casi seguro —dijo Mia—. Ella haría cualquier cosa para vengarse de la gente que le quitó a su amante. No digo que no funcione, pero hay muchas más posibilidades de que te mate primero. Vimos lo que le hizo a Stephen. No importa lo bueno que seas en las artes marciales; no puedes evitar que alguien te corte la garganta mientras duermes.

—¿Qué implicaría esto, en realidad? —preguntó Brooks—. No es que esté a favor, solo tengo curiosidad.

—No importa lo que implicaría porque no va a ocurrir —gritó Mia—. Dark, ya he perdido muchos compañeros en mi época y no voy a perder a otra. Y menos a una tan prometedora como tú, ¿entendido? Ahora quítate esa idea de la cabeza antes de que te la quite a bofetadas.

Ella entendía la reticencia de Mia, pero seguramente era la mejor opción que tenían. Podría ahorrarles meses de trabajo, tal vez incluso años.

—Entonces, ¿sugieres que tenemos que rebuscar entre las cosas de James día y noche hasta encontrar algo? ¿Y si el nombre de su

pareja ni siquiera está en su teléfono o en sus correos electrónicos? ¿Y si fueron cuidadosos?

—Entonces no hay nada que podamos hacer al respecto. ¿Qué pasa si sales, das a conocer tu cara y luego no pasa nada durante una semana, un mes, un año? Cada vez que te vayas a dormir, lo último que pensarás es si estarás viva o no por la mañana. Luego, tres años después, te encuentras muerta, todo por una idea estúpida al provocar una vez a una asesina mentalmente inestable...

Ella concedió.

—Bien.

El ambiente cambió. Había confrontación en el aire. Ella decidió dejar que se calmara.

Pero en su mente, ya estaba haciendo planes.

* * *

Ella salió a tomar el aire fuera del recinto. Eran casi las cuatro de la tarde y el tráfico lejano estaba en pleno apogeo. Arriba, el cielo gris claro se desvanecía poco a poco hasta convertirse en negro.

Se apoyó en la pared y reflexionó. Sin duda, Mia tenía razón en todo esto. Era una mala idea intentar atraer a la asesina hacia ellas, pero la idea de volver a Washington con más preguntas que cuando empezaron era aún peor. Aquella sensación que había tenido cuando pensó que el caso estaba resuelto era única, así que estaba decidida a volver a perseguir ese subidón, costara lo que costara.

Además, Mia no siempre tenía razón en todo. Que fuera una experta en un campo no la convertía en una experta en todo. Ella pensó en el último caso, cuando Mia se opuso desesperadamente a sus teorías desde el primer día, para acabar concluyendo que había tenido razón desde el principio. En aquel entonces, si no hubiera sido porque Ella presionó constantemente para que sus ideas fueran escuchadas, todavía estarían persiguiendo al imitador en los bosques de Luisiana.

Pero gracias a su determinación, no lo estaban haciendo. A veces, tienes que mantenerte firme sin importar a quién moleste. ¿Acaso Ripley era su jefa en el sentido formal? No, eran compañeras, y las compañeras no siempre tenían que estar de acuerdo entre ellas. Edis necesitaba que este caso se resolviera pronto, y ella iba a dar lo mejor de sí misma para conseguirlo.

La puerta de la comisaría se abrió y el comisario Brooks salió. Sacó un cigarrillo de su abrigo y lo encendió.

—No sabía que fumaras —dijo Ella.

—No lo hago. Es la única excusa que aceptan para que abandone mi despacho. —Dio una gran calada y exhaló. Ella no sabía si estaba bromeando o no—. Sabes, creo que es una buena idea.

Ella no necesitó preguntar a qué se refería.

—¿De verdad?

—Absolutamente. Es algo arriesgado, no me malinterpretes, pero este trabajo es todo un riesgo. ¿Qué le hace uno más al montón?

—Es cierto. Solo no quiero actuar a escondidas de Ripley. Ella ha dejado muy en claro lo que piensa.

—Sí e imagina cómo reaccionaría si tu plan realmente funcionara. No se mostraría tan efusiva entonces, ¿verdad?

Ella imaginó el escenario. No sabía con exactitud cómo esta cómplice podría llegar a ella, pero se esforzó por imaginar un escenario en el que no pudiera defenderse ni siquiera por un segundo. No era como si pudiera entrar en su habitación de motel, o en su apartamento del último piso en Washington.

—¿No te cae bien? —preguntó Ella.

—Es buena, solo creo que está enfadada consigo misma por no haber pensado en tu idea primero. Es algo que se ve todo el tiempo en las fuerzas del orden. A los veteranos no les gustan los novatos con sus nuevas ideas y su resistencia a la tradición. Siempre ha sido así.

Ella disipó el humo de segunda mano.

—Supongo. Pero de todos modos, no tengo ni idea de cómo organizar una rueda de prensa. No tengo ese tipo de contactos

precisamente.

—Dark, solo pregunta.

—¿Qué?

—Nosotros hacemos conferencias de prensa todas las semanas. Si quieres, puedo ponerte delante de una cámara en una hora. Probablemente incluso salgas en las noticias de las 6 de la tarde.

—¿En serio? ¿Podrías hacer eso?

—Claro, es solo un tipo con una cámara. No se trata de un montón de reporteros como muestran en los programas de televisión. Se envía a los medios de comunicación después de que se haya grabado.

Ella sabía cuál sería la reacción de Mia, pero no iba a dejar pasar esta oportunidad. Tenía que aprovechar la oportunidad ahora. Si dejaban pasar más tiempo, existía la posibilidad de que esta cómplice se diera cuenta de que tenía un billete dorado para la libertad y huyera del estado.

—Hazlo —dijo Ella—. Estaré lista en diez minutos.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La oficina estaba vacía. Mia le dijo a Ella que iba a dar una vuelta para recoger algo de comida y café. Al parecer, tenían mucho trabajo que hacer cuando ella regresara.

No si Ella podía evitarlo.

Durante la última hora, los canales de noticias de todo Seattle (y posiblemente del mundo, Ella no podía saberlo) habían estado informando de que a las seis de la tarde se anunciaría un importante avance en relación con los recientes asesinatos.

Brooks golpeó la puerta del despacho.

—Están aquí. En la puerta. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—¿En la puerta? ¿No podemos hacerlo en una sala privada?

—No. No se permiten cámaras de televisión dentro de una estación de policía. Es un riesgo para la seguridad.

A Ella no le gustaba eso. Quería mantener esto de la manera más discreta posible, idealmente completarlo sin que Mia lo supiera o se involucrara en absoluto. Solo cuando la asesina se pusiera en contacto con ella, revelaría cómo se había producido todo.

Ella comprobó de forma rápida su aspecto para asegurarse de que estaba lista para salir en las cámaras. Desde luego, lo hacía por el caso, pero quería lucir medianamente decente. ¿Había alguna posibilidad de que ese tipo de Washington la viera?

No. Se regañó a sí misma por ser ridícula. Eso no importaba ahora. Era hora de concentrarse. Tomó un puñado de papeles de su escritorio y se dirigió a la entrada de la comisaría. Empezaba a

oscurecer completamente, pero los reflectores proporcionaban una iluminación adecuada para lo que había planeado.

Pero había un problema. En el exterior había unas quince personas, y no reconocía a ninguna de ellas.

—¿Señorita Dark? —dijo un hombre, extendiendo la mano—. ¿Es usted la señorita Dark?

—Sí, soy yo. ¿Es usted...?

—Soy de WBC Seattle News. Estos son los únicos reporteros que pude reunir en tan poco tiempo. ¿Está lista para empezar de inmediato?

De repente sintió una oleada de ansiedad. Solo esperaba que hubiera una persona y una cámara.

—No creí que hubiera periodistas aquí —dijo.

—Está bromeando, ¿verdad? —dijo el hombre mientras preparaba un trípode—. ¿Noticias de última hora en un caso como este? Estos tipos aparecerán por todas partes como un traje barato. ¿Lista para empezar? Aquí está bien.

—¿Estas cosas no son pregrabadas? El comisario me dijo que lo eran.

El camarógrafo se rio.

—Claro que lo son... cuando hacemos reportajes sobre la conservación de la fauna y los ganadores de la lotería. ¿Pero en un caso de asesinato? En ese caso salimos en directo como si fuera el Supertazón.

El pánico se apoderó de ella. La multitud se amontonó a su alrededor, algunos con sus propias cámaras apuntándola. Nunca había hecho algo así en su vida y, de repente, todo le resultaba un poco abrumador. Se recompuso, revisó sus papeles y se puso en el lugar de esa cómplice desconocida que, con suerte, estaba mirando desde su sofá. Se había preparado para un simple video delante de una persona, ahora iba a salir en directo para todo el estado.

—Dígame cuando, agente Dark, y empezaremos a rodar.

Ella examinó su entorno. No había ni un alma a la vista y el ambiente era relativamente tranquilo, a pesar del tráfico lejano. El

ruido blanco era bienvenido, una buena distracción de su propia voz, tal vez. Brooks vigilaba la puerta de la comisaría para que nadie la interrumpiera. Repasó rápidamente la estructura del discurso en su mente y estaba satisfecha con ello.

—Empieza a grabar —dijo.

El camarógrafo levantó el pulgar para indicarle que estaban en vivo. No hubo una cuenta regresiva como en los programas de televisión.

Ella recordó sus épocas pasadas en la clase de teatro. Háblale al público, no a la cámara.

—Buenas noches a todos. Gracias por venir. Soy la agente Ella Dark del FBI y colaboro con el departamento de policía del Oeste de Seattle. Estamos aquí hoy para anunciar un avance de última hora en el caso de los asesinatos en los parques de Seattle. En las últimas dos semanas, se han descubierto cuatro víctimas, todas atribuidas con seguridad al trabajo de dos perpetradores. Como se informó, ayer hicimos una detención, pero una de las mitades del dúo volvió a atacar. —Respiró hondo y observó a la multitud. Todo parecía estar bajo control. Hasta ahora había dicho todo lo que debía decir.

—Hoy podemos confirmar que hemos realizado una segunda detención, y ahora tenemos a los dos sospechosos principales bajo custodia. Tenemos pruebas suficientes para acusar a ambos sospechosos de los cuatro asesinatos recientes. Hemos podido atrapar al segundo culpable con tanta rapidez gracias a una serie de errores que ha cometido. Si alguien tiene más información sobre estos asesinatos, puede encontrarme a mí o a mi equipo aquí o en el Motel White Night en el centro de Seattle. Eso es todo por ahora. Gracias por...

—¡Dark! —la interrumpió una voz a su lado. Eso la desorientó. Perdió su posición a mitad de la frase—. ¿Qué diablos estás haciendo?

Mia se precipitó frente a ella y levantó la palma de la mano hacia la cámara.

—¿Te has vuelto loca? —Se acercó a ella hasta que se tocaron los hombros—. ¿Por qué demonios has hecho esto? ¿No te he dicho que no?

Ella miró al público. Todavía tenían sus cámaras apuntando hacia ellas, sin duda estaban disfrutando del altercado. Seguramente sería un gran espectáculo para la televisión en vivo. Ella no quería que Mia arruinara lo que había hecho, así que se apartó de ella y corrió de vuelta a la comisaría. Los estruendosos pasos de Mia la siguieron. Cerró la puerta con un sonoro portazo.

—Ella, no me digas que acabas de anunciar al mundo que hemos atrapado a este asesino.

Se sentía extraño pasar directamente de una conferencia de prensa a una discusión.

—Eso es exactamente lo que hice, Ripley. Y ahora está hecho, así que no tiene sentido enfadarse por ello.

Mia tiró al suelo los cafés que tenía en la mano. Las tapas saltaron y el contenido inundó el vestíbulo.

—Realmente nos has fastidiado aquí. ¿Lo sabes? ¿Por qué has hecho esto sin decírmelo?

—¿Es otro de tus caprichos? —gritó Ella—. ¿Intentaste esto tú misma una vez y fracasaste, y por eso estás tan en contra? ¿Igual que lo hiciste con mis teorías de imitación en el último caso? Porque, noticia de última hora, yo tenía razón en eso, y también tengo toda la razón en esto.

Mia se paseó por la habitación con la cabeza entre las manos.

—Dark, que hayas resuelto un caso no te convierte en un genio. Sí, ya lo he intentado antes y ha fallado. ¿Sabe por qué falló? Mi compañero fue asesinado a tiros justo delante de mí. Los agentes del FBI que hacen estupideces terminan muertos, y tú acabas de firmar tu propia sentencia de muerte.

Esto era una novedad para ella. No tenía ni idea. Pero tal vez Mia tenía que informarle de estas cosas de antemano, ¿no? Ella no tenía que leer la mente de Mia. Si Mia no comunicaba sus sentimientos correctamente, no era la culpa de Ella.

—Puedo manejarlo. Y no he mencionado tu nombre, así que no tienes que preocuparte por nada.

—Dark, si hubieras pasado más de unos minutos pensando en este plan, te darías cuenta de que eso es lo que menos debería preocuparte. Al contrario, solo tendrías que haber usado mi nombre.

—¿Qué?

—Prefiero que esta tipa venga a por mí que a por ti. Si dejas de hacer tonterías como esta, tienes una carrera por delante. Yo no la tengo. Estoy llegando al final de todos modos. Si me hubieras explicado las cosas, podríamos haberlo hecho así.

—¡Lo intenté! —dijo Ella—. Lo descartaste de inmediato. ¿Qué se supone que debía hacer?

Mia apretó las manos y se las llevó en la cabeza. Se dio la vuelta y miró a los reporteros que estaban fuera, ahora esforzándose por alejarse.

—¿Fue en vivo? —preguntó.

—Sí. Salió en las noticias de las 6.

—¿Y diste tu nombre y tu ubicación?

—Sí.

Es mejor pedir perdón que permiso, se dijo a sí misma de nuevo. Ella sabía que era lo mejor. Tal vez si Mia hubiera sido sincera sobre sus razones, podría haber considerado no hacerlo. Pero estaba convencida de que este plan iba a funcionar. Tenía que funcionar.

Mia volvió a suspirar.

—Bien. Aquí, toma esto. —Sacó su pistola y se la entregó a Ella. Ella la recibió con reticencia.

—No tengo licencia para portar una —dijo Ella.

—Me importa un pepino. Con licencia o sin ella, duerme con eso en la mano y, por el amor de Dios, deja el seguro puesto. Eres demasiado inteligente para que te mate tu propia estupidez, así que no dejes que sea así.

Ella miró la pistola. Sabía cómo manejar un arma de fuego, pero no tenía las acreditaciones para usar una en el campo.

—Muy bien. Gracias.

—Vuelve al motel. Quédate allí. No hay nada más que podamos hacer ahora. Voy a terminar algunas cosas aquí y también regresaré. Necesito un trago.

Ella asintió e hizo lo que Mia le pidió.

Sería la primera de muchas noches durmiendo con un ojo abierto.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

La ayuda del minibar la calmaría y la ayudaría a pasar la noche. Mia Ripley estaba sentada en la única silla de su habitación de motel, con la pistola en una mano y el *whisky* en la otra. Le había dado su Glock 22 a Ella, así que había tenido que pedir prestada una Glock 17 de calidad inferior en la armería de la policía, pero, como solía decir su padre, una bala era una bala. Cualquier calibre podía matar a un hombre siempre y cuando se apuntara al lugar correcto.

Todavía era difícil comprender con exactitud lo que Ella había hecho. Se había puesto justo en la mira de una maníaca desquiciada y homicida, y además no lo veía como un problema. ¿O tal vez era plenamente consciente de los riesgos y estaba dispuesta a aceptarlos? Mia descubrió que solía haber dos tipos de agentes de campo, los que se lanzaban de cabeza y los que evaluaban cada uno de sus movimientos. Uno de estos tipos vivía mucho más que el otro.

Había momentos en los que Ella le recordaba a sí misma. Al menos, cuando era una nueva recluta. La determinación, la pasión, la voluntad de hacer lo que fuera necesario para conseguir el triunfo. Tal vez fuera porque la pasión de Mia hacía tiempo que se había desvanecido y Ella era un recordatorio de lo que una vez había sido. Tal vez no le gustaba porque Ella tenía todo lo que ella solía tener, o tal vez era porque Mia sabía que ser una persona imprudente otorgaba un funeral prematuro.

Edis le dijo que su trabajo era guiar a la novata para que fuera lo mejor posible, no que fuera su jefa. Ella era una agente independiente y, a pesar de lo que su relación parecía en la superficie, tenía la misma autoridad que ella en este caso.

Mia apartó la cortina y miró por la ventana a los pocos coches que pasaban por debajo. Era casi medianoche y aún no había señales de una intrusión, pero si alguien iba a venir a por ellas, sería ahora. Una de las constantes de todo este caso era que todas las víctimas habían sido atacadas entre la medianoche y las horas de la mañana. Mia no creía que eso fuera a cambiar, incluso teniendo en cuenta las circunstancias especiales. De hecho, era aún más probable si la sospechosa sabía que se enfrentaría a un rival competente.

Destapó su *whisky* y colocó la botella de vidrio vacía en el borde de la ventana. Si algún intruso entraba por allí, el vidrio que cayera la despertaría. Aunque, teniendo en cuenta cómo se sentía, dudaba mucho de que pudiera dormir. En una de sus mejores noches lograba dormir cinco horas, y esta noche no sería una de ellas. Decidió esperar hasta las seis de la mañana. Si no había señales de ningún intruso, volvería a la comisaría y trabajaría un poco. Incluso podría dormitar un poco en su oficina si fuera necesario.

Las luces permanecerían tenues, pero tenía que hacer algo. Estar sentada en la oscuridad con tus propios pensamientos era una forma segura de hacer que una mujer se cuestionara sus decisiones de vida, así que tomó el control remoto y encendió la televisión. Recorrió los canales, encontrando sobre todo programas nocturnos y dibujos animados para adultos. Llegó a las noticias. No era lo ideal, pero era mejor que la alternativa.

La cara de Ella apareció en la pantalla, de pie frente a la comisaría de policía. Si Mia no la conociera, supondría que era una detective experimentada por su forma de actuar. La mayoría de la gente comete un desliz al menos una vez durante su primera aparición en televisión, pero Mia no veía nada que mereciera la pena comentar.

Cuanto más pensaba en ello, más creía que, en otro tiempo, habría hecho exactamente lo mismo que Ella esta noche. Había una delgada línea entre la valentía y la insensatez, y era difícil encasillar a Ella completamente en cualquiera de ellas. Hacía falta una mente imprudente para hacerlo, pero también una audaz. En todo caso, esa combinación la convertía en una agente de campo ideal.

No tenía sentido enfadarse con Ella. Aunque Mia sería la encargada de explicar esta decisión a los superiores, confiaba en poder convertirla en algo que debían hacer, no en algo que simplemente querían hacer. A primera hora de la mañana, iría a su habitación y se disculparía por su exabrupto. Esperaba que Ella también la hubiera perdonado.

Mia se sentó en su silla y cerró los ojos. Agarró su pistola con fuerza, rezando para que en algún momento de la noche tuviera que usarla.

* * *

Ella parpadeó para despabilarse, sin estar del todo segura de si había dormido o no. Recordó que el reloj marcaba las 05:37. Ahora eran las 06:00. Lo peor de todo era que había estado inconsciente durante veinte minutos, pero en esos veinte minutos se había imaginado a sí misma atada a un árbol, con su pelo negro ondeando al viento mientras un equipo de forenses tomaba muestras de su cuerpo sin vida.

Peor que su breve alucinación era que esa noche no había habido intrusos; simplemente había pasado ocho horas mirando una puerta tiesa sin nada detrás. No había señales de intrusión. Nada. Al otro lado de las cortinas corridas, el amanecer se vislumbraba en el horizonte y la vida seguía su curso. Había llegado un nuevo día sin asesinatos, al menos que ella supiera.

Tomó un trago de agua y se quitó el sabor agrio de la boca. Ahora que había amanecido y nada había cambiado, sintió una

oleada de pánico. ¿Así serían todas las noches durante el resto del tiempo que estuviera aquí? ¿También sería así en Washington? ¿Era ingenua al pensar que la sospechosa la atacaría la primera noche? ¿Qué pasaría si tuviera que dormir en un lugar inseguro, lejos de la seguridad de los cerrojos o los perros guardianes? ¿La perseguiría el temor constante de que en algún lugar de la ciudad hubiera una loca asesina esperando el momento oportuno para matarla?

Ella se frotó el cansancio de los ojos y se sacudió el entumecimiento. Intentó ponerse de pie, pero no pudo juntar la energía necesaria. El agotamiento la mantenía clavada en la silla del motel.

Entonces, algo aplacó instantáneamente su cansancio. Un rayo de adrenalina se le disparó desde los pies hasta la punta de los dedos.

«Toc, toc».

Apenas audible. Por un segundo, pensó que tal vez lo había imaginado. Miró por la ventana y vio un par de coches nuevos en el aparcamiento. Coches que no estaban allí la noche anterior. Dos de ellos eran de alquiler, lo que significaba que los propietarios podían permanecer en el anonimato si eran lo suficientemente astutos.

«Toc, toc».

Ahí estaba de nuevo.

Ella agarró su pistola, quitó el seguro y se acercó lentamente a la puerta. Miró por la mirilla.

No había nadie.

Agarró el picaporte de la puerta y planeó rápidamente su ruta. Un posible atacante se mantendría en la zona de mayor espacio. Primero a la izquierda, luego a la derecha.

Abrió la puerta de un tirón y salió en menos de un segundo, adoptando la postura de tiro de Weaver y apuntando con su Glock hacia el pasillo de la escalera. No había nadie.

Luego a la derecha. Allí había una figura que alteraba el interior rojo del motel con su jersey negro.

—¿Tampoco has dormido? —preguntó Mia.

Ella suspiró y guardó su arma.

—No pegué ojo, creo.

Para alguien que había estado despierta toda la noche, Mia ciertamente no lo parecía. Tal vez estaba acostumbrada a funcionar sin dormir.

—Mira, siento haberme alterado ayer. No quería admitirlo, pero hiciste algo bueno. Puede que ahora no lo parezca, pero lo hiciste.

De todas las cosas que Ella esperaba, una disculpa no era una de ellas.

—Gracias. Siento no haberte consultado. ¿Iremos a la oficina?

—No. Tómame el día libre si quieres. Ponte al día con el sueño. Traeré a un oficial para que vigile todo.

No estaba segura de que tomarse el día libre fuera una buena idea, pero si estaba jugando a esperar, ¿había mucho más que hacer?

—De acuerdo. ¿Vas a hacer lo mismo?

—Puede que sí. Lo primero que hay que hacer es tomar un café, y no la porquería de aquí. ¿Quieres que te traiga uno?

—Por favor. Descafeinado para que no me quite el sueño.

—Por supuesto. Vuelvo en diez minutos. Espera aquí.

Ella vio a Mia desaparecer por el pasillo. De repente, todo el lugar se sentía mucho más claustrofóbico que antes. Había filas de puertas a ambos lados del pasillo, pero casi no había señales de vida en el hotel, aparte de ella y Ripley. De vuelta en su habitación, escuchó a través de las puertas por si había algún movimiento, si alguien se había levantado temprano y se estaba preparando para las reuniones de negocios.

Nada. Solo se oía el sonido de sus pasos sobre la vieja alfombra.

Volvió a su puerta, tomó su tarjeta y la pasó. Agradeció el clic que rompía el silencio.

Pero cuando entró, oyó un ruido en el pasillo. Como si se hubiera caído algo. Se acercó a la mirilla y se asomó. No había nadie, y las luces tenues dificultaban la identificación de cualquier cosa.

Pero aun así, le parecía que algo andaba mal. ¿Era por la ausencia de Mia? ¿Era un ruido repentino procedente de otra habitación, a pesar de no haber oído nada de las otras habitaciones en toda la noche?

Ella agarró su pistola, se alejó de la puerta y se sentó en la cama. Se mantuvo alerta. Había muchas posibilidades de que la asesina aún viniera a por ella.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Por supuesto, habría cámaras de seguridad en el motel. Incluso un cuchitril como este tendría el mínimo de seguridad. Por eso necesitaba el disfraz.

La idea de acechar el motel White Night no fue una decisión que tomó a la ligera. De hecho, había una parte de ella que quería dejar pasar unos meses, tal vez unos años, hasta que la atención en torno a los asesinatos se hubiera calmado. Entonces podría salir de las sombras, acabar con la vida de la agente y la conexión no sería tan obvia.

Pero cada vez que pensaba en su amado sentado en una celda, el impulso de matar a las personas responsables era irrefrenable. Y si lo hacía, ayudaría a levantar la tapa del ataúd que cimentaba la culpabilidad de James. La prensa parecía amar el enfoque del segundo asesino, y si eso era lo que querían, entonces iban a tener más de eso. Y con cada nuevo cuerpo, James estaría un paso más cerca de la libertad.

Lo único que necesitó fueron unas alzas en sus zapatos, un poco de tinte temporal para el cabello y suficiente maquillaje para desdibujar los detalles de su rostro. Cuando vio su reflejo vidrioso en la ventana del motel, se dio cuenta de que fácilmente podrían confundirla con una trabajadora sexual. Lo que era aún mejor. Poca gente tenía el valor de cuestionar las actividades nocturnas de una prostituta.

Había caminado todo el trayecto hasta aquí, para no arriesgarse a que las cámaras reconocieran su matrícula. Entró en el vestíbulo

del motel esperando encontrar a un empleado aburrido detrás del mostrador, pero para su sorpresa, estaba completamente vacío. Un cartel al lado de una campana decía «PRESIONE PARA SER ATENDIDO».

Eso era lo último que iba a hacer. Se quedó quieta y escuchó cualquier señal de vida en la pequeña habitación que decía «OFICINA» de al lado, pero no pudo oír nada. ¿Tal vez alguien estaba durmiendo allí?

Sacó el timbre de la mesa y se lo metió en el bolsillo. Si alguien preguntaba, aquí no había ningún timbre cuando ella llegó, lo que le daba una gran excusa para estar en una zona en la que no debía estar si la descubrían. Podría decir que estaba buscando a un miembro del personal.

Con pasos discretos, se escabulló al otro lado del escritorio y echó un vistazo a la oficina. Estaba vacía. Solo había un pequeño escritorio, una pantalla de computadora encendida y una puerta que daba al exterior. Junto a la pantalla había un bloc de notas encuadernado en cuero. Enorme. Demasiado grueso para robarlo y ocultarlo. Ojeó la primera página.

Fechas y horas de entrada. Los nombres de todos los ocupantes. Exactamente lo que necesitaba. Afortunadamente, no parecía que mucha gente se hubiera registrado aquí en los últimos días, así que solo tuvo que retroceder unas cuantas páginas hasta encontrar el nombre que necesitaba.

«HABITACIÓN #334 - SEÑORITA ELLA DARK. NOTAS: ESTANCIA INDEFINIDA».

Esta era ella. La perra de la televisión.

Habitación 334.

Se apresuró a rodear el mostrador hasta el vestíbulo y volvió a colocar discretamente el timbre. Tenía todo lo que necesitaba, pero si las cámaras de seguridad estaban grabando todos sus movimientos, tenía que eliminar cualquier sospecha. Puso su mejor rostro de exasperación y examinó la sala. Levantó los brazos con una expresión de «dónde diablos está todo el mundo». Para el ojo

inexperto, simplemente era una persona que buscaba una habitación.

—Hola —dijo una voz. Se dio la vuelta, sorprendida. Un hombre con traje la miraba de arriba abajo. Bajito, calvo, bastante más viejo que de mediana edad.

—Hola, señor —dijo ella.

—¿Todo bien? Parece perdida. —Parecía tener la mirada clavada sobre sus piernas.

—Oh, se suponía que iba a quedar con alguien pero han cancelado. Típico —se rio.

—Es una pena, una chica como tú... Me ofrecería a entretenerte yo mismo, pero algo me dice que tienes otros planes.

—Gracias por la oferta, pero... —se detuvo. Esta era una oportunidad. Tenía que aprovecharla—. Bueno, en realidad. ¿Tienes alguna bebida en tu habitación? Me muero por una recarga rápida.

Ella observó la mirada de su rostro pasar de una leve animación a una excitación febril. Patético.

—Claro. Por supuesto que sí. ¿Quieres subir un rato? Perdona si todo esto es muy atrevido. Estoy aquí por negocios y no conozco muy bien la zona.

—Seré tu guía turística —se rio, «aunque no creo que vayamos a salir de tu habitación»—. ¿Cuál es el número de tu habitación?

—Uhm... —comprobó su tarjeta de acceso—. Habitación 330.

—Perfecto —dijo ella, y siguió al hombre escaleras arriba. Por suerte para ella, él no había visto la cuchilla ni el trozo de cuerda oculto en el bolsillo de su chaqueta.

* * *

Fue una muerte fácil. Una muerte piadosa. Limpia y sin sangre. Ni siquiera había necesitado usar la cuchilla. Después de que el pobre Jasper se emborrachara y realizara un lamentable intento de seducción, ella aprovechó la oportunidad para estrangular al frágil

anciano hasta la muerte en la cama. Apenas se resistió. Eso había ocurrido hacía cinco horas, y el hedor de la muerte empezaba a marearla.

Desde esta habitación, podía vigilar la habitación 334 de al lado. Cada vez que oía un ruido en el pasillo, podía acercarse a la mirilla y estar preparada para atacar en cuestión de segundos. Desde la medianoche hasta ahora, no había oído nada. Ningún ir y venir. Ahora estaba amaneciendo, y las pisadas aumentarían. Seguramente, la mujer del FBI vendría o se iría en algún momento.

«Clac, clac».

Un hilo de vida, en algún lugar de este piso.

Se precipitó hacia la puerta y se asomó a ella, pero no pudo ver a nadie. Apretó el oído contra la pared y escuchó un alboroto en una de las habitaciones de su fila. Por fin había alguien aquí.

Abrió la puerta y miró por el pasillo. Miró el picaporte de la habitación 334 cuando empezó a temblar. Alguien estaba saliendo.

Se adentró en la habitación y observó cómo aparecía una figura. ¿Era ella? Solo podía ver la parte posterior de una cabeza. Pelo recogido, de la misma altura y peso, sin duda una mujer. Tenía que serlo. La agente no compartiría una habitación con otra mujer, ¿verdad?

Entonces una voz.

La reconoció.

La perra de la televisión. Hablando de café y sueño o alguna porquería estúpida. No pudo ver a nadie más en el pasillo. ¿Estaba hablando con ella misma?

La figura se dirigió hacia el pasillo y desapareció de la vista. Todo volvió a quedar en silencio.

Era el momento de seguirla. Despacio. Mantente fuera del alcance de la vista. Matar a alguien en el pasillo de un motel era pedir que te atraparan y eso no iba a suceder. Una vez que la perra estuviera muerta, volvería y limpiaría aquí. Metería el cadáver del viejo en una maleta y lo tiraría en el arroyo Thornton.

Preparó la cuchilla y salió de la habitación.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Mia salió del motel hacia el aire fresco de la mañana, con el amanecer en el horizonte. El aparcamiento delantero estaba casi vacío, salvo por dos o tres vehículos, probablemente pertenecientes al personal del motel. Ella había aparcado el suyo en la zona de sobrecarga situada detrás del edificio, solo por razones de privacidad.

Buscó las llaves del coche, sin encontrarlas en el bolsillo derecho. Sintió esa oleada irracional de pánico que siempre se produce cuando ocurre algo así. Después de revolver, las encontró en el bolsillo de su chaqueta. Alivio.

Mia pulsó el botón del llavero y destrancó la puerta del coche. Se dijo a sí misma que debía relajarse. Quizá fuera la falta de sueño. Incluso en sus peores momentos, dormía unas cinco horas por noche, y había habido momentos similares en los que había permanecido despierta durante 24 horas. ¿Qué era diferente ahora?

La edad. El estrés del caso. La paranoia de que alguien la siguiera. La falta de descanso. El agotamiento mental.

Todo eso junto hacía un cóctel infernal.

No sabía exactamente lo que le depararía el día, pero no quería que Ella saliera de la habitación del hotel en absoluto. Era demasiado arriesgado. Si alguien intentaba encontrarla, estar en un lugar seguro le daría a Ella la ventaja. Cuando terminara el día, podrían revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad del motel de los últimos días y buscar a cualquier persona sospechosa

en la zona. Si encontraban a alguien, podrían compararla con las fotos del teléfono de James Newark.

Tal vez Ella tenía razón. Había sido una buena idea.

Cuando Mia llevó la mano a la puerta del coche, oyó el sonido de algo que raspaba el pavimento detrás de ella. Salió de la nada.

Mia agarró instintivamente su arma y se dio la vuelta, apuntando a la fuente del sonido. No había nada más que un espacio vacío y unos cuantos coches. Una lata de refresco rodó por el suelo, tintineando contra la grava.

Se dispuso a guardar su arma, pero decidió no hacerlo. Quizá fuera el cansancio, pero había algo que no le gustaba. Una agente especial siempre confía en su instinto, y su instinto le decía que no estaba sola. Podía sentir el calor de otra persona cerca; una habilidad que Mia creía que no se podía enseñar. Era algo que se tenía o no se tenía.

Luego, otro sonido. Esta vez un ruido sordo, como si alguien hubiera golpeado el capó de un coche.

Podría haber sido una persona que viaja al trabajo por la mañana. Podría haber sido cualquier cosa, pero ahora no era el momento de correr riesgos. Mia se apresuró a recorrer el aparcamiento delantero con el arma desenfundada y buscó en cada centímetro. Miró por las ventanillas de los vehículos y comprobó todos los asientos. Pero no había nadie.

Para estar segura, sacó su teléfono y sacó fotos de las matrículas. Ya las comprobaría cuando llegara a la oficina.

Segura, Mia guardó su pistola en la funda y volvió a su coche.

Estaba a medio metro cuando todo se oscureció.

* * *

Seguir a la mujer del FBI fue fácil. Mantenerse escondida era aún más fácil. Era el ataque lo que debía ejecutarse a la perfección.

Por el pasillo, había mantenido sus pasos en silencio sobre la sucia y vieja alfombra. La mujer del FBI se dirigió al mostrador de servicio y pidió a gritos un empleado. Nadie respondió a su petición.

Ella observó desde la escalera, utilizando el pequeño pasillo para permanecer oculta entre las sombras. Finalmente, la mujer del FBI se dio por vencida y salió al aparcamiento.

Mirando a través de la ventana del motel, observó a la mujer del FBI dirigirse a su vehículo en la parte trasera. Al ver que toda la zona parecía desierta, decidió que era el momento más oportuno para actuar.

Pero no podía atacarla a plena vista. La mujer del FBI parecía robusta, musculosa, como si pudiera hacerle frente a una pelea. Lo más probable es que tuviera un arma escondida en algún lugar de su persona. Era un riesgo demasiado grande para correr. Tenía que actuar y matar en el mismo movimiento. No debía darle tiempo para reaccionar. Así había sido con los demás y así tenía que ser ahora.

En la puerta del motel, necesitaba distraer a la mujer del FBI. Una lata de Coca-Cola estaba a sus pies. Con sus botas de tacón, la pateó por el suelo áspero hacia ella.

Distracción. Una desviación de la atención.

De vuelta en el vestíbulo, se asomó a la puerta y vio a la mujer regresando sobre sus pasos. Retrocediendo, con la pistola en la mano.

Perfecto.

Recordó la noche anterior, cuando había irrumpido en el despacho del personal, y volvió a hacer lo mismo. Empujó la puerta del despacho, rezando para que no hubiera nadie dentro. Si había alguien, simplemente mentiría sobre sus razones para estar allí.

Estaba vacío.

Salió por la puerta trasera y entró en el aparcamiento trasero. Oyó los pasos de la mujer del FBI más adelante, buscando en el aparcamiento. Según lo que pudo ver, tenía un aspecto penoso. Tenía los ojos vidriosos y rojos, y se inclinaba hacia delante cuando caminaba. Eso significaba que no estaba en óptimas condiciones. No

se parecía en nada a la mujer que había irrumpido en la actuación de James la otra noche.

Una hilera de arbustos ocultaba sus movimientos. Se abrió paso, llegando al lado del acompañante del vehículo de la mujer del FBI. Se agachó lo suficiente para ver por debajo, asegurándose de poder ver los pies de la mujer.

Y entonces regresó. El coche emitió un sonido.

Se puso de cuclillas y preparó su cuerda. Si lograba sacarle el aire de inmediato, todo sería mucho menos engorroso. Eso significaba que se dejarían menos pruebas de ADN y que tendría más posibilidades de escapar. La cuchilla era el último recurso.

Los pasos eran más fuertes ahora.

La agente estaba al otro lado del coche.

Alrededor de la parte trasera del vehículo, todavía agachada, se asomó y vio que la mujer del FBI ya no tenía su arma desenfundada.

Una última inspección de la zona. No había nadie, solo el murmullo lejano del tráfico al otro lado del aparcamiento. Ninguno de los coches que pasaban podía verlas.

Y ella atacó. Hubo un momento en el que se miraron, estaba segura. Pero todo sucedió muy rápido. Unos milisegundos más tarde, estaban unidas. Se lanzó sobre la mujer del FBI, le rodeó el cuello con la cuerda y tiró tan fuerte que la cuerda le quemó las palmas de las manos. Se le escapó la saliva de la boca y cubrió el parabrisas del coche. Hizo fuertes arcadas y se defendió, pataleando y tratando desesperadamente de ganar ventaja sobre su enemiga.

Pero la vida se le escapaba. Sintió una patada en la rodilla que casi la hizo perder el equilibrio. Una sensación se activó y la obligó a golpear la cabeza de la mujer del FBI contra la puerta del coche. El cristal se rompió y cubrió la frente de la agente con fragmentos de cristal.

El agarre que tenía la agente al cuello se aflojó. El rostro quedó sin color. Los ojos se cerraron.

Muerta.

Si James pudiera verla ahora.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

A pesar de sus deseos más optimistas, Ella sabía que dormir sería una lucha. Sabía que se despertaría cada hora en un estado de confusión hasta que su subconsciente hubiera asimilado los últimos acontecimientos. Tal vez hoy podría trabajar un poco desde la habitación del hotel. Le gustaba la idea de pasar el día sola en un lugar seguro. Después de los últimos días, lo necesitaba.

Ella se dejó caer en la cama y dejó que el cansancio la hundiera en el colchón. Se le cerraron los ojos y enseguida empezaron los sueños breves. Primero, la alarma de un coche.

Luego, el sonido de un cristal que se rompía.

Un grito.

Dos voces.

Abrió los ojos de golpe al darse cuenta de que no estaba imaginando los sonidos. Eran muy reales.

Ella se levantó de golpe y abrió las cortinas. Miró hacia el aparcamiento trasero y vio a la agente Ripley apoyada sobre su coche alquilado. Lo único que quedaba en la ventanilla del lado del conductor eran fragmentos de cristales rotos. El resto yacía a los pies de Mia.

—¿Qué demonios? —gritó Ella. La confusión la obligó a seguir observando para encontrarle sentido a la situación. Ella cogió su pistola de la mesita de luz y se precipitó fuera de la habitación. Pasó el pasillo y la escalera en cuestión de segundos y se encontró fuera del motel. Los sonidos de lucha eran más fuertes ahora, era una voz de mujer, definitivamente no era la de Mia. Ella se acercó y

descubrió a una mujer joven, de pelo rojo brillante, menuda pero musculosa, que tiraba de una cuerda tensada alrededor del cuello de Mia. La cara de Mia estaba blanca y pálida, pero todavía había signos de vida. ¿Era demasiado tarde? Tenía los ojos vidriosos, como si hubiera sufrido una grave herida en la cabeza. Una conmoción. Estaba inconsciente. ¿Cómo se las había arreglado esta mujer para someter a la agente Ripley? Debe haber atacado desde la oscuridad. No había manera de que pudiera vencerla en una pelea justa. Ver a Mia en un estado tan comprometido era casi increíble para ella. Nunca la había visto con dificultades en una pelea, tampoco la había visto no ser la persona dominante. Pero aquí estaba, puesta de rodillas. Si esta mujer podía tumbar a Ripley, ¿qué posibilidades tenía una novata?

Apuntó su pistola al par.

—Alto. Déjala ir, ahora —gritó Ella.

El cuerpo de Mia cayó inerte en los brazos de la mujer. Ambas quedaron apoyadas contra su coche.

—Eres tú —gritó la mujer—. Eres la perra de la televisión.

La prioridad de Ella era alejar a la mujer de Mia. Miró a su alrededor en busca de algún espectador que pudiera ayudar a Mia si se producía una persecución. No había nadie. El aparcamiento estaba desierto excepto por las tres mujeres y los dos vehículos.

—Sí, soy yo —dijo Ella—. Es a mí a quien quieres, no a ella.

—También quería a esta perra. Ella fue la que irrumpió en la actuación de James.

La mira de Ella estaba dirigida a la mujer, pero sus frenéticos movimientos hacían casi imposible lograr un tiro despejado. Corría el riesgo de darle a Mia junto con ella.

¿Mia querría que ella hiciera el disparo de todos modos?

No. No podría vivir consigo misma si ocurriera algo. Ella se preguntaba si podría disuadir a esta mujer hablando, pero a estas alturas ya debía saber que el juego se había acabado.

—Si la dejas ir, puedes tenerme —dijo Ella, haciendo todo lo posible para que se quedara quieta de alguna manera. Si dejaba de

temblar, tal vez podría disparar.

Pero la mujer se rio.

—No me hables como si fuera una estúpida. Sé que todo ha terminado para mí, pero si voy a caer entonces me llevaré a una de ustedes conmigo.

Ahí estaba. Un momento ínfimo. La sospechosa la apartó cuando se rio, y Ella supo que tenía que hacerlo.

En su línea de visión, apuntó al hombro de la sospechosa; la única parte visible que no resultaría mortal. El retroceso le sacudió las muñecas cuando un disparo ensordecedor retumbó en las calles de Seattle.

La sospechosa gritó lo suficientemente fuerte como para competir con la explosión del disparo, pero siguió manteniendo el agarre alrededor de la garganta de Mia.

Ella volvió a fijar la mira, preparándose para un segundo disparo. Al diablo, tendría que optar por un disparo mortal.

De repente, Mia se soltó, cayendo al suelo. No se movía, estaba inconsciente.

A Ella le entró el pánico. ¿La mejor agente del FBI había muerto por culpa de sus acciones? Los pensamientos se precipitaron, aplastándole la cabeza hasta la agonía. Le costó mucho esfuerzo librarse de aquello que la invadía, y cuando lo hizo, la sospechosa estaba a unos metros frente a ella.

Ella disparó contra ella, pero la sospechosa se desvió. Una reluciente hoja de plata brilló a la luz del sol, atrapando la muñeca de Ella y arrancándole la pistola de las manos. El arma cayó al suelo y rodó hacia los arbustos.

Más cortes de cuchilla se dirigieron hacia ella, golpeando su hombro y su antebrazo. Los ataques le provocaron un dolor punzante en el pecho, comprendiendo que era la respuesta de su cuerpo a la repentina pérdida de sangre.

La adrenalina se le disparó. Ella esquivó los ataques de cuchilla entrantes, consiguiendo agarrar la muñeca de la sospechosa y mantenerle la mano inmovilizada. Ella lanzó la frente sobre la nariz

de la sospechosa, destrozándole el hueso y el cartílago de su interior. La sangre salió disparada, desorientándola por un momento. Ella trató de aprovechar la oportunidad para derribarla, pero la sospechosa consiguió doblar la muñeca, clavando la cuchilla en el antebrazo de Ella. El dolor la sacudió de pies a cabeza, debilitando su agarre.

La sospechosa se liberó y corrió hacia donde Mia yacía en el suelo. Comenzó a registrarle el cuerpo.

—¿Dónde demonios está esa pistola? —gritó.

Para cuando Ella se recompuso, la sospechosa estaba agachada e intentando desesperadamente desenganchar la pistola de la funda de Mia. Ella vio que el cuerpo de Mia se movía por sí solo mientras la sospechosa la manoseaba, lo que significaba que todavía le corría la sangre por las venas. Todavía no era el fin para ella. Ella se precipitó en su dirección, sin preocuparse por la forma o la técnica. Solo tenía que impedir que la sospechosa se hiciera con la pistola.

Se abalanzó, golpeando con la rodilla la cabeza de la sospechosa. Ambas se estamparon contra el costado del vehículo de Mia, abollándolo y rompiendo una de las ventanillas traseras. Los cristales llovieron sobre las dos mientras Ella sujetaba a la sospechosa y le retorció el brazo detrás de la espalda. La sospechosa extendió el otro brazo por detrás, arañando los ojos de Ella con las uñas. La sospechosa dio una patada hacia atrás con sus tacones, clavando uno en el muslo de Ella. En ese momento, se zafó del agarre de Ella, se dio la vuelta y le dio un codazo en la cara. El golpe hizo que Ella se tambaleara hacia atrás, pero consiguió sostenerse sobre el coche.

La sospechosa se precipitó de nuevo sobre ella, con la cuchilla preparada. Ella se sintió desorientada. Su visión era borrosa. Sentía el sabor de la sangre en los labios y las laceraciones palpitantes en los brazos y el pecho. Tenía que pensar rápido.

Un cuchillo plateado la apuntaba. Agarró la manilla de la puerta del coche con los dedos y, en su desesperación, tiró de ella para abrirla con toda la fuerza que pudo. La puerta se abrió bruscamente y golpeó a la sospechosa en las costillas con un chasquido

nauseabundo. La sospechosa se encorvó, escupiendo un grueso glóbulo de sangre. Se oyó un sonido metálico. La sospechosa había dejado caer su arma sobre el hormigón y había caído de rodillas.

Ella corrió hacia ella y le dio una patada al cuchillo para dejarlo fuera de su alcance. Agarró a la sospechosa con una llave de estrangulamiento por detrás, de manera de dejarle los brazos inmovilizados. La obligó a arrojarle al suelo y le sujetó la cara contra la grava fría como el hielo. Ella se arrojó sobre ella, pateando a Mia en el proceso para tratar de despertarla.

Esta vez, no se movió.

Ella sintió que la rabia aumentaba. Si Mia había muerto, ¿había sido culpa suya?

No, no lo era. Era de esta mujer. Ella pensó en las víctimas, los padres de Jennifer sin hijos, los viudos de Janet y Katherine. Golpeó con el codo la parte posterior de la cabeza de la sospechosa, asegurándose de que no estuviera en condiciones de defenderse. Reanudó el sometimiento, forzando las articulaciones de la sospechosa hasta que estuvo a punto de romperle los huesos. La chica gritó, suplicándole a Ella se detuviera. Le brotaba sangre de la boca. Tenía un costado de la cara lastimado. Una herida de bala adornaba su hombro.

—Detente —dijo una voz—. Ya la tienes, Dark.

—Gracias a Dios —dijo Ella, soltando su agarre. La sospechosa permaneció quieta—. Gracias a Dios que sigues viva.

Mia se puso en pie, inestable.

—Se necesita más que eso para matarme —dijo.

—¿Estás bien? —preguntó Ella.

—No pierdas de vista a esta perra. Todavía estoy mareada.

La sospechosa empezó a llorar. Su pelo rojo hasta los hombros ondeaba al viento. Un tinte barato. Recientemente hecho, a juzgar por las manchas en su frente. Un disfraz, se dio cuenta Ella.

Era la controladora de James, no había duda.

Detrás de ellas, Mia se acercaba tambaleando. Ella no podía ver lo que estaba haciendo y no se atrevía a darse la vuelta.

—Levántala —dijo Mia.

Ella lo hizo, levantándola hasta las rodillas. Mia tenía la pistola apuntando hacia ella. Ella la liberó, moviéndose ligeramente hacia atrás para que Mia tuviera un tiro despejado si algo salía mal.

La sospechosa se llevó la mano al rostro, manchándolo con la sangre de sus heridas. Le recordaba a Ella a un niño que se tapa los ojos creyendo que eso lo hace invisible.

—No me mates —suplicó—. Por favor, no me mates.

—¿Por qué no? —preguntó Mia.

Ella sabía que no había ninguna posibilidad de que Mia le disparara a una sospechosa desarmada, sobre todo con consecuencias fatales. Pero la amenaza de ejecución era una forma sólida de obtener una confesión.

—Porque nunca quise que las cosas llegaran tan lejos. —Sus palabras eran apenas audibles detrás de las manos apretadas.

—¿Eres la cómplice de James Newark? —preguntó Ella.

—¿Cómplice? —gritó—. ¿Cómplice? Yo era el amor de su vida. Lo era todo para él.

Ella y Mia cruzaron una mirada. Esa era toda la confirmación que necesitaban.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Ella.

La sospechosa bajó las manos.

—Si se los cuento, ¿prometen no matarme? —Se incorporó con dificultad y levantó las manos en el aire.

—Lo prometo —dijo Mia.

—Es que me gusta ver que la gente resulte herida —dijo.

—¿Y quieres que otra persona lo haga por ti? —Ella se acercó más, dándose cuenta de que esta mujer casi había perdido la esperanza. Mia hizo lo mismo.

La mujer asintió.

—No puedo hacerlo. Ya no quiero esto. Se suponía que era solo un juego.

Las agentes estaban a poca distancia. Mia sacó unas esposas de su bolsillo y se las colocó. Rápidamente buscó en sus bolsillos armas

u objetos de valor. Todo lo que Mia descubrió fue un trozo de cuerda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Mia.

—Becca.

—¿Y admites haber participado en los cuatro asesinatos recientes?

Ella asintió con fuerza.

—Hay otro en el hotel. Un hombre. Lo maté anoche.

La victoria se vio agriada por esta nueva revelación, pero ahora mismo, Ella no tenía tiempo para ocuparse de eso. Lo único que importaba era que esta mujer fuera encerrada lejos del público. Mia destrabó su vehículo y empujó a Becca al interior.

—Mantenla aquí —dijo Mia, entregándole a Ella su pistola—. Llamaré a Brooks para que se la lleve.

—¿Estaré en la misma prisión que James? —preguntó Becca desde el asiento trasero.

Ella suspiró.

—No. Te encerrarán lejos de él. No volverás a verlo, dijo.

Esta mujer Becca tenía un aspecto lamentable. Ella tuvo que pellizcarse para asegurarse de que no se trataba de una alucinación por falta de sueño.

No lo era.

Nunca se había sentido tan viva como ahora. Lo había conseguido. Había cumplido sus promesas. Nada en la vida podría igualar esta sensación y, a pesar de sus heridas, iba a disfrutarla. El mundo parecía diferente. El cielo parecía más brillante, como si hubiera entrado en una nueva dimensión. En ese momento supo que esa era la vida que quería.

Cinco cadáveres y varios sospechosos más tarde, el juego por fin había terminado.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Ella nunca había anhelado tanto un viaje en avión como este. El aire infestado de niebla de Washington todavía estaba a seis horas de distancia, pero por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de ver todas esas vistas familiares que sentía que había dado por sentadas de repente. En el camino de vuelta a su apartamento, podría incluso encontrarse con esa estatua de Abe Lincoln que siempre le daba escalofríos.

Mia estaba leyendo algo en su teléfono. Lo apagó y lo tiró sobre la mesa.

—Tenemos todas las pruebas que necesitamos —dijo.

—¿Qué han encontrado?

Las agentes le habían dejado el resto del trabajo al comisario Brooks y a su equipo. Habían capturado a Becca Marsh, le habían sacado una confesión y habían registrado su casa.

—En la casa de Becca encontraron los órganos en frascos.

Por fin. Se sintió como si se hubiera quitado un peso de encima. Era una prueba innegable que consolidaba su culpabilidad sin lugar a dudas.

—Trofeos. James debe habérselos dado.

—Yo diría que sí. Ella confesó ser la que lo hizo hacer en todo. Si James no la hubiera conocido, ahora sería un hombre libre. Ella cometió el asesinato de Stephen sola como una forma de despistarnos. También hay una quinta víctima. Un hombre de 60 años que conoció en el hotel. Usó su habitación para vigilarnos.

La cara de Ella ensombreció. Mia le levantó la palma de la mano.

—Sé lo que estás pensando, novata, y tienes que olvidarlo. Tú no causaste ese asesinato. No puedes culparte por cada una de las víctimas que cae sobre nuestras cabezas. No hay ninguna lógica ni razón para los asesinatos en serie. Simplemente ocurren.

Ella no sabía qué decir. Sentía que el quinto asesinato podría haberse evitado, pero si no hubiera hecho la rueda de prensa, ¿cuántas víctimas más podría haber habido antes de que la atraparan?

—Parece que ya los tenemos atrapados. No hay forma de que puedan salir de esto.

—Gracias a Dios. Estoy feliz de pasar mucho tiempo sin ver Seattle de nuevo. Es decir, es una ciudad encantadora, pero...

La azafata les trajo un café a cada una y los colocó en sus portavasos. A Ella le reconfortó el aroma.

—¿Ninguna botella en miniatura? —le preguntó a su compañera.

—Estoy haciendo un cambio. Estoy tratando de evitar los asesinos silenciosos. Me hiciste cuestionar algunas de mis decisiones.

—¿Yo? ¿Qué he hecho? —Ella estaba un poco sorprendida. Pensar que podía tener alguna influencia en las elecciones de vida de Mia Ripley era increíble y la hacía sentir genial.

—Bueno, por decirlo de alguna manera, no quiero que pienses que así es como termina todo. Solo porque yo sea una bruja con dos divorcios y un problema con la bebida no significa que tú tengas que serlo. También hay muchos agentes como yo, así que definitivamente hay algo en este trabajo que lleva a la gente al límite.

—¿Y te preocupa que pueda pasarme a mí también? —Ella ya había recibido varias veces los mejores deseos de Mia, pero aun así le gustaba saber que su compañera se preocupaba por ella fuera del trabajo. No mucha gente podía decir eso de sus colegas.

—Más o menos. Si te viera dentro de veinte años y resultaras como yo, sentiría que he fracasado. Nunca he tenido como compañera a una novata, así que todo esto es una curva de

aprendizaje para mí también. Si a veces me exalto, es porque me importa. Esa es una de las peores cosas de ser una experta en psicología humana. Puedes ver tus propios defectos, pero aun así es difícil cambiarlos.

Por la ventana, los edificios de Seattle desaparecían bajo las nubes.

—Lo entiendo perfectamente. Mirando hacia atrás, hacer esa conferencia de prensa fue un poco imprudente. Tenías todo el derecho a enfadarte por ello.

Mia quitó la tapa de su café y le dio un pequeño sorbo. Sacó su computadora portátil del bolso y la apoyó en la mesa.

—Cuando empecé, habría hecho exactamente lo mismo, Dark. Sin duda alguna. Haces muchas cosas que me recuerdan a mí misma de joven, excepto que te ves mucho mejor haciéndolo. En algún momento del camino me cansé y me volví cínica, y no quiero que eso se le contagie a una joven promesa.

Ella sonrió y se recostó.

—Me parece justo. Pero ahora mismo, solo quiero llegar a casa y olvidarme de los asesinatos durante un día o dos.

—De acuerdo. Mañana estoy libre, así que tú también deberías tomarte el día libre. Nos reuniremos de nuevo el lunes. Edis querrá nuestros informes verbales a primera hora del lunes.

—Trato hecho —dijo Ella. Esperó unos segundos antes de saciar su curiosidad—. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Mañana es mi cumpleaños —dijo Mia—. Cincuenta y seis jóvenes años. Dos años más y seré la agente de campo más vieja en la historia del FBI.

Por alguna razón, no le parecía normal que Mia Ripley cumpliera años. En la mente de Ella, había nacido con cincuenta años y se había quedado ahí desde entonces, a pesar de todo lo que sabía sobre la historia de su vida.

—Oh, vaya. Feliz casi cumpleaños. ¿Qué vas a hacer?

—Nada, y esa es otra razón para quedarme en este trabajo. No quiero que nadie más esté solo en su cumpleaños número cincuenta

y seis, y menos alguien como tú.

Así que, mañana, Mia estaría sola. ¿Qué haría Ella? Todavía no lo sabía, pero había algunas opciones. Todavía tenía en mente el asunto de las cartas, y también tenía que disculparse con alguien. No sabía qué hacer sobre lo primero, pero tal vez podría hacer lo segundo con unas copas.

* * *

Ella llegó a Washington D.C. por la tarde y a las seis de la tarde ya estaba sentada en el bar Milestone. Era el *pub* local preferido por los agentes del FBI y las fuerzas del orden. El tipo de lugar que te daba chupitos gratis o un vaso más grande si le mostrabas al camarero tu placa. Mejor aún, era un lugar tranquilo, ideal para conocer a alguien sin la interrupción de la música.

Ella estaba sentada sola con su celular en la mano, asombrada por las habilidades del experto en grafología del FBI. Le había enviado una muestra de la firma de la mujer de las cartas de su padre, y en pocos minutos había recibido la información que necesitaba.

«SAMANTHA HAWKINS.

EDAD: 54.

OCUPACIÓN: TRABAJO AUTÓNOMO.

UBICACIÓN: RICHMOND, VIRGINIA».

Todo esto a partir de una simple firma. El programa informático de grafología había encontrado la misma firma en varias declaraciones de impuestos y facturas legales en el último año, lo que significaba que esta extraña mujer seguía estando en la zona.

¿Aún recordaría a su padre? ¿Esta mujer pensaría que Ella estaba loca por haberla localizado? ¿Y si esta mujer había seguido adelante, y estaba felizmente casada y viviendo en armonía con el amor de su

vida? Tal vez ni siquiera quería que le recordaran a su antiguo amigo Ken.

Pero si existía la posibilidad de que alguien más conociera a su padre, iba a arriesgarse. Como descubrió la noche anterior, los riesgos a veces valen la pena.

El camarero colocó dos bebidas en la mesa. Un *whisky* Hibiki para calmar los nervios y una Coca-Cola *light*. Si recordaba bien, dijo que era abstemio. «Uno de esos tipos molestos», había dicho él.

—Hola. ¿Ella? —dijo una voz—. Ahora sé tu nombre.

Aunque solo lo había visto una vez, reconoció la voz enseguida. ¿Cómo se saludaba la gente en las citas ahora? ¿Abrazo? ¿Un beso? ¿Se dan la mano? Afortunadamente para ella, Ben tomó la iniciativa. Ella se levantó para saludarlo y él se inclinó y le besó la mejilla. Se sentó frente a ella, ni muy cerca ni muy lejos. Esta vez no llevaba ropa doblemente azul. Había optado por un bonito jersey de manga larga y unos vaqueros.

—Hola, gracias por venir. Siento haber tardado tanto en contestar.

—Está bien —dijo Ben—. Me gustan las mujeres que no se pasan la vida con el teléfono —se rio.

Ella se apresuró a meter su teléfono en el bolsillo.

—Eso está bien. Si pudiera, tiraría esta cosa en una trituradora de madera sin problemas.

—Me encanta, y gracias por la bebida —dijo Ben—. Entonces, ¿qué has estado haciendo?

—Oh, no mucho. ¿Y tú?

Era solo para tomar una copa, pensó Ella para sí misma. Nada demasiado serio. Pero, de nuevo, ¿no era así como empezaban las mejores historias de amor?

Realmente no lo sabía, pero por primera vez en mucho tiempo, estaba feliz de poder averiguarlo.

EPÍLOGO

El viernes iba a ser su día de recuperación, pero Ella se había despertado con un mensaje del director del FBI, William Edis.

Algo en su tono la perturbó, así que llegó a las oficinas del FBI poco después de las siete de la mañana.

Ella subió por el camino en espiral hasta el último piso, encontrando todo el edificio inquietantemente desierto. La mayoría del personal llegaba a las ocho, pero siempre pensó que habría más gente de servicio a esta hora. A través del cristal esmerilado de la puerta del despacho de Edis, pudo ver los contornos borrosos de dos personas. Tocó la puerta y entró.

Edis estaba sentado detrás de su escritorio. Mia Ripley estaba sentada en una silla a la derecha y no hizo ningún gesto a modo de saludo. Junto a Mia había una caja de cartón.

—Señorita Dark, siéntese, por favor —dijo Edis. Señaló la silla junto a Ripley.

—De acuerdo. ¿Está todo bien?

—No del todo, señorita Dark. Ha surgido una novedad.

—Dios no. Por favor, no diga... —Ella estaba casi esperando que Edis dijera que había habido otro asesinato en Seattle.

—Dark —interrumpió Mia—. ¿Recuerdas lo que te dije en Seattle? ¿Sobre la vez que tuve que ver al psiquiatra?

Ella exploró su banco de memoria.

—Creo que sí.

Mia colocó la caja en su regazo y la abrió. Dentro había un par de zapatos.

—Oh, Dios mío —dijo Ella—. Tobias Campbell.

Mia asintió vacilante.

—Todos los años en mi cumpleaños. Sin falta.

Ella se maldijo. Había olvidado que era el cumpleaños de Mia, y teniendo en cuenta el panorama, no se sentía cómoda deseándole muchas felicidades.

—Pero esta vez hay algo diferente —añadió Mia—. Esto no fue enviado a mi dirección. Se envió aquí.

—Bien —dijo Ella, tratando de entender a dónde iba esto—. ¿Eso es todo?

—No. —Mia sacó los zapatos. Tacones de ante negros del diseñador Jimmy Choo. Probablemente cuesten cerca de mil dólares, pensó Ella—. Él sabe que soy talla 7, pero este año envió una talla 6.

Ella admiró el calzado. Mataría por un par así. Mientras pensaba en ello, no creía haber usado nunca un zapato que costara más de cincuenta dólares.

—Tal vez se equivocó.

—No, no lo hizo —dijo Edis—. Señorita Dark, estos zapatos no eran para la agente Ripley. Eran para usted.

Ella tuvo que hacer un alto y digerir la información por un segundo. Algo no le parecía del todo bien.

—¿Perdón? Sí, uso una talla 6, pero ¿cómo diablos va a saber Tobias Campbell quién soy? Ha estado en la cárcel desde que yo era una niña.

Edis y Mia cruzaron una mirada que decía que estaban ocultando un secreto. Ambos parecían preocupados, incluso avergonzados.

—No del todo —dijo Edis—. El FBI ha tenido contacto regular con Tobias Campbell desde que la agente Ripley lo detuvo hace dieciocho años. Ha sido una fuente continua de información para nosotros. Tiene contacto con varias redes en todo el país. Organizaciones terroristas, redes de tráfico, redes clandestinas de robos, incluso otros asesinos en serie. En su vida en libertad, Tobias era un criminal de carrera. Una araña en el centro de muchas redes. E incluso durante su encarcelamiento, sigue siendo una especie de

arquitecto criminal. A decir verdad, no sabemos cómo lo hace. Tiene informantes en organizaciones de alto nivel, como la policía, el sistema penitenciario e incluso el FBI.

Las palabras de Edis la helaron hasta los huesos. Toda esta información era nueva para ella. ¿Cómo alguien entre rejas podía tener contactos en el FBI?

—¿Y de repente sabe quién soy? ¿Pero cómo? No es como si saliera en la televisión cada... —Se detuvo—. Oh. Demonios.

—Sí, es posible que sea así como se ha fijado en ti. También es posible que te conozca por tu trabajo en el caso anterior. No tenemos forma de saberlo sin hablar con él.

—Esperen. —Ella levantó las palmas de las manos—. ¿Estamos asumiendo todo esto? ¿Ripley? ¿No estamos sacando conclusiones precipitadas?

Mia negó con la cabeza. A Ella no le gustó su inusual silencio.

—Envió una nota junto con los zapatos.

—¿Una nota? ¿Diciendo qué?

Mia le hizo un gesto a Edis, que recogió una fina hoja de papel de su escritorio.

«Estimada Srta. Dark, espero que este regalo la encuentre bien. Me hubiera gustado enviárselo a su domicilio, pero sé lo deficiente que puede ser el servicio postal en los bloques de apartamentos. Hay algo de lo que me gustaría hablarle. Algo que creo que le resultará interesante. Estoy seguro de que su compañera sabe exactamente de lo que estoy hablando. Por favor, venga a verme lo antes posible. Tobias».

Los labios de Ella parecían haberse pegado entre sí. Un millón de pensamientos corrieron por su mente. ¿Uno de los asesinos en serie más prolíficos de todos los tiempos? El Verdugo, como lo llamaban. La idea de sentarse frente a él era tan aterradora como estimulante. Estaría mintiendo si dijera que no había soñado con hablar con alguien de su reputación.

—En realidad... Tengo que hacerlo, ¿verdad? —preguntó—. ¿Cómo sabe él que vivo en un apartamento?

—Dark, no tienes que hacer nada. No puedo detenerte, y sé que vas a pensar que tengo un motivo oculto, pero realmente no deberías hacer esto. Tobias Campbell puede estar atrapado entre rejas literalmente, pero tiene ojos en todas partes. Tiene cómplices por todas partes. Si te quiere muerta, lo estarás. ¿Entiendes?

Ella se tomó un momento para evaluar las cosas. ¿Mia estaba siendo terca otra vez? ¿O incluso estaba celosa?

—Entonces, ¿por qué no estás muerta tú? —preguntó, y su comentario sonó más malicioso de lo que pretendía.

—Porque Tobias no me quiere muerta. Quiere que viva con la idea de que ha matado mucho más de lo que nos han hecho creer. Te lo dije, me dio un castigo peor que la muerte.

—Señorita Dark, tengo que estar de acuerdo con la agente Ripley. Consideramos ocultarle esta información, pero pensamos que sería peor si algo de Tobias apareciera en su puerta. Y no sabemos cómo sabe su situación de vivienda. Podría ser una suposición acertada, o podría ser una prueba de su conocimiento fuera del sistema penitenciario.

Mia devolvió los zapatos a la caja y la cerró.

—Una vez que conozcas a Tobias Campbell, se meterá en tu cabeza y nunca saldrá. No puedo asegurarlo, pero creo que quiere hablar contigo sobre lo que ocurrió entre él y yo. Lleva años provocando al FBI sobre ello, siempre insinuando que revelará algo nuevo y luego nunca lo hace.

Ella trató de imaginar cómo se produciría su encuentro. ¿Tendría que hablar con él en la sección de visitas conyugales o tendría que sentarse cerca de su celda? La idea de estar en medio de una hilera de reclusos, y sobre todo de uno que había matado a cinco mujeres, le producía escalofríos.

—No puedo negar que podría ser útil —añadió Mia—. Pero como dije ayer, prefiero que sigas viva a que resuelvas un caso de hace décadas.

—Déjenme pensarlo —dijo Ella.

Pero en el fondo, sabía que era una oportunidad que no podía dejar pasar.